

Flores para
la señora Harris
Paul Gallico



de

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

La señora Harris, una viuda de cierta edad que se dedica a limpiar casas de la clase alta londinense, descubre un buen día, en el armario de una de sus más ricas clientes, un par de vestidos de Dior que la dejan cautivada. Contra todo pronóstico, decide que ella quiere –necesita– uno de esos vestidos, aunque nunca vaya a tener ocasión de llevarlo. Cuando se entera del precio, en lugar de desistir, empieza a ahorrar para alcanzar su sueño e inicia así un largo proyecto que, al cabo de más de dos años, acabará llevándola a París. Sus aventuras en la casa Dior, de la mano de madame Colbert, el joven contable Fauvel y la bella modelo Natasha, y sus inopinados atisbos del gran mundo parisino la guiarán por un camino en el que no faltarán el escarnio ni el desprecio ni finalmente la amistad.

Flores para la señora Harris (1958) tuvo tanto éxito en su día que su autor, Paul Gallico, llegaría a dedicar al singular personaje tres novelas más. Esta fábula sobre el deseo y el entusiasmo, y también sobre su otra cara, la frustración, tiene desde luego mucho de cuento de hadas, pero es asimismo una aguda y divertida comedia social.

L≡**LIBROS**

Paul Gallico

Flores para la señora Harris
Señora Harris - 1

Nota al texto



Flores para la señora Harris se publicó por primera vez en 1958 (Michael Joseph, Londres). La edición norteamericana del mismo año (Doubleday, Nueva York) se tituló *Mrs 'Arris Goes to Paris*.

Este libro está dedicado a las galantes e indispensables señoras de la limpieza que,
año tras año, ponen orden en las Islas Británicas.

La casa Dior es sin duda la casa Dior. Pero todos los personajes localizados a ambos lados del canal que aparecen en esta novela son ficticios e inexistentes y no guardan el menor parecido con ninguna persona viva.



La mujer menuda y delgada de mejillas sonrosadas, cabello canoso y ojos sagaces, casi traviosos, tenía la cara apoyada en una ventanilla del avión Viscount de British European Airways, en el vuelo matutino de Londres a París. Mientras el aparato, con un rugido repentino, despegaba de la pista, a ella también se le levantó el ánimo. Se notaba nerviosa, pero en absoluto asustada, porque estaba convencida de que ya no le podía pasar nada. Sentía la felicidad de quien sabe que al fin se ha embarcado en una aventura al final de la cual le aguarda lo que más desea.

Iba vestida con pulcritud; llevaba un abrigo de sarga marrón algo raído y unos limpios guantes de algodón del mismo color, así como un desgastado bolso de imitación de cuero marrón que estrechaba contra el cuerpo. Y menos mal que lo hacía, porque dentro no sólo había diez billetes de una libra, el límite legal de dinero que podía sacarse de las Islas Británicas, y también un billete aéreo de ida y vuelta a París, sino además la cantidad de mil cuatrocientos dólares, en divisa estadounidense y en un grueso fajo de billetes de cinco, diez y veinte, sujetos con una goma elástica. El talante vivaracho de la mujer sólo se manifestaba en el sombrero que se había puesto: era de paja verde y en la parte delantera llevaba adherido el tallo flexible de una rosa enorme y ridícula que se inclinaba de un lado a otro, moviéndose, aparentemente, como lo hacía la mano del piloto en el timón, mientras el avión se ladeaba y describía círculos para ganar altura.

Cualquier ama de casa bien informada que hubiera recurrido en alguna ocasión a los servicios de la estirpe singular de «empleadas del hogar» que acuden a los domicilios a limpiar y ordenar por horas, o, en realidad, cualquier persona inglesa, habría dicho: «La mujer de debajo de ese sombrero sólo puede ser una señora de la limpieza londinense», y, además, habría acertado.

En la lista de pasajeros del Viscount figuraba con el nombre de señora Ada Harris (aunque ella siempre omitía la hache aspirada al pronunciarlo), con domicilio en el número 5 de Willis Gardens, Battersea, Londres, SW11, y era, efectivamente, una señora de la limpieza, una viuda, que «iba» a las casas de una clientela que vivía en las zonas elegantes de Eaton Square, Belgravia y alrededores.

Hasta ese momento mágico en que se había visto separada de la superficie de la tierra, en su vida no había existido otra cosa que un sinfín de trabajos pesados, únicamente aliviados por alguna esporádica asistencia al cine, al pub de la esquina o por una velada en el teatro de variedades.

El mundo que frecuentaba la señora Harris, a quien le faltaba poco para

cumplir los sesenta, lo caracterizaban un desorden perpetuo, la porquería y el caos. Abría las puertas de las casas o los apartamentos con las llaves que le habían confiado no una, sino media docena de veces al día, para enfrentarse al desastre de los platos sucios y las sartenes grasientas del fregadero, a hectáreas de camas arrugadas, deshechas y que oían a rancio, a prendas desperdigadas por todas partes, a toallas húmedas en el suelo del baño, a agua que habían dejado en el vaso de la dentadura, a ropa sucia que había que mandar a la tintorería y, evidentemente, a las colillas de los ceniceros, al polvo de las mesas y espejos, y a todos los desperdicios que los cerdos humanos son capaces de dejar a su paso cuando salen de su casa por la mañana.

La señora Harris limpiaba todos estos desastres porque en eso consistía su profesión: era una forma de ganarse la vida y de llegar a fin de mes. Sin embargo, para algunas empleadas del hogar su labor era algo más que eso, y especialmente para la señora Harris: una especie de perpetuo orgullo doméstico. Y también constituía una tarea creativa, algo que podía procurar alegría y satisfacción a una persona. Cuando llegaba a esas habitaciones, se las encontraba hechas una pocilga; las dejaba ordenadas, limpias, relucientes, con un olor de lo más agradable. El hecho de que al día siguiente, al volver, se hubieran vuelto a convertir en pocilgas no le molestaba. Le pagaban tres chelines por hora y ella las volvía a dejar immaculadas. Éstas eran la vida y la ocupación de la mujer menuda, uno de los treinta pasajeros variopintos del avión que se dirigía a París.

El mapa en relieve de recuadros verdes y marrones que formaba el suelo británico fue pasando por debajo de las alas de la aeronave y, de pronto, se convirtió en el azul agitado por el viento del canal de La Mancha. Mientras que hasta entonces la señora Harris se había fijado con interés y desde arriba en la novedad que suponían las casitas y las granjas de abajo, éstas ahora desaparecieron y dieron paso a los contornos de líneas depuradas de los buques cisterna y de mercancías que avanzaban por la superficie del mar, y, por primera vez, la mujer se dio cuenta de que se estaba alejando de Inglaterra y de que estaba a punto de entrar en un país extranjero, a punto de verse rodeada de extranjeros que hablaban un idioma también extranjero y que, según lo que siempre le habían contado de ellos, eran inmorales, avariciosos, comían caracoles y ranas, y presentaban una marcada tendencia a cometer crímenes pasionales y a meter cuerpos descuartizados en baúles. Aunque ella no tenía miedo, porque el miedo no forma parte del vocabulario de una señora de la limpieza inglesa, ahora se reafirmó aún más en su decisión de no bajar la guardia y no andarse con bobadas. Iba a París a hacer un recado de gran envergadura, pero esperaba, al llevarlo a cabo, tener que relacionarse lo menos posible con los franceses.

Una sanísima azafata británica le sirvió un sanísimo desayuno inglés, después se negó a cobrárselo y dijo que era cortesía de la línea aérea, lo cual no estaba

nada pero que nada mal.

La señora Harris siguió con la cara aplastada contra la ventanilla y el bolso contra el costado. La azafata, al pasar, anunció:

—A lo lejos, a su derecha, podrá ver usted la torre Eiffel.

—Vaya, vaya —dijo la señora para sus adentros, cuando, al cabo de unos instantes, vio cómo surgía el extremo puntiagudo del monumento entre lo que parecía ser una vieja colcha de retales compuesta por tejados grises y caperuzas de chimeneas, atravesada por el hilillo de un único río, azul y serpenteante—. Da la impresión de ser más pequeña que en las fotos.

Al cabo de un minuto, más o menos, aterrizaron sin un solo rebote en el hormigón del aeropuerto francés. El ánimo de la señora Harris se levantó todavía más. Ninguno de los lúgubres pronósticos de su amiga la señora Butterfield, que había afirmado que el chisme explotaría en pleno vuelo o se hundiría en el fondo del mar, con ella dentro, se había cumplido. Quizá París no resultase ser tan imponente, al fin y al cabo. No obstante, a partir de ese momento la señora Harris prefirió actuar con cautela y recelo, una precaución que no mitigó el largo trayecto en autobús desde Le Bourget por unas calles extrañas, que bordeaban unas casas extrañas y unas tiendas en las que se vendían artículos extraños en un idioma extraño e ininteligible.

El empleado de British European Airways a quien habían encomendado la tarea de asistir a los viajeros a los que aturdiría el bullicio de la terminal de autobuses de la compañía aérea de Los Inválidos, en París, echó un vistazo al sombrero, el bolso, los zapatos demasiado grandes y, lógicamente, a los ojillos inimitables y pícaros, y supo enseguida lo que era aquella mujer. « Madre mía — se dijo—, ¡una señora de la limpieza de Londres! ¿Se puede saber qué hace en París? No es posible que en esta ciudad anden tan mal las cosas en el sector del servicio doméstico.»

El hombre notó la incertidumbre de la señora, consultó rápidamente la lista que llevaba, y volvió a acertar. Con movimientos discretos, se puso al lado de la mujer, se tocó la gorra y preguntó:

—Señora Harris, ¿la puedo ayudar en algo?

Los ojos inteligentes y traviosos lo examinaron minuciosamente en busca de algún indicio de depravación moral o de las insensateces propias de los extranjeros. El hombre tenía la misma pinta que cualquier inglés, lo que causó cierta decepción a la señora. Dado que la había abordado de forma educada e inofensiva, comentó con cautela:

—Anda, si aquí saben hablar inglés y todo.

El empleado de las líneas aéreas contestó:

—Bueno, señora, más me vale saberlo. Resulta que soy británico. Pero creo que ya descubrirá usted que aquí casi todo el mundo chapurrea inglés, y no le será difícil manejarse. Veo que regresa en nuestro vuelo de las once de esta

noche. ¿Hay algún sitio en concreto al que quiera ir ahora?

La señora Harris se planteó la cuestión de cuánto estaba dispuesta a contarle a un desconocido y después respondió con firmeza:

—Prefiero coger un taxi, si no le importa. Llevo diez libras encima.

—Ah, pues, en ese caso —prosiguió el empleado de las líneas aéreas—, le convendría cambiar una parte por moneda francesa. Una libra equivale aproximadamente a mil francos.

En el *bureau de change*, algunos de los billetes verdes de una libra que llevaba la señora Harris se transformaron en papeles finísimos, desgastados, sucios y azules, en los que aparecía la cifra 1000, y en algunas monedas de cien francos, grásientas y de aluminio.

La señora Harris, con toda razón, se indignó:

—Pero ¡esto qué es! —exigió saber—. ¿A esto lo llaman dinero? Estas monedas tienen pinta de ser falsas.

El empleado de la aerolínea esbozó una sonrisa y dijo:

—Bueno, en cierto sentido lo son, pero sólo al Gobierno se le permite fabricarlas. Lo que pasa es que los franceses aún no se han percatado. Así que todavía valen. —La condujo a través del gentío, subieron una rampa y la dejó en un taxi—. ¿Adónde le digo que la lleve?

La señora Harris se sentó con la espalda dura, delgada de tanto trabajar, recta como una vara, con la nariz rosada apuntando justo al norte y el rostro tan sereno y tranquilo como el de una duquesa. Sólo los ojillos se le movían sin parar de un lado a otro por la emoción.

—Pídale que me lleve a la tienda de vestidos de Christian Dior —contestó.

El hombre de las líneas aéreas la miró de hito en hito y se negó a creer lo que había oído.

—¿Perdone usted, señora?

—¡La tienda de vestidos de Dior, ya se lo he dicho!

El empleado de las líneas aéreas se había enterado perfectamente, pero su cabeza, acostumbrada a lidiar con toda clase de emergencias y casos extraños, era incapaz de entender la relación entre una señora de la limpieza londinense, que formaba parte del amplio ejército que salía todas las mañanas a quitar la mugre de las viviendas y oficinas de la ciudad, y el centro de moda más exclusivo del mundo, y siguió titubeando.

—Vamos, póngase en marcha —le ordenó la señora Harris con brusquedad—, ¿se puede saber qué tiene de raro que una señora venga a París a comprarse un vestido?

Turbado hasta lo más profundo, el empleado de las líneas aéreas le dijo al taxista en francés:

—Lleve a la señora a la casa Christian Dior, en la Avenue Montaigne. Como trate usted de sísarle un solo céntimo, me encargaré de que no pueda seguir

trabajando en esta parada.

Mientras la señora Harris se alejaba en el vehículo, el hombre volvió a entrar en la terminal negando con la cabeza. Le daba la impresión de haberlo visto ya todo.

Mientras iba en el taxi y el corazón le latía con fuerza por la emoción, la señora Harris se acordó de Londres y esperó que la señora Butterfield fuera capaz de apañárselas.

La lista de clientes de la empleada del hogar, aunque existía la posibilidad de que cambiase sin previo aviso (es decir, que ella podía prescindir repentinamente de uno de ellos, jamás ellos de ella), sufría muy pocas alteraciones. Había algunos a los que dedicaba varias horas al día y otros que sólo requerían sus servicios tres veces a la semana. Trabajaba diez horas diarias; su jornada empezaba a las ocho de la mañana y acababa a las seis de la tarde, y consagraba la mitad del sábado a ciertos clientes afortunados. Observaba este horario cincuenta y dos semanas al año. Como las horas del día no eran infinitas, sus clientes sólo disponían de seis o siete, y ella circunscribía su zona de trabajo al barrio elegante de Eaton Square y Belgrave Square. Porque después de llegar a ese vecindario por la mañana, ya podía desplazarse a pie entre las diversas casas, apartamentos y antiguos establos reconvertidos en viviendas.

Estaba un tal señor Wallace, su soltero, a quien ella naturalmente mimaba, y cuyos frecuentes y cambiantes amoríos le inspiraban un tremendo interés.

Le tenía cariño a la señora Schreiber, la mujer algo aturullada de un representante de películas de Hollywood que vivía en Londres, por su afabilidad y generosidad tan estadounidenses, que se manifestaban de muchas maneras, pero fundamentalmente mediante el interés y la consideración con que trataba a la señora Harris.

«Iba» a casa de la elegante lady Dant, la mujer de un rico magnate de la industria, que mantenía una casa en Londres y otra en el campo; *The Queen* o *The Tatler* sacaban continuamente fotografías en las que aparecía lady Dant en bailes de caza y actos benéficos, lo cual llenaba de orgullo a la señora Harris.

Había otros: la condesa Wyszczinska, una bielorrusa, que le caía bien porque estaba deliciosamente chalada; una pareja de jóvenes casados; un segundo hijo, cuyo precioso apartamento le encantaba porque en él había objetos bonitos; la señora Fford Foulks, una divorciada, que era una valiosa fuente de cotilleos sobre lo que se traían entre manos los ricos y ociosos; y algunos más, entre los que se contaba una actriz menuda, la señorita Pamela Penrose, que luchaba por obtener reconocimiento desde su cuartel general, situado en un piso de dos habitaciones en un antiguo establo reformado.

La señora Harris se ocupaba de todos estos domicilios sin que la ayudase prácticamente nadie. Sin embargo, en caso de emergencia, podía recurrir a su amiga y álter ego, la señora Violet Butterfield, que también era viuda y señora de

la limpieza, y que tendía a interpretar lúgubrememente todo lo que pasaba en la vida siempre que se daba la ocasión.

Como es natural, la señora Butterfield, que era tan corpulenta y recia como flaca y frágil parecía la señora Harris, tenía una clientela propia, que afortunadamente también estaba en el mismo vecindario. Pero entre ellas siempre se ayudaban con una pizca de trabajo en equipo si surgía la necesidad.

Si alguna de las dos se ponía enferma o tenía un recado urgente en otra parte, la otra se las arreglaba para quitar el tiempo a sus clientes y pasarse por las viviendas de los clientes de su amiga, en la justa medida para que éstos no protestaran y estuvieran satisfechos. Si la señora Harris tenía que guardar cama por alguna indisposición, cosa que apenas sucedía, llamaba a sus clientes para informarlos de la catástrofe y añadía: « Pero no se preocupe usted. Mi amiga la señora Butterfield irá a su casa y yo volveré a estar ahí mañana », y viceversa. Aunque sus personalidades eran tan distintas como el día y la noche, eran amigas constantes, cariñosas y fieles, y cada una consideraba que cubrir la ausencia de la otra formaba parte de sus obligaciones en la vida. Una amiga era una amiga, y punto. El semisótano de la señora Harris estaba en el número 5 de Willis Gardens; la señora Butterfield vivía en el número 7, y era raro el día en que no se vieran o se visitaran para contarse noticias o confidencias.

El taxi cruzó un gran río, el que la señora Harris había visto desde el aire, ahora gris en vez de azul. En el puente, el taxista se enzarzó en un acalorado altercado con otro chófer; se pusieron a gritarse y a discutir. La señora no entendía las palabras, pero adivinó el tono y el significado, y sonrió contenta para sus adentros. Entonces volvió a acordarse de Pamela Penrose y del jaleo que ésta había montado al enterarse de la intención de la señora Harris de tomarse un día libre. Ésta le había insistido a la señora Butterfield en que no debía descuidar a la aspirante a actriz.

Curiosamente, a pesar de su sagacidad y de su capacidad para calar a las personas, la señorita Penrose era la preferida de todos los clientes de la señora Harris.

La joven, cuyo verdadero nombre, como había descubierto la empleada al fijarse muy por encima en algunas cartas que a veces llegaban con tal destinatario, era Enid Snite, vivía con gran desorden en un apartamento de un antiguo establecimiento reformado.

Era una rubia menuda y zalamera de boca apretada y ojos curiosamente inmóviles que parecían clavarse con ansia en una sola cosa: ella misma. Tenía una figura exquisita y unos piecitos ágiles que jamás tropezaban con los cadáveres por encima de los que había pasado mientras trepaba por la escalera del éxito. No había nada que no estuviera dispuesta a hacer para promover lo que le complacía denominar « su carrera », que hasta aquel momento se componía de un par de años de corista, algunos papeles menores en ciertas películas, y

varias apariciones televisivas. Era mala, cruel, egoísta y despiadada, y sus modales también eran lamentables.

Lo lógico habría sido que la señora Harris hubiera visto qué había detrás de la fachada de falsedad de ese monstruito y que la hubiera abandonado, porque cuando había algo en un cliente que no le gustaba, directamente dejaba la llave en el buzón y no volvía. Al igual que muchas de sus hermanas que no sólo limpiaban por limpiar, por mucho que se ganaran la vida con ello, también desempeñaba su labor con cierta calidez. Le tenía que caer bien la persona o gustarle la casa en la que trabajaba.

Pero precisamente haber atisbado hasta cierto punto lo que había detrás de la fachada de la señorita Snite era lo que llevaba a la señora Harris a no abandonarla, porque entendía el intenso, desmedido y ansioso deseo de la joven de ser algo, de ser alguien, de elevarse por encima de lo anodino de la lucha diaria, y de conseguir algunas de las cosas buenas de la vida.

Antes de su propio y extraordinario deseo, que la había llevado a París, la señora Harris no había experimentado esto en sus propias carnes, aunque lo comprendía perfectamente. Lo suyo no había sido tanto el afán de llegar a ser alguien, sino más bien una batalla por la supervivencia, y, en ese sentido, había cierto parecido entre las dos. Cuando el marido de la señora Harris había muerto veinte años antes y la había dejado sin un penique, ella se había visto obligada a buscarse la vida, puesto que la pensión de viudedad le resultaba insuficiente.

Y también estaba el glamour del teatro que rodeaba a la señorita Snite, o Penrose, mejor dicho, como la señora Harris prefería llamarla, y eso era irresistible.

A la señora de la limpieza no la impresionaban los títulos, la riqueza, la posición ni la estirpe, pero sí la afectaba el encanto que envolvía cualquier cosa o a cualquier persona que estuviera relacionado con el teatro, la televisión o el cine.

No tenía ningún modo de saber lo endeble y vago que era el vínculo de la señorita Penrose con estos ámbitos, que no sólo era una muchacha indeseable sino también una actriz mediocre. A la señora Harris le bastaba con que la voz de la joven se oyera de vez en cuando por la radio, o que la muchacha cruzara la pantalla de un televisor con un delantal y una bandeja. Respetaba la batalla solitaria que la chica libraba, le consentía los caprichos, la mimaba, y aceptaba que la tratase de un modo que no le habría permitido a nadie más.

El taxi entró en una calle ancha que flanqueaban unos edificios preciosos, pero la señora Harris no tenía tiempo para fijarse en la arquitectura ni la capacidad de apreciarla.

—¿Cuánto queda?— le preguntó a gritos al taxista, que contestó, sin reducir ni un ápice la velocidad, apartando las dos manos del volante, agitando los brazos en alto, dándose la vuelta y respondiendo con más gritos. La señora Harris, como era de esperar, no entendió ni una sola palabra, pero la sonrisa que esbozó el

hombre debajo de su bigote de morsa fue bastante simpática y cordial, por lo que se apoyó de nuevo en el respaldo para aguantar lo que quedaba de trayecto, para llegar al destino deseado desde hacía tanto tiempo. Se puso a pensar en la extraña serie de acontecimientos que la habían llevado hasta donde estaba.



Todo había comenzado unos años antes, aquel día que, mientras cumplía con sus obligaciones en casa de lady Dant, la señora Harris había abierto un armario para ordenarlo y se había encontrado dos vestidos colgados en el interior. Uno de ellos era toda una monada de tonos crema y marfil, de raso y encaje; el otro, una explosión de satén y tafetán carmesí, adornado con grandes lazos rojos y una enorme flor también roja. Dejó de moverse, como si se hubiera quedado sin habla, porque en toda su vida nunca había visto algo tan emocionante ni tan bonito.

Por muy anodina y gris que pareciera su existencia, la señora Harris siempre había deseado verse rodeada de belleza y color, algo que hasta el momento se había manifestado en una gran afición a las flores. Tenía muy buena mano para la jardinería, así como unos conocimientos nada desdeñables sobre la materia, y lograba que las plantas le florecieran allí donde le resultaba prácticamente imposible a otra persona.

Delante de las ventanas de su semisótano se veían dos jardineras de geranios, su flor preferida, y, en el interior, donde quedaba sitio, había macetitas en las que se observaba algún geranio que intentaba por todos los medios conquistar ese entorno, o un único jacinto o un tulipán, comprados en un puesto ambulante a cambio de un chelín ganado con grandes sudores.

Y, además, las personas para las que trabajaba le regalaban a veces las flores cortadas que descartaban, que, en un estado marchito, ella se llevaba a casa para tratar de que recuperaran la lozanía, y, de vez en cuando, sobre todo en primavera, se compraba una pequeña maceta de pensamientos, primulas o anémonas. Mientras tuviera flores, la vida que llevaba no le inspiraba grandes quejas a la señora Harris. Constituían la vía de escape del desierto lúgubre y pedregoso en el que vivía. Esos intensos estallidos de color le daban alegría. Eran algo a lo que volver por la tarde, junto a lo que despertarse por las mañanas.

Pero ahora, mientras estaba delante de las deslumbrantes creaciones que colgaban en el armario, se vio frente a un tipo nuevo de belleza: una belleza artificial, creada por la mano de un hombre y un artista, pero artera y directamente dirigida al corazón de la mujer. En ese mismo instante quedó bajo el influjo del artista; en ese mismo instante nació en su interior el deseo de tener un vestido semejante.

Aquello no tenía ni pies ni cabeza, ella nunca iba a ponerse un traje así, que no encajaba en su vida. Su reacción fue puramente femenina. Lo vio y lo quiso con todas sus ganas. Algo dentro de ella lo deseaba, y trataba de alcanzarlo de

forma tan instintiva como un niño en una cuna quiere alcanzar un objeto brillante. En ese momento, ni ella misma se dio cuenta de lo profundo que era ese deseo, de lo potente que resultaba. Sólo pudo quedarse embelesada, extasiada y hechizada, contemplando los vestidos, apoyada en la bayeta, con sus zapatos de vodevil, sucia de arriba abajo, mientras el cabello ralo le enmarcaba la cara: la clásica imagen de una señora de la limpieza.

Así fue como la encontró lady Dant cuando pasó casualmente por allí, viniendo de su saloncito.

—¡Oh —exclamó—, mis vestidos! —Y después, al fijarse en la actitud y en el gesto de la señora Harris, añadió—: ¿Le gustan? Todavía no he decidido cuál me voy a poner esta noche.

La asistenta apenas fue consciente de que lady Dant estaba hablando: aún reclamaban toda su atención esas creaciones vivas de seda y tafetán y gasa, de colores que alegraban el corazón, de audaces cortes, rígidas gracias a una ingeniosa construcción interna por la que parecía que se sostenían en pie prácticamente solas, como si fueran criaturas dotadas de vida propia.

—Madre mía —logró decir al fin—. Pero qué bonitos son. Seguro que cuestan un ojo de la cara.

Lady Dant fue incapaz de resistirse a la tentación de impresionar a la señora Harris. Cuesta apabullar a una señora de la limpieza londinense: de hecho son las personas menos impresionables del mundo. La empleada siempre le había dado un poco de miedo y ahora se le presentaba la ocasión de anotarse un tanto. Soltó una de sus forzadas carcajadas y dijo:

—La verdad es que sí, hasta cierto punto. Este de aquí, «Ivoire», costó trescientas cincuenta libras, y ese largo, el rojo, que se llama «Deslumbrante», salió por unas cuatrocientas cincuenta. Siempre voy a Dior, cómo no. Claro que así una siempre sabe que acierta.

—Cuatrocientas cincuenta libras —repitió la señora Harris—. ¿De dónde saca la gente tanto dinero?

Los estilos de París no le eran desconocidos, porque leía con asiduidad números atrasados de revistas de moda que a veces le daban sus clientas, y había oído hablar de Fath, Chanel y Balenciaga, Carpentier, Lanvin y Dior; este último nombre despertó ciertas ideas en su espíritu necesitado de belleza.

Porque una cosa era encontrarse con fotografías de vestidos mientras iba pasando las páginas satinadas de *Vogue* o *Elle* en las que, ya en color o en blanco y negro, los trajes eran algo impersonal y tan ajeno a su mundo y fuera de su alcance como la luna o las estrellas; y otra muy distinta tener justo delante el vestido real y poder deleitarse la vista con cada una de las ingeniosas puntadas, tocarlo, olerlo, quererlo, y de pronto verse consumida por el fuego del deseo.

La señora Harris no notó en absoluto que, al responder a lady Dant, ya había expresado la determinación de tener un vestido semejante. No había querido

decir: « ¿De dónde saca la gente tanto dinero? », sino: « ¿De dónde voy a sacar tanto dinero? ». Evidentemente, esta pregunta no tenía respuesta, o, más bien, sólo tenía una. Había que ganárselo. Pero las probabilidades de conseguirlo eran tan remotas como los planetas.

Lady Dant quedó absolutamente encantada con la impresión que le parecía haber causado, e incluso descolgó cada vestido y se lo enseñó a la señora Harris para que ésta pudiera hacerse una idea del efecto que creaba. Y, como las manos de la señora de la limpieza estaban impolutas gracias al agua con jabón en la que se hallaban inmersas casi todo el rato, la dama le permitió tocar los materiales, cosa que ella hizo como si éstos fueran el Santo Grial.

—Pero qué preciosidad —musitó de nuevo.

Lady Dant no supo que en ese instante la señora Harris ya había decidido que lo que más anhelaba en esta vida, y también en la otra, era tener un vestido de Dior suyo y colgado en el armario.

Con una sonrisa taimada, y muy pagada de sí misma, lady Dant cerró la puerta del ropero, pero no pudo quitarle de la cabeza a su empleada lo que ésta había visto dentro: belleza, perfección, el acicalamiento más insuperable que una mujer podía desear. Y la señora de la limpieza no era menos mujer que lady Dant, o que cualquier otra. Quería, quería, quería un vestido de la que indudablemente debía ser la tienda más cara del mundo, la del señor Dior en París.

La señora Harris no era nada tonta. Ni se le pasó por la cabeza la idea de llegar a ponerse en público un vestido semejante. Si sabía algo, era cuál era su sitio. No lo compartía con nadie, y pobre de quien intentara meterse en él. Su sitio era un mundo de incesantes fatigas, pero su independencia lo iluminaba. En él no habían los dispendios ni los vestidos bonitos.

Pero lo que deseaba ahora era poseer uno, hacerlo de forma física y femenina; tenerlo colgado en el armario, saber que ahí se quedaba cuando ella se marchaba, abrir la puerta al volver y ver que la esperaba: algo que resultaba exquisito al tocarlo, al contemplarlo, al tenerlo. Le parecía que todo aquello de lo que se había visto desprovista en la vida por culpa de la pobreza, de las circunstancias en que había nacido y de su clase social podía compensarse si se convertía en dueña de aquel ejemplo glorioso de elegante moda femenina. La misma cantidad de dinero enorme e impensable podía verse también reflejada en una joya, en un único diamante que duraría para siempre. A la señora Harris no le interesaban los diamantes. El hecho mismo de que un solo vestido pudiera representar una cantidad tan grande de dinero aumentaba su carácter deseable y el deseo que le inspiraba. No se le escapaba que el hecho de que ella lo quisiera no tenía ni pies ni cabeza, pero eso no impedía en absoluto que así fuera.

El resto de aquel día húmedo, triste y brumoso, le infundieron calor las imágenes de las creaciones que había visto, y, cuanto más pensaba en ellas, más

crecía el deseo en su interior.

Esa noche, mientras la densa niebla londinense se deshacía en gotas de lluvia, la señora Harris se acomodó en medio de la agradable calidez de la cocina de la señora Butterfield para llevar a cabo la importante ceremonia de rellenar los cupones de la quiniela de fútbol semanal.

Desde que recordaba, le daba la impresión de que ninguna de las dos había dejado nunca de dedicarle tres peniques todas las semanas a esa fascinante lotería nacional. El precio no era caro: la esperanza, la ilusión y la intriga que podían adquirirse por apenas tres peniques por cabeza. Porque, cuando el cupón ya se había rellenado y se había echado al buzón de correos, representaba una opulencia incalculable hasta que llegaban los periódicos con los resultados y la desilusión, pero nunca se producía una auténtica decepción, porque la verdad era que no esperaban ganar. En una ocasión, la señora Harris había logrado un premio de treinta chelines, y a la señora Butterfield le había tocado el reintegro varias veces, o más bien la posibilidad de jugar gratis la semana siguiente, pero, evidentemente, nada más. Los fabulosos premios importantes nunca habían dejado de ser cuentos de hadas llenos de glamour que alimentaban ambiciones y que de vez en cuando llegaban a salir en los periódicos.

Como la señora Harris no era aficionada a los deportes ni tenía tiempo para seguir las vicisitudes de los equipos de fútbol, y como además las combinaciones y permutaciones posibles se contaban por millones, se había acostumbrado a elegir recurriendo a la adivinación y a Dios. Había que predecir los resultados de unos treinta partidos (victoria, derrota o empate), y el método de la señora consistía en detenerse, con el lápiz preparado, en cada línea, y esperar a que le llegase un mensaje interior o exterior que le dijese qué anotar. Le daba la sensación de que la suerte era algo tangible que flotaba en el aire y que a veces se posaba en grandes cantidades sobre la gente. La suerte era algo que podía notarse, cogerse, morderse; la suerte podía rodear completamente a una persona en determinado momento y desaparecer al siguiente. Por eso, en el instante de atraer a la buena suerte en lo referente a las quinielas de fútbol, la señora Harris trataba de sintonizar con lo desconocido. Normalmente, mientras hacía esa pausa, si no notaba una violenta corazonada o si no sentía nada, marcaba la casilla del empate.

Esa tarde en concreto, mientras estaban bajo el círculo de la luz de la lámpara, la empleada tuvo la sensación de que la presencia de la suerte la envolvía con la misma densidad que la niebla de la calle. Mientras tenía el lápiz suspendido encima de la primera línea (Aston Villa contra Bolton Wanderers), alzó la vista y le dijo con gran intensidad a la señora Butterfield:

—Esto es para mi vestido de Dior.

—¿Tu qué, tesoro? —preguntó la señora Butterfield, que sólo había oído a medias la declaración de su amiga, porque ella también era adicta al método de

rellenar la lista mediante el trance y ya estaba entrando en ese estado en el que algo encajaba en su cabeza, en el que anotaba sus selecciones una tras otra sin parar siquiera para respirar.

—Mi vestido de Dior —repitió la señora Harris, que después añadió con mucho ímpetu, como si con la vehemencia pudiera lograr que eso sucediera—; voy a tener un vestido de Dior.

—Ah, no me digas —musitó la señora Butterfield, que no estaba del todo dispuesta a salir del estado de catalepsia en el que se hallaba a punto de entrar—. ¿Es algo nuevo de Marks and Spencer?

—¿De Marks and Spencer? Qué bobada —contestó la señora Harris—. ¿Nunca has oído hablar de Dior?

—Pues la verdad es que no, cielo —respondió la señora Butterfield, que todavía no estaba del todo en sus cabales.

—Es la tienda más cara del mundo. Está en París. Los trajes cuestan cuatrocientas cincuenta libras.

La señora Butterfield recobró la consciencia de golpe. Se le quedó la boca abierta de par en par y las papadas se le recogieron una encima de otra como las partes de un vaso plegable.

—¿Cuatrocientas cincuenta qué? —repitió entrecortadamente—. Cariño, ¿te has vuelto chalada?

Por un instante esa cifra también dejó anonadada a la señora Harris, pero después el mismo carácter excesivo de esa cantidad, junto con la fuerza del deseo que había nacido en su interior, hicieron que recuperara la convicción, y dijo:

—Lady Dant tiene uno en el armario. Lo ha sacado para el baile de beneficencia de esta noche. Nunca había visto nada igual en toda mi vida, excepto, a lo mejor, en un sueño o en un libro. —Bajó el tono de voz un momento a la vez que adoptaba un aire reflexivo—. Si ni siquiera la reina tiene un vestido así... —añadió, y después, sonora y firmemente, aseguró—: Y yo pienso comprarme uno.

Las oleadas de conmoción ya habían comenzado a amainar en la señora Butterfield, que recuperó su pragmático pesimismo y preguntó:

—Y ¿de dónde vas a sacar el dinero, cielo?

—Pues de aquí —contestó la señora Harris mientras le daba unos golpecitos al cupón con el lápiz, como si quisiera que a las fuerzas del destino les quedara claro lo que se esperaba de ellas.

La señora Butterfield lo aceptó, porque ella también tenía una larga lista de cosas que esperaba comprar de forma inmediata si acertaba en la quiniela. Pero se le ocurrió otra cosa:

—Los vestidos así no son para personas como nosotras, tesoro —afirmó con tristeza.

La señora Harris reaccionó con vehemencia:

—¿A mí qué más me da que no sean para personas como nosotras? Es lo más bonito que he visto en mi vida y pienso tener uno.

La señora Butterfield insistió:

—Y ¿qué vas a hacer con él cuando ya sea tuyo?

Estas palabras frenaron en seco a la señora Harris, que ni se había planteado qué pasaría cuando ya tuviese una creación tan maravillosa. Lo único que sabía era que la deseaba con todas sus fuerzas y, por tanto, lo único que pudo responder a la pregunta de su amiga fue lo siguiente:

—Pues ¡tenerlo! ¡Tenerlo y ya está!

Había apoyado el lápiz en el primer renglón de la quiniela. Se fijó en él y dijo:

—Pues hala, allá vamos.

Y, sin titubear ni un instante más, casi como si sus dedos actuaran por voluntad propia, rellenó una línea tras otra, victoria, derrota, empate, victoria, victoria, empate, empate, empate, derrota y victoria, hasta que todos los huecos quedaron completos. Nunca lo había hecho así.

—Se acabó —dijo.

—Pues que tengas suerte, cariño —dijo la señora Butterfield, a quien había fascinado tanto el proceder de su amiga que sólo se fijó de forma muy somera en su quiniela, que no tardó en terminar.

Todavía poseída por algo, la señora Harris añadió con voz ronca:

—Vamos a echarlos ya al correo, ahora que todavía estoy de suerte.

Se pusieron el abrigo, se taparon el cuello con la bufanda, salieron a la lluvia y a la niebla chorreante y se dirigieron al buzón rojo que brillaba débilmente en la esquina, debajo de la farola. La señora Harris se llevó el sobre a los labios un momento y dijo: « Esto es para mi vestido de Dior », echó el sobre por la ranura y se quedó escuchando cómo caía. La señora Butterfield metió el suyo con menos confianza.

—Si no esperas nada de nada luego no te llevas un chasco. Ése es mi lema — declaró.

Volvieron para seguir tomando el té.



El sísmico y maravilloso descubrimiento no lo hizo ese fin de semana la señora Harris, sino la señora Butterfield, quien, con las carnes temblando, entró como un vendaval en la cocina de su amiga, en tal estado que apenas podía articular palabra y que daba la impresión, de hecho, de estar a punto de sufrir un derrame cerebral.

—Te-te-te-tesoro —dijo entre tartamudeos—, tesoro, ¡HA PASADO!

La señora Harris, que estaba ocupada planchando las camisas del comandante Wallace después de lavarlas (que era una de las formas en que lo mimaba), contestó sin levantar la vista de la delicada labor de darle la vuelta al cuello:

—Tranquila, cielo, que te va a dar un ataque. ¿Qué es lo que ha pasado?

Resoplando y jadeando como un hipópótamo, la señora Butterfield agitó el periódico:

—¡Que has ganado!

La señora Harris no asimiló inmediatamente el pleno significado de lo que le decía su amiga, porque, tras haber depositado su destino en manos de la poderosa sensación de que iba a sonreírle la suerte, había dejado de pensar en ello temporalmente. Pero al fin entendió el sentido de los gritos de la señora Butterfield, y se le cayó la plancha al suelo con un gran estruendo. « ¡Mi vestido de Dior! », exclamó; enseguida cogió por la cintura a su recia amiga y las dos se pusieron a bailar por la cocina como si fueran niñas.

Después, por si acaso se había producido algún error, tuvieron que sentarse y, de forma minuciosa, resultado por resultado (porque, evidentemente, guardaban un duplicado de la quiniela), repasaron cómo habían quedado los partidos de ese sábado. Era cierto. A excepción de dos resultados, la señora Harris había acertado en todo. Iba a ganar un premio, cuantioso, de eso no cabía duda, quizá incluso se llevase el bote, lo cual dependía de que no apareciese nadie que hubiera mejorado o igualado sus aciertos.

Sin embargo, una cosa sí parecía segura: el vestido de Dior, o al menos el dinero que costaba, quedaba garantizado, porque a ninguna de las dos le cabía en la cabeza que el premio por haber atinado en doce de catorce partidos fuese inferior. Pero todavía tenían que aguantar un suplicio tremendo. Iban a tener que esperar hasta el miércoles para que les informaran por telegrama de la cantidad a la que ascendía el botín.

—Lo que sobre de lo que necesito para el vestido, nos lo repartimos entre tú y yo —le dijo la menuda señora de la limpieza a su robusta amiga en un momento

de afable generosidad, y su afirmación fue lo de más sincera.

En ese primer arrebató de emoción por haber ganado, la señora Harris se imaginó avanzando con gran confianza por el espléndido establecimiento del tal Dior, flanqueada por dependientes que le hacían una reverencia, casi de hinojos. Llevaba tanto dinero en el bolso que lo tenía a punto de reventar. Recorría pasillos y pasillos, perchas y perchas de las que colgaban rígidas maravillosas prendas, de satén, encaje, terciopelos y brocados y al fin se decidía y declaraba:

—Me voy a llevar ése.

Y sin embargo... por mucho que fuese una persona de naturaleza alegre y optimista, la señora Harris no pudo evitar la sospecha, surgida de los apuros de llevar una vida ordinaria y saliendo adelante como se puede, de que igual todo eso no resultaba tan fácil. Desear algo exquisito pero inútil, un lujo completamente inaccesible, cifrar todas las esperanzas en ganarlo gracias a un juego de azar y sacar a la primera el número premiado... Estas cosas sólo pasaban en los libros de cuentos.

En todo caso, sí parecía que también le sucedían a la gente de vez en cuando. Todos los días se leían anécdotas así en los periódicos. Bueno, lo único que se podía hacer era esperar al miércoles. Los datos concretos eran innegables: ella había ganado, porque lo había comprobado repetidas veces. El vestido de Dior iba a ser suyo, y quizá muchísimas cosas más, incluso después de hacer el reparto con la señora Butterfield. Se sabía que alguna vez se había llegado a acumular un bote de ciento cincuenta mil libras.

Y así estuvo, sumida en un mar de dudas tres días hasta la mañana del miércoles, cuando llegó el importantísimo telegrama de las oficinas centrales del Departamento de Apuestas Deportivas. Fue una señal del cariño que le inspiraba su amiga que no lo abriera inmediatamente, sino que esperase a estar vestida del todo para poder acercarse a toda prisa a casa de la señora Butterfield. Ésta apoyó la espalda en una silla para vivir el gran momento, mientras se daba aire con el delantal, y exclamó:

—Por el amor de Dios, tesoro, ábrelo, que si no me muero de la emoción.

Por fin, con dedos temblorosos, la señora Harris abrió el sobre y desdobló el mensaje. En él se la informaba sucintamente de que su boleto había resultado premiado y de que le correspondían ciento dos libras, siete chelines y nueve peniques y medio. En cierto sentido, fue una suerte que la señora Harris hubiera considerado la posibilidad de sufrir una decepción, porque la cantidad era tan inferior a la que necesitaba para convertirse en dueña de un vestido de Dior que la consecución de su sueño seguía siendo tan lejana y tan aparentemente imposible como siempre. Ni siquiera las supuestas palabras de consuelo de la señora Butterfield («Bueno, es mejor que nada; a mucha gente le alegraría recibir ese dinero») le ayudaron a superar el chasco inicial, por mucho que en el fondo supiera que así era la vida en realidad.

¿Qué había pasado? Pocos días después le mandaron una lista de ganadores que aclaró perfectamente la cuestión. En la liga de fútbol se había vivido una semana complicada en la que se habían dado muchas derrotas inesperadas. Aunque nadie había acertado el resultado de los catorce partidos, ni siquiera de trece, un número considerable de personas había tenido el mismo número de aciertos que la señora Harris, lo que había disminuido la cuantía de la parte de cada uno.

Ciento dos libras, siete chelines y nueve peniques y medio no era una cantidad despreciable, y, sin embargo, la señora Harris se notó durante varios días cierta insensibilidad en el corazón, y, de noche, se despertaba con una sensación de tristeza, de lágrimas no vertidas, y después recordaba el motivo.

Cuando se le pasó la decepción, pensó que la emoción de haber ganado cien libras en las quinielas (una cantidad que podía gastarse en lo que quisiera) iba a quitarle las ganas de comprar el vestido de Dior. Sin embargo, lo que ocurrió fue lo contrario. Su deseo era más fuerte que nunca. No se lo podía quitar de la cabeza. Por la mañana, al despertarse, notaba una sensación de tristeza y vacío, como si le hubiera sucedido algo desagradable, o como si sufriera una carencia que el sueño había borrado temporalmente. Luego se daba cuenta de que se trataba del vestido de Dior, el que fuese, daba igual; todavía deseaba tener uno en algún momento de su vida, y eso jamás iba a pasar.

Y por la noche, cuando después del último té y de la charla con la señora Butterfield se acostaba junto a sus viejas amigas, las bolsas de agua caliente, y se subía las sábanas hasta la barbilla, comenzaba una lucha desesperada por pensar en otra cosa: la nueva novia del comandante Wallace, de quien esta vez él le había asegurado que era una sobrina suya de Sudáfrica (siempre eran sobrinas, alguna joven que estaba bajo su tutela, secretarias o amigas de la familia), o en la última excentricidad de la condesa Wyszczinska, que se había aficionado a fumar en pipa. Intentaba concentrarse en su apartamento preferido, en las palabras malsonantes que había soltado la señorita Pamela Penrose porque se le había roto un cenicero. Intentaba inventarse un jardín de flores y centrarse en él. Pero todo era en vano. Cuanto más aspiraba a pensar en otras cosas, más se le metía en la cabeza el vestido de Dior, y se quedaba tumbada en la oscuridad, temblando y suspirando por él.

Incluso con la luz apagada, únicamente con el brillo tenue de la farola que se filtraba por la ventana del semisótano, la señora Harris podía atravesar la puerta del armario con la mirada e imaginar que lo tenía ahí colgado. El color y los materiales cambiaban continuamente; a veces lo veía con brocado dorado, otras era de satén rosa o carmesí, o blanco con encajes de color marfil. Pero siempre era el más bonito y caro en su género.

Los originales que habían inspirado este extraño deseo habían desaparecido del armario de lady Dant y ya no podían fascinarla y atormentarla desde ahí.

(Después publicaron en *The Tatler* una fotografía de la dama en la que ésta llevaba el que se llamaba « Deslumbrante» .) Pero a la señora Harris no le hacía falta seguir viéndolos. El deseo de poseer algo así se le había quedado grabado. A veces el anhelo era tan intenso que se le saltaban las lágrimas antes de quedarse dormida, y muchas veces se prolongaba bajo la forma distorsionada de un sueño.

Pero una noche, en torno a una semana después, sus pensamientos tomaron un nuevo rumbo. Se acordó de la velada en que había rellenado la quiniela con la señora Butterfield y de la curiosa sensación de certidumbre que había experimentado de que gracias a ella iba a conseguir el ansiado vestido. El resultado, desde luego, había estado en consonancia con lo que la vida le había enseñado: había constituido una de las decepciones de la existencia, aunque, bien pensado..., ¿de veras lo había sido? Había ganado cien libras; no, más, ciento dos, siete chelines y nueve peniques y medio.

Entonces ¿a qué obedecía esa curiosa cantidad, cuál era el mensaje o el significado que le ofrecía? Porque el mundo de la señora Harris estaba lleno de señales, signos, mensajes y presagios que venían de Lo Alto. Como un traje de Dior costaba cuatrocientas cincuenta libras, las trescientas cincuenta que faltaban todavía eran para ella completamente inalcanzables. Pero... ¡un momento! Le vinieron una idea y un foganazo de inspiración, encendió la luz de repente, y se excitó tanto que se incorporó en la cama. En realidad ya no necesitaba trescientas cincuenta. No sólo tenía sus cien en el banco, sino dos libras, siete chelines y nueve peniques y medio más, que la acercaban más a las doscientas; una vez que las lograra, reunir las trescientas ya sería más fácil.

—Eso es —se dijo en voz alta—; lo compraré, aunque sea lo último que haga y tarde lo que me queda de vida.

Salió de la cama, cogió lápiz y papel y empezó a trazar un plan.

La señora Harris jamás había pagado más de cinco libras por un vestido, una cantidad que escribió en el papel, enfrente de la exorbitadísima suma de cuatrocientas cincuenta libras. Si lady Dant le hubiese dicho que las maravillosas creaciones de su armario valían cincuenta o sesenta libras, es bastante probable que la señora Harris se hubiera olvidado enseguida, no sólo por un abismo económico que no estaba preparada para considerar, sino por una cuestión de clase que prefería no infringir.

Pero precisamente el carácter descabellado de la suma llevaba el asunto a una categoría completamente distinta. ¿Qué hace que una mujer desee un abrigo de chinchilla, o de marta cibelina de Rusia, o un Rolls-Royce, o joyas de Cartier o de Van Cleef and Arpels, o el perfume, restaurante o distrito residencial más caros, etcétera...? Es ese matiz ridículo e insuperable del precio lo que constituye la garantía del valor de su feminidad y de su persona. A la señora Harris le daba la impresión de que, si tenía un vestido tan bonito que costaba cuatrocientas cincuenta libras, no habría nada más sobre la faz de la tierra que pudiese desear.

El lápiz empezó a moverse por el papel.

Ganaba tres chelines por hora. Trabajaba diez horas al día, seis días a la semana, cincuenta y dos semanas al año. La señora Harris se empujó la parte interior de la mejilla con la lengua, aplicó la tabla de multiplicar y obtuvo la cantidad de cuatrocientas sesenta y ocho libras anuales, justo el precio de un traje de noche de Dior más lo que costaba un pasaje de ida y vuelta a París.

Ahora, con una determinación y un vigor iguales, inició una segunda columna con el alquiler, los impuestos, la comida, los medicamentos, los zapatos y todos los pequeños gastos de la vida que se le ocurrieron. Le costó un esfuerzo tremendo restar esos gastos a los ingresos. Se le avecinaban años de ahorro, dos como poco, quizá tres si no tenía otro golpe de suerte o una lluvia de propinas inesperadas. Pero esa cantidad no mermó ni su confianza ni su determinación. Al revés: las reforzó. «Será mío», se repitió una vez más, y apagó rápidamente la luz. Se durmió enseguida, tranquila como una niña, y cuando se despertó a la mañana siguiente, ya no se notó triste, sino entusiasmada y emocionada, como una persona que está a punto de embarcarse en una aventura enorme y desconocida.

El asunto salió a relucir la noche siguiente, la noche en que solían ir al cine, cuando la señora Butterfield apareció, como de costumbre, algo después de las ocho, muy abrigada contra el frío, y se quedó sorprendida al ver a la señora Harris en la cocina, nada preparada para salir a ninguna parte, y estudiando una especie de folleto titulado: *Gane dinero en casa en su tiempo libre*.

—Cielo, que vamos a llegar tarde —la regañó la señora Butterfield.

La señora Harris miró a su amiga con un gesto de culpabilidad y dijo:

—Yo no voy.

—¿No vamos al cine? —repitió una anonadada señora Butterfield—. Pero si echan una de Marilyn Monroe...

—Me es imposible. No puedo ir. Estoy ahorrando.

—Vaya por Dios —dijo la señora Butterfield, a quien, de vez en cuando, también le sobrevenía una temporal fase de frugalidad—. Y ¿para qué?

La señora Harris tragó saliva antes de contestar:

—Para mi traje de Dior.

—Hay que ver, cielo, te has vuelto loca. Creía que me habías dicho que costaba cuatrocientas cincuenta libras, ahí es nada.

—Ya tengo ciento dos, siete chelines y nueve peniques y medio —replicó la asistenta—, y pienso ahorrar lo que queda.

A la señora Butterfield le talaron las papadas mientras movía la cabeza con un gesto de admiración, y dijo:

—Pero cuánto carácter tienes, madre mía. Yo nunca podría hacer algo semejante. Te propongo una cosa, tesoro: ven conmigo, que yo te invito.

Pero la señora Harris se mostró firme.

—No puedo —contestó—. No podría devolvarte la invitación.

La señora Butterfield soltó un profundo suspiro, empezó a quitarse las prendas de más abrigo y dijo:

—Ya, bueno. Supongo que Marilyn Monroe no lo es todo. También me apetecen un té y una conversación tranquila. ¿Te has enterado de que han vuelto a detener a lord Klepper? Lo de siempre. Ese para el que trabajo en Halker Street es su sobrino. No te puedes echar a la cara a un chico más majó. En él sí que no hay nada raro.

La señora Harris aceptó el sacrificio que hacía su amiga, pero su mirada se posó culpable en la caja de té. Ahora estaba bastante llena, pero no tardaría en acabar inhóspitamente vacía. Porque aparecía en la lista de bienes cuyo consumo había que reducir. Puso el hervidor de agua en el fuego.

Así dio comienzo un largo y arduo período de ahorros, economías y privaciones, pero nada de eso hizo la menor mella en el buen humor de la señora Harris, si obviamos el hecho de que se negó alguna que otra maceta de flores de temporada; además, cuidó más que nunca la salud de sus queridos geranios, por si acaso le resultaba imposible sustituirlos.

También dejó de comprar tabaco (y fumarse un pitillo con tranquilidad había sido un placer para ella) y ginebra. En vez de coger el metro o el autobús, iba a pie, y cuando le empezaron a salir agujeros en los zapatos, los rellenó con papel de periódico. Renunció a la prensa vespertina, que le encantaba, y se enteraba de las noticias y de los chismes al cabo de un día, cuando se los llevaba de las papeleras de sus clientes. Gastaba lo menos posible en ropa y comida. Esto último podría haberla perjudicado, pero la señora Schreiber, la norteamericana, en cuya casa solía trabajar a la hora de la comida, era generosa y siempre le ofrecía un huevo o algo frío de la nevera.

Ahora ella aceptaba todo esto.

Ya no se la vio en el cine, ni en La Corona, el pub de la esquina; cuando estaba sola apenas tomaba té para que le quedase un poco en la lata cuando le tocaba a la señora Butterfield visitarla a ella. Y estuvo a punto de estropearse la vista por culpa de un trabajo mal pagado que hacía en casa y por las noches: cosía cremalleras en la espalda de blusas baratas. Lo único a lo que no renunció fueron los tres peniques semanales con que compraba la quiniela de fútbol, pero, evidentemente, el rayo no tenía la menor intención de caer dos veces en el mismo sitio. Sin embargo, a ella le parecía que no podía permitirse dejar de apostar.

Gracias a revistas de moda desechadas, de seis meses de antigüedad, se mantenía al corriente de lo que hacía Christian Dior, porque todo lo que aquí se cuenta sucedió antes del repentino y llorado fallecimiento del maestro, y ella nunca olvidaba, lo cual le levantaba el ánimo y le enderezaba la espalda, la certeza de que en algún día de un futuro no muy lejano una de aquellas

creaciones únicas sería suya.

Y, aunque la señora Butterfield no cambió de parecer y siguió pensando que nada bueno podía salir de querer cosas que pertenecían a una esfera muy superior a la propia y que, en algún momento del proceso, a la señora Harris le ocurriría una calamidad, admiraba no obstante la determinación y el valor de su amiga, y la apoyaba sin resquemor, la ayudaba en todo lo que podía, y, como es lógico, le guardaba el secreto, porque la señora Harris no le había contado a nadie cuáles eran sus planes y sus ambiciones.



La señora Harris tocó el timbre del piso de la señora Butterfield una noche de aquel período, a mediados de verano, en un estado de considerable excitación. Sus mejillas sonrosadas estaban arrojadas, con un tono más intenso que el de costumbre, y en sus ojillos brillaba una chispa de emoción. Algo superior a ella se había apoderado de su ser, « una corazonada », según sus propias palabras. Esa corazonada la guiaba al canódromo de White City, y se había presentado en casa de la señora Butterfield para que ésta la acompañara.

—Vas a ir a por todas, ¿eh, cariño? —le preguntó su amiga—. A mí no me vendrá nada mal salir esta noche. ¿Cómo llevas lo del ahorro?

La excitación que la embargaba hizo que a la señora Harris le saliera la voz ronca:

—Ya he apartado doscientas cincuenta libras. Si consigo doblar esa cantidad, la semana que viene ya tendré mi vestido.

—¿Doblarla o perderla, cielo? —objetó la señora Butterfield, siempre tan pesimista, que se regodeaba en la contemplación del lado más oscuro de la vida.

—Tengo una corazonada —aseguró la señora Harris—. Vamos, que hoy pago yo.

Efectivamente, casi le parecía a la señora Harris que aquello era algo más que una premonición; de hecho, lo consideraba un mensaje divino. Esa mañana se había despertado con la sensación de que el día era de lo más afortunado, y de que su Dios le dirigía desde las alturas una cordial mirada de colaboración.

Ella había conocido la existencia de esa deidad en las clases de catecismo cuando era muy pequeña, y nunca había dejado de imaginársela como un ser en el que se combinaban los rasgos de una niñera, un agente de policía, un juez y un Santa Claus, una omnipotencia de muchos estados de ánimo, que siempre se preocupaba por sus andanzas. Siempre sabía en qué fase predominante se encontraba el Todopoderoso a través de lo que le estaba sucediendo a ella. Aceptaba sin rechistar los castigos divinos cuando había sido mala del mismo modo que lo habría hecho con un veredicto judicial. Asimismo, cuando era buena, esperaba recompensas; cuando sufría pedía ayuda y esperaba ser asistida; cuando todo iba bien siempre estaba dispuesta a compartir el mérito con el Señor. Aunque Jehová era un amigo personal y un protector, ella no dejaba de recelar un poquito de Él, igual que le habría pasado con un caballero anciano al que le daban de vez en cuando ataques y rabietas inexplicables.

Esa mañana, cuando la despertó la sensación de que algo maravilloso estaba a punto de sucederle, llegó a la conclusión de que aquello únicamente podía estar

relacionado con su deseo de tener el vestido, y de que en esta ocasión lograría acercarse más a su consecución.

Todo ese día, mientras trabajaba, se mostró de lo más abierta a recibir nuevos datos sobre la forma que iba a adoptar el esperado botín. Cuando llegó al apartamento de la señorita Pamela Penrose para lidiar con el caos y la suciedad que siempre dejaba la aspirante a actriz, vio en el suelo un ejemplar del *Evening Standard*, y, cuando le echó un vistazo, leyó que esa noche había una carrera de perros en White City. ¡Ahí lo tenía! El mensaje se había entregado y recibido. Por tanto, lo único que quedaba por hacer era acertar al elegir el perro y la cantidad, recoger el premio y marcharse a París.

Ni para la señora Harris ni para la señora Butterfield era desconocido el paraíso que constituía White City, pero la *mise en scène* de esa noche, que en otro momento las habría dejado embelesadas (las luces eléctricas que iluminaban el contorno de la pista oval, la liebre mecánica que avanzaba a toda prisa con gran estruendo, las ondulantes cintas de los perros que corrían detrás, el bullicio del gentío congregado en las colas para las apuestas y en las atestadas gradas), no era más que un medio para lograr un fin. Para entonces ese estado febril ya se le había contagiado a la señora Butterfield, que iba siguiendo con paso bamboleante a la señora Harris de la pista a las gradas y viceversa sin protestar. Ni siquiera hicieron una pausa para tomar un té y una salchicha en la sala de refrigerios, tan intensa era su concentración en la tarea que las había llevado a ese lugar.

Inspicieron los programas de carreras en busca de indicios, estudiaron a los animales largos, delgados y fibrosos, no dejaron de aguzar el oído por si les llegaban posibles datos sueltos, y fue esta última precaución la que acabó surtiendo efecto: un efecto que prometía ser tan asombroso que no cabía cuestionar su autenticidad ni la posibilidad de que no se cumpliera.

Mientras estaba apretujada en medio de la muchedumbre del *paddock* por el que desfilaban los participantes de la cuarta carrera, la señora Harris escuchó la conversación de unos caballeros que iban vestidos de manera informal y que se encontraban justo a su lado.

El primero de ellos estaba muy ocupado hurgándose el oído con el meñique y estudiando el programa al mismo tiempo.

—*Haute Couture*; éste es el que hay que elegir.

El otro caballero, que llevaba a cabo una operación similar en la nariz, lanzó una mirada penetrante a la fila de perros y declaró:

—El número seis. ¿Se puede saber qué significa *Haute Couture*?

El primero era una persona informada:

—Es una perra francesa —contestó—, y su dueño es Marcel Duval. No lo sé; ¡lo de *Haute Couture* no tiene algo que ver con la costura, o algo así!

La señora Harris y la señora Butterfield notaron cómo unos escalofríos les

recorrían el cuerpo mientras se daban la vuelta y se miraban. No cabía duda: ésa era la elegida. Se quedaron mirando los programas; como era de esperar, en ellos aparecía el nombre de la perra, *Haute Couture*, y el del dueño, así como algunos de los premios ganados. Al echar un vistazo al panel vieron que para esa perra las apuestas estaban cinco a uno.

—¡Vamos! —exclamó la señora Harris mientras se dirigía a las ventanillas. Como si fuera un pequeño destructor que acompañaba al enorme acorazado que constituía la señora Butterfield, fue abriéndose paso entre el gentío y llegó a la cola corta de resuello.

—¿Cuánto vas a apostar por ella, tesoro? ¿Cinco libras? —preguntó la señora Butterfield entre jadeos.

—¿Cinco libras —repitió la señora Harris—, después de una corazonada tan gorda? ¡Cincuenta!

Al oír esa cantidad, dio la impresión de que su amiga estaba a punto de desmayarse. La palidez se le fue extendiendo de papada en papada, hasta que le acabó cubriendo las dos. La mujer tembló de emoción.

—Cincuenta libras —musitó, por si acaso alguien oía semejante insensatez—. ¡Cincuenta libras!

—A cinco contra uno, eso supondría doscientas cincuenta libras —declaró la señora Harris con toda tranquilidad.

El pesimismo habitual de la señora Butterfield volvió a apoderarse de ella, y preguntó:

—Y ¿si la perra pierde?

—Es imposible —aseguró una imperturbable señora Harris—. ¿Cómo va a perder?

A esas alturas ya habían llegado a la ventanilla. Mientras los ojos de la señora Butterfield amenazaban con salirse de los pliegues de la cara, la señora Harris abrió el desgastado bolso marrón, sacó un fajo de billetes y dijo:

—Cincuenta libras a que gana *Ot Cutur*, la número seis.

De forma maquinal, el expendedor repitió: «Cincuenta libras a que gana *Haute Couture*, la número seis», y a continuación, sobresaltado por tal cantidad, se inclinó para observar desde el otro lado de la pantalla de alambre a la persona que apostaba tan fuerte. Dirigió la mirada a los ojillos azules y brillantes de la señora Harris, y la aparición de la menuda señora de la limpieza lo sobresaltó tanto que soltó un: «Qué barbaridad», aunque no tardó en corregirse y en decir: «Buena suerte, señora», y le acercó el boleto. Al cogerlo, a la mujer ni siquiera le temblaba la mano, pero la señora Butterfield lo contempló como si fuera una serpiente que fuera a morderla. Las dos se encaminaron al borde de la pista para asistir a la materialización del milagro prometido.

La tragedia que presenciaron a continuación fue breve e incontestable. *Haute Couture* fue en cabeza durante la primera vuelta, corrió con facilidad y sin

tropiezos, como la dama purasangre que era, pero en la última se adueñó de ella un picor incontrolable. Salió a toda prisa a la parte central de la pista, se sentó y se puso a rascarse hasta que se quedó la mar de a gusto. Cuando acabó, también había terminado la carrera, y la señora Harris estaba asimismo acabada.

No fue tanto la pérdida de las cincuenta libras que tanto le había costado ganar, tanto ahorrar y que tanto apreciaba la señora Harris lo que la alteró y enturbió su ánimo habitualmente vivaracho en el curso de los días siguientes, sino más bien la prueba de que Dios atravesaba fundamentalmente una fase de policía y juez, y de que andaba enfadado con ella. Resultaba evidente que no había interpretado bien sus intenciones, o quizá lo de arriesgarse sólo se le había ocurrido a ella y el Creador no estaba de acuerdo; le había enviado un castigo raudo y certero bajo la forma de una pulga divina. ¿Suponía eso que, después de todo, el Señor no iba a permitir que la señora Harris consiguiera su vestido? ¿Albergaba ella un deseo tan atolondrado y tan poco acorde con su posición que Él había elegido este método para mostrarle que lo censuraba?

Mientras iba haciendo su trabajo, este nuevo quebradero de cabeza atormentaba a la mujer, que estaba taciturna y preocupada; lógicamente, que pareciera que su Tutor rechazaba la idea aumentaba la intensidad del deseo que le inspiraba el vestido. Era de esa estirpe de personas capaces de desafiar hasta a su Creador si era necesario, aunque, como cabría esperar, ella no pensaba que alguien pudiera derrotar a Dios, que era todopoderoso y cuyas decisiones eran definitivas, aunque de eso no se deducía que a la señora Harris éstas tuvieran que gustarle, ni que tuviera que aceptarlas sin rechistar.

La semana siguiente, una tarde, mientras volvía del trabajo con la vista clavada en el suelo por culpa de la sensación de opresión que la embargaba, le llamó la atención un brillo en una alcantarilla, parecido al de un vidrio en el que se refleja una farola. Sin embargo, al agacharse descubrió que no era un trozo de cristal sino un broche de diamantes, que tenía, como supo nada más verlo, por la montura de platino y el tamaño de las piedras, un valor considerable.

En esta ocasión no se detuvo en bobadas de corazonadas o comunicaciones. La idea de que el precio de esa joya podía multiplicar por diez lo que costaba el vestido que deseaba ni se le pasó por la cabeza. Al ser quien era y como era, reaccionó de forma casi automática: se dirigió a la comisaría más cercana, entregó en ella el objeto, y dejó su nombre, su dirección y una descripción del sitio en que lo había encontrado. Al cabo de una semana le pidieron que volviera a presentarse en comisaría, en la que recibió una recompensa de veinticinco libras de la agradecida dueña del broche perdido.

Y entonces toda aquella opresión desapareció del alma de la señora Harris, porque el adusto Juez Supremo se había quitado la peluca, le había dado la vuelta y, al volvérsela a poner, la había transformado en una barba de Santa Claus; ella pudo descifrar el significado de lo que le había pasado y también cuáles eran los

designios divinos. Dios le había devuelto la mitad del dinero para mostrarle que ya no estaba enfadado con ella y que, si manifestaba fe y constancia, quizá lograra el traje, pero ya no debía recurrir a las apuestas; las veinticinco libras perdidas así lo aclaraban. Tenía que ganárselo con el trabajo, el sudor y el sacrificio personal. Y la verdad era que, con toda la alegría que la embargaba, estaba dispuesta a ofrecer todo eso.



En algún punto del proceso, sin buscarlos de veras (porque la señora Harris creía que al indagar con demasiada energía en las cosas a veces podía una enterarse de demasiado), la menuda señora de la limpieza descubrió dos datos relevantes. Había restricciones monetarias que impedían sacar más de diez libras de Gran Bretaña, y, por tanto, en ninguna tienda francesa aceptarían una cantidad elevada en libras, sino que exigirían otra moneda. Así que no le habría servido de nada salir ilegalmente del país con la cuantiosa suma de cuatrocientas cincuenta libras, algo que, por otra parte, ella tampoco habría hecho.

Porque el código ético de la señora Harris era a la vez estricto y pragmático. Contaba alguna mentira piadosa pero ninguna importante. No se saltaba las leyes, pero no le parecía mal buscarles todos los recovecos posibles. Era escrupulosamente sincera, pero al mismo tiempo no la podían tomar por boba.

Como en París las grandes cantidades de libras estaban prohibidas y además no valían para nada, necesitaba otra moneda como medio de compra, y pensó en los dólares. Y en este caso había una persona a la que podía recurrir, la dama norteamericana simpática, amable y sin demasiadas luces: la señora Schreiber.

Muy oportunamente, la señora Harris se inventó la existencia de un sobrino que vivía en Estados Unidos, que por lo visto era intrínsecamente indigente, una especie de palurdo que no sabía ganarse la vida y al cual, por lo de cuánto tiran los lazos de sangre, ella se sentía obligada a mandarle dinero. Decidió llamarlo Albert; el chico vivía en Chattanooga, un sitio que eligió al tuntún en una de las columnas diarias sobre Estados Unidos de *The Express*. Con la señora Schreiber tenía frecuentes y largas conversaciones sobre este menesteroso pariente. «Un buen muchacho, hijo de mi pobre hermana fallecida, pero siempre ha estado un poco mal de la azotea.»

La señora Schreiber, que tampoco tenía las ideas demasiado claras sobre las leyes monetarias de Gran Bretaña, no vio ningún motivo para no ayudar a una persona de tan buen corazón como la señora Harris, y, como era rica y disfrutaba de un suministro de dólares casi ilimitado, o podía conseguir más siempre que quisiera, las reservas de libras que su empleada iba reuniendo lentamente se convirtieron en moneda estadounidense. Este cambio llegó a ser una costumbre semanal. Además, la señora Schreiber le pagaba en dólares, le daba las propinas en la misma divisa, y nadie se enteró de nada.

De forma lenta pero segura, a lo largo de un período de dos años, el fajo de billetes de cinco, diez y veinte dólares fue ensanchándose hasta que una buena

mañana, a principios de enero, al contar lo acumulado y hojear la libreta del banco, la señora Harris se dio cuenta de que no le faltaba mucho para alcanzar su sueño.

Era plenamente consciente de que cualquier persona que saliera de las Islas Británicas al extranjero tenía que ser titular de un pasaporte británico en vigor, y le preguntó al comandante Wallace qué había que hacer para hacerse con un documento semejante, tras lo cual recibió instrucciones precisas sobre dónde, cómo y a quién debía solicitarlo por escrito.

—¿Está usted pensando en marcharse al extranjero? —preguntó el hombre con cierto asombro y no poco susto, porque consideraba la asistencia de la señora Harris algo indispensable para su comodidad y bienestar.

—¿Quién, yo? —contestó ella entre risas nerviosas—. Y ¿adónde iba a viajar? —Enseguida se inventó a otro pariente—. Es para mi sobrina. Se va a Alemania a casarse, con un chico muy majo al que el Ejército ha destinado a ese sitio.

Y aquí puede observarse cómo distinguía la señora Harris una mentira piadosa de otra más importante. Una mentirijilla como la anterior no perjudicaba a nadie, mientras que un embuste se planeaba, se contaba para salvarse o para obtener una ventaja injusta.

De este modo, el día en que llegaron las instrucciones del Departamento de Pasaportes se convirtió en un inolvidable momento de preparación; había que rellenar una enorme hoja en blanco con «4 fotografías del solicitante de 5 cm por 5 cm de tamaño», etcétera, etcétera.

—A ver qué te parece esto —le dijo la señora Harris a su amiga la señora Butterfield en un estado de gran excitación—, ¡tengo que sacarme una foto! La quieren para el pasaporte. Convendría que me acompañaras y me dieras la mano.

La única ocasión en que se había enfrentado al objetivo de la cámara había sido al casarse con el señor Harris, y entonces había contado con el recio brazo de aquel recio fontanero para apoyarse mientras duraba el suplicio.

Esta imagen, en un marco de flores pintadas, engalanaba ahora la mesa de su pisito. En ella se veía a la señora Harris de treinta años antes: una chica menuda y de aspecto enjuto con rasgos anodinos que realizaban la lozanía de la juventud. Llevaba una melena corta, que estaba de moda en esa época, y un vestido de novia de muselina blanca, escalonado de tal manera que recordaba un poco una pagoda china. En su postura ya se atisbaban el valor y la independencia de las que haría gala después, al quedarse viuda. Su gesto traslucía el orgullo que le inspiraba el hombre al que había cazado y que estaba a su lado, un muchacho de pinta agradable aunque más bien tirando a bajito, que lucía un traje oscuro y un cabello cuidadosamente engominado, y que, como cabía esperar, dado su nuevo estado civil, parecía aterrado. Después nadie se había molestado de nuevo en retratar a la señora Harris, ni ella había pensado mucho en la cuestión.

—¿No te va a costar un ojo de la cara?

Ésta fue la reacción de la señora Butterfield, observadora del lado sombrío de la vida.

—Media docena salen por diez chelines —le dijo—. He visto un anuncio en el periódico. Si quieres, te doy una de las que sobren.

—Qué buena eres, cielo —respondió la señora Butterfield, y lo decía en serio.

—Ay, madre. —La señora Harris soltó esta exclamación cuando de repente se le ocurrió otra idea—. Ay, madre —repitió—, si me van a hacer una foto, me tendré que comprar un sombrero nuevo.

Las dos papadas de la señora Butterfield temblaron ante el gran golpe de esta revelación.

—Pues es verdad, tesoro, y eso sí que te va a costar un ojo de la cara.

La señora Harris aceptó este detalle con filosofía e incluso con cierto placer. Llevaba años sin invertir en un sombrero nuevo.

—No hay más remedio. Menos mal que lo demás sí lo tengo.

La pareja eligió la siguiente tarde de sábado y salió disparada a King's Road a hacer los dos recados; empezaron, evidentemente, por escoger el sombrero. No cupo el menor titubeo, pues la señora Harris se enamoró inmediatamente de uno que vio en un escaparate, aunque al principio lo descartó con firmeza porque costaba una guinea, y lo rodeaban por todas partes otros que estaban rebajados, ofertas a diez chelines y seis peniques, incluso algunos a siete chelines y seis peniques.

Pero ella no habría sido una auténtica señora de la limpieza londinense si no se hubiera decantado por el de una guinea, porque lo habían concebido, diseñado y confeccionado para miembros de su profesión. El sombrero recordaba un plano de marinero y era de paja verde, pero lo que le daba un toque distinguido era la rosa rosa de tallo corto pero flexible pegada a la parte delantera. Lo mucho que le gustaban las flores y la rosa fue evidentemente lo que la sedujo. Entraron en la tienda y se probó con obediencia las formas y materiales que se consideraban dentro de sus posibilidades económicas, pero sus pensamientos y su mirada no dejaban de dirigirse al escaparate en el que se exhibía el sombrero. Finalmente no pudo contenerse y lo pidió.

La señora Butterfield examinó horrorizada la etiqueta del precio y exclamó:

—¡Hay que ver! ¡Una guinea! Para tí, con la de tiempo que llevas ahorrando, esto es tirar el dinero.

La señora Harris se lo puso y estuvo perdida.

—Me da igual —contestó con ardor—. Puedo ir una semana más tarde.

Si una cámara iba a dejar grabados sus rasgos y su presencia por toda la eternidad, para que figurasen en el pasaporte, para enseñárselos a sus amigas, para que se conservasen en un marquito del tocador de la señora Butterfield, así era como los quería, con ese sombrero y ningún otro. « Me lo voy a comprar » ,

le dijo a la dependienta, y sacó los veintiún chelines. Salió del establecimiento con él puesto y muy satisfecha. Al fin y al cabo, ¿qué era una guinea para una persona que estaba a punto de invertir cuatrocientas cincuenta libras en un vestido?

El fotógrafo no estaba ocupado cuando llegaron, y al cabo de poco tiempo y a la había colocado delante del frío ojo de la cámara mientras la escudriñaba encorvado debajo de su escondrijo de tela negra. Entonces encendió toda una serie de calurosos focos que iluminaron hasta el último pliegue, surco y arruga que los años de fatigas habían dejado en la sagaz y alegre carita de la señora Harris.

—Y ahora, señora —dijo—, si no le molesta quitarse el sombrero...

—Ni loca —contestó sucintamente ella—. Vamos a ver, ¿usted para qué cree que me he comprado este sombrero si no es para llevarlo en la foto?

—Lo siento, señora, pero va contra las normas —respondió el hombre—. El Departamento de Pasaportes no acepta imágenes con sombreros. Luego, si quiere, le puedo hacer otras que tengo de oferta con él puesto, a dos guineas la docena.

La señora Harris le sugirió al fotógrafo algo muy procaz que podía hacer con esas ofertas de dos guineas, pero su amiga la consoló:

—No te preocupes, tesoro, te lo podrás poner cuando vayas a París. Irás muy a la moda.

Fue una brumosa mañana de mayo, al cabo de cuatro meses, o, para ser exactos, dos años, siete meses, tres semanas y un día después de que decidiera en firme comprarse un vestido de Dior, cuando a la señora Harris, resuelta y perfectamente equipada debajo del sombrero verde de la rosa rosa, la despidió delante del autobús que iba al aeropuerto una trémula y nerviosa señora Butterfield. Al margen de la fortuna larga y arduamente reunida, el coste del vestido, iba pertrechada de pasaporte, billete de ida y vuelta a París y dinero suficiente para llegar y regresar.

Según lo que había previsto, sus actividades del día iban a consistir en elegir y comprar el traje, comer en París, hacer un poco de turismo y volver en el avión de la noche.

A los clientes les había avisado del insólito acontecimiento que suponía que se tomara un día libre la señora Harris, a quien iba a sustituir la señora Butterfield, y éstos habían reaccionado de acuerdo con su carácter y naturaleza. Como era de esperar, el comandante Wallace no se había mostrado nada convencido, porque no era capaz ni de encontrar una toalla limpia ni unos calcetines sin la ayuda de su empleada, pero fue la actriz, Pamela Penrose, quien montó la peor escena, y le echó una bronca a la menuda limpiadora.

—Me parece feísimo por su parte. No puede marcharse. Me niego. Yo le pago, ¿verdad? Mañana va a venir a tomar unas copas un productor de lo más

importante. Ustedes, las señoras de la limpieza, son todas iguales. Sólo piensan en sí mismas. Lo lógico sería, después de todo lo que he hecho por usted, que me tratase con un poco de consideración.

Por un instante, agotada, la señora Harris estuvo tentada de revelar adónde iba y por qué, pero aguantó. La historia de amor entre el vestido de Dior y ella era privada. Sin embargo, dijo en tono apaciguador:

—Vamos, vamos, guapa, no hay que enfadarse. Mi amiga la señora Butterfield se pasará mañana antes de volver a casa y le dejará el piso como los chorros del oro. Ese productor amigo suyo ni notará la diferencia. Hale, cariño, espero que le dé un buen trabajo —remató con gran alegría, y dejó a la señorita Penrose con cara de pocos amigos y torciendo el gesto.



Cualquier idea relacionada con la actriz y, de hecho, todos los detalles del pasado, desaparecieron de la cabeza de la señora Harris cuando, con una sacudida y un chirrido de frenos, el taxi se detuvo en el que debía ser su destino.

El gran edificio gris que es la casa Christian Dior ocupa toda una esquina de la amplia Avenue Montaigne, a la que se llega desde la rotonda de los Campos Eliseos. Tiene dos entradas, una que da a la avenida en sí y por la que se accede a la tienda, en la que se venden chucherías y accesorios a unos precios que van de las cinco a las cien libras, y otra más discreta y exclusiva.

El taxista decidió dejar a la señora Harris en esta última, la reservada a los clientes verdaderamente ricos, pues imaginó que su pasajera era como poco una condesa o una lady inglesa. No le cobró una cantidad superior a la que aparecía en el taxímetro y también se contuvo para no atribuirse una propina de más de cincuenta francos, pues no se le había olvidado el aviso del empleado de British European Airways. A continuación, mientras le gritaba con alegría las únicas palabras inglesas que conocía, que eran: «¿Cómo está usted?», se marchó y la dejó en la acera, frente al sitio que llevaba tres años ocupando los anhelos y los sueños de la señora Harris.

Y un extraño recelo se despertó en el pecho delgado de la señora Harris, por debajo del abrigo de sarga marrón. Aquello no se parecía en absoluto a una tienda, como Selfridges de Oxford Street o Marks and Spencer, donde iba de compras: no era en nada una tienda como Dios manda, con escaparates para exponer las mercancías y figuras de cera con sonrisas nacaradas y mejillas sonrosadas, los brazos extendidos en poses elegantes para exhibir la ropa que se vendía. No había nada, nada de nada, sólo unas ventanas que tapaban unas ondulantes cortinas grises, y una puerta con una rejilla de hierro detrás del cristal. Sí, en la dovela de la entrada se habían grabado las palabras « Christian Dior », pero no había otras señales de identificación.

Cuando alguien ha deseado algo con la intensidad con que la señora Harris había deseado su traje parisino, y durante tanto tiempo, y cuando al fin ese profundísimo anhelo femenino está a punto de conocer las mieles de la materialización, cada instante que acompaña a esa proeza se aviva y se marca indeleblemente.

Ahora que estaba sola en una ciudad extranjera, que la asediaban el rugido extranjero del tráfico extranjero y el bullicio extranjero de los extranjeros transeúntes, delante de la enorme mansión gris que parecía un domicilio particular, en absoluto un establecimiento, la señora Harris se sintió de pronto

sola, asustada y abandonada, y, pese al gran fajo de dólares estadounidenses de color verde plateado que llevaba en el bolso, lamentó unos instantes todo el viaje, o no haberle pedido al joven de las líneas aéreas que la acompañase, o que el taxista se hubiera marchado y la hubiera dejado allí.

Y entonces, casualmente, un coche de la embajada británica pasó por delante, y la imagen de la minúscula Union Jack que se agitaba en el guardabarros le enderezó la espalda e imprimió determinación a su boca y su mirada. Se recordó quién y qué era, respiró profundamente el cálido aire parisino impregnado de humo de los tubos de escape, abrió la puerta con decisión y entró.

Estuvo a punto de volver a salir por culpa del intenso olor a elegancia que la invadió al verse dentro. Era el mismo que respiraba cuando lady Dant abría las puertas de su armario, el mismo que desprendían el abrigo de piel y los vestidos de la condesa Wyszczinska, para quien limpiaba de cuatro a seis de la tarde, el que a veces le llegaba en las calles cuando, mientras pasaba por delante, alguien abría la puerta de un automóvil lujoso. Este olor se componía de perfume y pieles y satenes, de sedas y cuero, joyas y polvos de maquillaje. Daba la impresión de que surgía de la gruesa moqueta y de los cortinajes grises, que cargaba el aire de la espléndida escalera que tenía delante de ella.

Era el olor de los ricos, e hizo que la señora temblara de nuevo y se preguntara qué hacía ella, Ada Harris, en ese sitio, en vez de estar fregando los platos de la comida en casa de la señora Fford Foulks, o de contribuir al ascenso de una verdadera estrella de teatro como Pamela Penrose cerciorándose de que su piso estuviera limpio y ordenado cuando sus amigos productores fueran a visitarla.

Titubeó mientras los pies parecían hundirse hasta los tobillos en la gruesa moqueta. Entonces metió a hurtadillas los dedos en el bolso y rozó la textura lisa del fajo de billetes estadounidenses. « Para esto has venido, Ada Harris. Gracias a esto eres tan rica como cualquiera de ellos, qué caramba. Vamos, chica, adelante.»

Subió por la imponente y desierta escalera; en aquel momento eran las once y media de la mañana. En el primer descansillo de media vuelta había únicamente una zapatilla plateada dentro de una vitrina de cristal incrustada en la pared; en el segundo vio una vitrina similar con una gigantesca botella de perfume de Dior. Al margen de esto, no se veían otros productos, ni tampoco había hordas de personas que subieran y bajaran las escaleras a toda prisa, como en Marks and Spencer o en Selfridges. No se veía por ningún lado algo que recordara mínimamente las tiendas a las que estaba acostumbrada.

En cambio, la elegancia y la atmósfera de la escalera desierta le dieron la sensación de estar en una casa particular, de dimensiones colosales, además. ¿No se había equivocado de sitio? El valor amenazó con abandonarla de nuevo, pero

se dijo que antes o después encontraría algún ser humano que pudiera indicarle dónde estaban los vestidos, o al menos aclararle si había entrado en otro edificio. Siguió subiendo y, efectivamente, en el rellano del primer piso se encontró con una guapa mujer morena de cuarenta y pocos años que escribía algo en una mesa, y que llevaba un sencillo vestido negro sobre el que destacaban tres hileras de perlas en el cuello; tenía el pelo cuidado y brillante; era de rasgos refinados, de piel exquisita, pero una inspección más minuciosa habría revelado que parecía cansada y preocupada, y que se le veían unas profundas ojeras.

La señora Harris reparó en que detrás de esa mujer había una sala de tamaño considerable desde la que se accedía a otra, con una moqueta gris como la de las escaleras, con ventanas con unos espléndidos cortinajes de seda, apenas amueblada con varias filas de sillas grises y doradas alrededor de la estancia. Completaban la decoración unos cuantos espejos de pared, del suelo al techo, pero no se observaba ni el menor indicio de algo que pudiera comprarse o siquiera mirarse.

Madame Colbert, la gerente, había tenido una mala mañana. Dama habitualmente amable y gentil, había acabado discutiendo con monsieur Fauvel, el joven y apuesto director del departamento de contabilidad, por quien normalmente sentía un gran cariño, y a quien había vuelto a mandar a sus dominios del piso superior con las orejas rojas.

Lo único que había pasado era que le había preguntado por una clienta cuyas facturas tardaban demasiado en pagarse. En cualquier otro día, quizá madame Colbert habría tenido la cortesía de hacerle al contable un resumen incisivo y no desprovisto de humor de las características y las peculiaridades de dicha clienta, y de la confianza que ésta merecía, dado que antes o después todas se desnudaban delante de ella. Pero se puso a echar pestes contra él, le dijo que ella se encargaba de vender vestidos y él de cobrarlos, y que no tenía tiempo para examinar las cuentas bancarias de todas las clientas. Eso le correspondía a él.

Aparte de pasarse toda la mañana respondiendo a todo escuetamente, también les echó la bronca a varias vendedoras e incluso se permitió regañar a Natasha, la modelo estrella de la casa, por llegar tarde a una prueba, cuando, como bien sabía, el metro y los autobuses habían empezado una huelga de celo. Lo que empeoró la situación fue que la exquisita Natasha reaccionara ante esas palabras tan bruscas con un talante completamente contrario al de una *prima donna*: ni discutió ni replicó; únicamente se le formaron en los ojos dos lágrimas enormes que le cayeron por las mejillas.

Y, por si fuera poco, madame Colbert no estaba nada segura de no haberse confundido con las invitaciones y el reparto de asientos del desfile de la colección de esa tarde. Como jefa del departamento, era una persona importante y omnipotente en la primera planta. Era ella quien cursaba o negaba invitaciones para ver la colección, quien descubría a los espías y a los mirones, y quien

prohibía la entrada a los indeseables. Era la encargada de distribuir los asientos, una tarea tan complicada como la de un *maître* de un restaurante de moda, puesto que hay que sentar a los clientes en función de su importancia, rango, título y tamaño de la cuenta corriente. Ella era la *directrice* del desfile, y su opinión contaba a la hora de establecer el orden en que aparecían las creaciones; también era la comandante en jefe de un batallón de dependientas vestidas de negro, a las que desplegaba por la escalera, poniendo mucho cuidado en emparejarlas bien desde un punto de vista psicológico con sus clientas: una dependienta alegre y chismosa para una mujer alegre y chismosa, una vendedora callada y respetuosa para una clienta madura e importante, una angloparlante de verbo convincente para una estadounidense, toda una bravucona de aspecto imponente para una alemana, etcétera.

Cuando una de esas personas importantes estaba enfadada o de mal humor, las repercusiones se notaban en muchas partes. La crisis que vivía madame Colbert estaba relacionada con su marido Jules y con el amor, el respeto y el cariño que éste le inspiraba y que habían ido aumentando a lo largo de los veinte años que llevaban juntos. El bueno de Jules, un hombre decente e inteligente, poseía conocimientos infinitamente superiores a los de los otros miembros del Ministerio de Asuntos Exteriores, que tenían condecoraciones y vínculos políticos. Pero a Jules le faltaba una cosa, o más bien dos: no sabía promocionarse, y carecía de amigos y vínculos en el mundo de la política.

De orígenes humildes, el marido había alcanzado su posición gracias a su brillantez y su aplicación. Sin embargo, siempre que quedaba vacante un cargo mejor escogían a otra persona de intelecto inferior pero mejores contactos, quien entonces y desde el nuevo puesto de prestigio recurría a la experiencia de Jules para llevar a cabo su trabajo. Como mujer suya, y en tanto que persona inteligente y *au courant* de los asuntos de actualidad en Francia, madame Colbert sabía que muchos asuntos complicados se habían resuelto gracias a la cabeza y la intuición del marido. No obstante, una y otra vez habían llamado a otros para ascenderlos, y una y otra vez el animado optimismo y el entusiasmo de Jules habían quedado por los suelos. A lo largo del año anterior, por primera vez, madame Colbert había ido advirtiendo en él una desesperación y misantropía crecientes. Ya tenía cincuenta años, y Jules creía que ya sólo podía aspirar a ser un funcionario ministerial de segunda. Prácticamente había desistido, y a ella le partía el corazón ver los cambios que se habían producido en el hombre al que adoraba.

Recientemente se había producido una muerte repentina en el Quai d'Orsai: el jefe de un importante departamento había fallecido por una insuficiencia cardíaca. Corrían muchos rumores sobre quién iba a sustituirlo. Jules Colbert era uno de los candidatos para el puesto, y sin embargo...

Entristecía a madame Colbert casi hasta la desesperación ver cómo a la

vitalidad que había mostrado su marido de joven le costaba resistir la carga del pesimismo que la experiencia había puesto en sus hombros. Había osado albergar nuevas esperanzas, se había enfrentado incluso a toda la corrupción política que iba a arruinar esas esperanzas y a convertirlo, esta vez, en un hombre viejo y abatido.

Éste era el peso que madame Colbert llevaba en su interior. Ayudaba a su marido trabajando y quitándole agobios económicos, y así había conseguido su puesto en la gran casa de costura. Pero ahora se daba cuenta de que esto no bastaba, de que, en otro sentido, había fracasado. La mujer de un diplomático o de un político también tiene que ser diplomática o política, ser la anfitriona de un *salon* donde invitar a los grandes personajes y a los que podían serlo; halagar, ser lisonjera, intrigar si hacía falta, entregarse a la promoción de los intereses del marido. Se encontraban en la situación ideal para una colaboración así; al hombre indicado le tocaría una bicoca y ella no tenía manera de conseguir que se la dieran a Jules. En aquellos círculos ni su marido ni ella le importaban un pimiento a nadie.

Esta certeza casi volvía loca de infelicidad a madame Colbert, porque quería a su marido y no soportaba verlo destrozado, pero tampoco podía hacer nada por impedirlo ni por romper esa espantosa pauta que excluía a Jules para favorecer a alguien que tenía los requeridos vínculos económicos, familiares o de poder político. No dormía por las noches y se devanaba los sesos para hallar una forma de ayudarlo. De día le resultaba imposible no convencerse cada vez más de lo inútil de sus esfuerzos, y la amargura se acabó trasladando a su trabajo cotidiano y empezó a afectar a quienes la rodeaban. Ni siquiera a ella le pasó por alto este cambio; le daba la impresión de estar dentro de una especie de pesadilla de la que no podía despertar.

En su mesa del rellano del primer piso, mientras intentaba concentrarse en la disposición de los invitados del desfile vespertino, madame Colbert levantó la vista y reparó en una aparición que subía las escaleras: por culpa de ella un escalofrío le recorrió el cuerpo, y también tuvo que pasarse la mano por la frente y por los ojos como si quisiera dejar de ver una alucinación, en caso de que lo fuera. Pero no lo era. La mujer era completamente real.

Uno de los puntos fuertes de la gerente era su invariable buen ojo para valorar la calidad de las posibles clientas o compradoras: adivinaba cuáles eran de verdad y cuáles le hacían perder el tiempo; podía ver más allá de la fachada de las excéntricas y llegar al dinero que había detrás. Pero la mujer que subía las escaleras con un abrigo desgastado y raído, guantes de un color mal elegido, zapatos que anunciaban con demasiada claridad su origen, la espantosa y estridente imitación de un bolso de piel, y el sombrero completamente ridículo con aquella rosa que subía y bajaba, era todo un reto para ella.

Madame Colbert pasó rápidamente revista en su cabeza a todas las categorías

de clientas que había visto y conocido. Si esa criatura hubiera sido lo que parecía, una señora de la limpieza (y en esto se ve lo maravillosa que era la intuición de la gerente), habría entrado por la puerta de atrás. Pero aquello era absurdo, lógicamente, porque allí siempre se limpiaba de noche, fuera del horario comercial. Pero al mismo tiempo era imposible que fuera una cliente de o para la casa Dior.

No obstante, esperó a que la mujer hablara, porque era consciente de que sus problemas personales la tenían tan alterada que su criterio podía fallar. No tuvo que aguardar mucho.

—Ay, qué bien que la encuentro, tesoro —dijo la señora—. ¿Me podría decir por dónde andan los vestidos?

Madame Colbert dejó de dudar de su criterio. Una voz y un acento semejante no se habían oído en la casa Dior desde su fundación.

—¿Los vestidos? —repitió madame Colbert en un inglés frío y perfecto—. ¿Qué vestidos?

—Pues cuáles van a ser, cariño —la regañó la señora Harris—. ¿No está usted un poco lenta esta mañana? ¿Dónde cuelgan aquí los vestidos que venden?

Por un instante la directora se planteó la posibilidad de que aquella extraña persona hubiera estado curioseando por la tiendecita del piso inferior y se hubiera perdido.

—Si se refiere usted a la *boutique*...

La señora Harrisladeó un oído:

—Bu... ¿qué? No, no quiero ir a una botica. Lo que me interesan son los vestidos, los caros. A ver si se centra un poco, guapa, que he venido de Londres a comprarme uno de sus trajes y no me sobra el tiempo, precisamente.

Ahora madame Colbert lo entendió todo a la perfección. De tanto en tanto, un error subía por la espléndida escalera, aunque hasta ese momento nunca se había presentado uno tan espantoso y evidente como éste, y había que lidiar con él firmemente. Sus problemas y preocupaciones personales la llevaron a adoptar una actitud más fría y menos comprensiva de lo acostumbrado en tales circunstancias:

—Me temo que se ha equivocado usted de sitio. Aquí no exhibimos vestidos. La colección sólo se enseña de forma privada por las tardes. Quizá si acude a las Galeries Lafayette...

La señora Harris se quedó completamente perpleja.

—¿Qué galerías? —preguntó—. A mí las galerías me traen al fresco. ¿Esto es Dior o no?

Entonces, antes de que madame Colbert pudiera responder, se acordó de algo. En las revistas de moda veía con frecuencia la palabra «colecciones», pero creía que esto quería decir que había mujeres que sólo compraban vestidos para coleccionarlos. Ahora, su sagacidad intrínseca resolvió el misterio.

—Oiga —añadió—, pues a lo mejor lo que quiero es ver la colección que tienen, ¿qué pasa?

La impaciencia se apoderó de madame Colbert, que tenía ganas de volver a ocuparse de las cuitas que le llenaban la cabeza, y contestó con frialdad:

—Lo lamento, esta tarde tenemos el salón lleno y también el resto de la semana. —Para desembarazarse de la señora Harris, repitió la fórmula habitual —: Si me da las señas de su hotel, quizá podamos mandarle una invitación en algún momento de la semana que viene.

Una rabia indignada prendió en el pecho de la señora Harris. Dio un paso para acercarse a madame Colbert y la rosa rosa que llevaba adherida a la parte delantera del sombrero se agitó con vigor mientras exclamaba:

—Anda, mire usted qué bien. Conque me va a mandar una invitación para que me gaste el dinero que he ganado con tanto esfuerzo, fregando y limpiando y estropeándome las manos con agua caliente, la semana que viene, a lo mejor... a mí, que tengo que volver a Londres esta noche. Pero ¡qué desfachatez! —La rosa se movía amenazadora a escasa distancia del rostro de madame Colbert—. Y que sepa usted, señorita, que se da tantos aires detrás de la mesa, que si cree que no tengo dinero para pagar lo que quiero... ¡PUES SÍ!

Tras esas palabras, la señora Harris abrió el bolso de imitación de piel y le dio la vuelta. La goma elástica que rodeaba el fajo decidió romperse en ese instante, y cayó con gran dramatismo una cascada verde de billetes de cinco, diez y veinte dólares.

—¡Ahí tiene! —Entonces subió la voz irritada hasta el máximo volumen—. ¿Qué tiene de malo? ¿No vale mi dinero igual que el de cualquiera?

Madame Colbert, a quien tal demostración pilló desprevenida, se quedó mirando la asombrosa y, todo sea dicho, hermosa imagen, mientras murmuraba: «*Mon dieu!* Vale más que el de la mayoría». Se había acordado de repente de su reciente pelea con el joven André Fauvel, que se había quejado de la depreciación del franco francés y de que las clientas no pagaban las facturas, y pensó con ironía que tenía delante a una compradora de las que siempre pagaban en efectivo, y que a él eso le encantaría. No cabía ninguna duda: la montaña de dólares de la mesa era dinero de verdad.

Pero la apariencia y los modales de esa extraña clienta también dejaron a madame Colbert aturullada y atónita. ¿Cómo era posible que esa mujer, que aseguraba ganarse la vida fregando suelos y platos, hubiera conseguido tanto dinero, y en dólares, por si fuera poco? Y ¿se podía saber para qué quería un vestido de Dior? Todo era de una irregularidad que podía resultar problemática. Ninguno de los detalles encajaba o tenía sentido, y la gerente pensó que ya tenía bastantes líos para atender ahora el caso de esa insólita visitante británica que llevaba más dinero encima del que debía.

Con energía, a pesar del mar de dólares verdes que cubrían su mesa,

madame Colbert repitió:

—Lo siento, esta tarde tenemos el salón lleno.

A la señora Harris empezó a temblarle el labio, y la mirada de sus ojos se hizo más intensa cuando tuvo claras las implicaciones del desastre. Allí, en aquel edificio hostil y aparentemente vacío, delante de otros ojos fríos y hostiles, parecía que lo inimaginable estaba a punto de suceder. Daba la impresión de que la rechazaban, de que rechazaban hasta su dinero. Iban a invitarla a marcharse e iba a volverse a Londres sin el vestido de Dior.

—Pero ¡bueno! —exclamó—. ¿Es que ustedes los franceses no tienen corazón? ¡Usted, que está ahí tan fresca y tan pancha! ¿Nunca ha querido algo con tantas ganas que le entraban ganas de llorar sólo de pensarlo? ¿Nunca ha perdido el sueño por algo que deseaba, ni ha temblado porque quizá nunca lo conseguiría?

Estas palabras se clavaron como un cuchillo en el corazón de madame Colbert, que llevaba haciendo precisamente eso noche tras noche, perdiendo el sueño y temblando por las ganas que tenía de poder hacer algo por su marido. Y el dolor de la estocada la llevó a soltar un pequeño gemido, y preguntó:

—¿Cómo lo ha sabido? ¿Cómo lo ha podido adivinar?

Sus ojos oscuros y tristes se reflejaron de pronto en los pequeños, vivaces y azules de la señora Harris, en los que se asomaba el primer brillo de las lágrimas. Cada una miró en el interior de la otra, y lo que vio madame Colbert primero la llenó de horror y después la sumergió en una súbita oleada de compasión y comprensión.

El horror de madame Colbert se lo inspiraban su frialdad y su falta de empatía. Le dio la sensación de que en un instante esa extraña mujercilla que tenía delante la había puesto frente a un espejo y le había mostrado en qué se había convertido llevada por la autocomplacencia y la obsesión por sus problemas personales. Se acordó con vergüenza de cómo se había portado con el monsieur Fauvel, y todavía con mayor contrición por haber regañado sin ningún motivo a las dependientas e incluso a Natasha, la modelo, que era una de sus protegidas.

Pero, sobre todo, le espantó darse cuenta de que había permitido que la convirtieran en una persona estancada e insensible las ideas con las que convivía a diario, ver cómo se había vuelto ciega y sorda a las necesidades y clamores humanos que surgían del corazón de otros. Viniera de donde viniera, se dedicara a lo que se dedicara, la persona que tenía delante era una mujer, con todos los deseos de una mujer, y, mientras se le caía la venda de los ojos, susurró:

—Querida, ha tomado usted la firme decisión de tener un vestido de Dior.

La señora Harris no habría sido una representante veterana y excelsa de su profesión si se hubiera abstenido de contestar:

—Anda, pero ¿cómo se ha dado usted cuenta?

Madame Colbert hizo caso omiso del sarcasmo. Ahora estaba mirando el montón de dinero y moviendo la cabeza anonadada.

—Pero ¿cómo es posible que usted...?

—Porque he ahorrado y me he apretado mucho el cinturón —dijo la señora Harris—. He tardado tres años. Pero, si una persona quiere algo con la fuerza suficiente, siempre hay formas de conseguirlo. La verdad es que también hay que tener un poquitín de suerte, eso sí. Créame: después de ganar cien libras en las quinielas me dije: «Esto es una señal, Ada Harris», así que empecé a apretarme el cinturón y aquí me tiene usted.

Madame Colbert tuvo un fogonazo de intuición y pudo entender qué significaba «apretarse el cinturón» para una persona como aquélla, y sintió un arrebato de admiración por el valor y el arrojo de semejante mujer. Quizá si ella hubiera demostrado la misma valentía y tenacidad, en vez de pagar sus frustraciones con vendedoras inocentes e indefensas, podría haber conseguido algo para su marido. Volvió a pasarse la mano por la frente y tomó una decisión repentina.

—¿Cómo se llama, querida?

Cuando la señora Harris se lo dijo, lo anotó enseguida en una tarjeta grabada en la que se decía que para el señor Christian Dior, nada más y nada menos, sería un honor contar con su presencia en el desfile de su colección de esa tarde.

—Vuelva a las tres —le indicó mientras se la daba—. Lo cierto es que no queda sitio, pero le haré un hueco en la escalera, desde la que podrá ver la colección.

Todo el rencor y el sarcasmo desaparecieron de la voz de la señora Harris cuando contempló extasiada aquello que le brindaba acceso al paraíso.

—Vaya, ha sido usted muy amable, tesoro —dijo—. Parece que la suerte aún me dura.

Una curiosa sensación de paz embargó a madame Colbert y una extraña sonrisa iluminó su rostro al decir:

—Quién sabe, a lo mejor usted también me trae suerte.



A las tres menos cinco de esa tarde, tres personas cuyas vidas se iban a enlazar de forma extraña se vieron a un suspiro de distancia en la espléndida escalinata de la casa Dior, ahora atestada de visitantes, clientas, vendedoras, personal y miembros de la prensa, todos en pleno trajín.

La primera de estas personas era monsieur André Fauvel, el joven jefe de contabilidad. Iba bien arreglado y tenía la apostura de los rubios, a pesar de una cicatriz en la mejilla adquirida de forma honrosa, origen de una medalla militar por los días de servicio en Argelia.

A veces necesitaba bajar de las regiones gélidas de sus libros de contabilidad del cuarto piso y acceder a la calidez de la atmósfera del primero, con sus perfumes, sedas y satenes, y las mujeres a las que éstos envolvían. Agradecía esas ocasiones e incluso buscaba excusas para propiciarlas, por la posibilidad de atisbar a su diosa, la modelo estrella, por quien sentía un amor desesperado y, evidentemente, bastante imposible.

Porque mademoiselle Natasha, como la conocían la prensa y el público del sector de la moda, era la chica más deseada de París: una belleza morena de ojos oscuros y un atractivo extraordinario, que sin duda tenía una brillante carrera por delante, ya fuera en el cine, bien casándose con un noble rico. Todos los solteros importantes de la ciudad, por no hablar de una considerable proporción de los casados, la cortejaban.

Monsieur Fauvel procedía de una buena familia de clase media; gozaba de un buen puesto y un buen sueldo, y además tenía algo de dinero, pero su mundo quedaba tan lejos del brillante astro que era Natasha como el planeta Tierra de la gran estrella Sirio.

El joven tuvo suerte, pues en ese instante la vio en la puerta del camerino, y a embutida en el primer conjunto que iba a lucir, un vestido de lana de color fuego; en lo alto de su deslumbrante cabeza llevaba un sombrero del mismo tono. Un copo de nieve de diamantes lanzaba destellos desde su cuello, y de un brazo le colgaba con indolencia una estola de marta cibelina. A monsieur Fauvel le pareció que el corazón se le iba a parar y no le iba a volver a latir nunca más: tan bella era, y tan inalcanzable.

Con una mirada de sus ojos dulces y serios, muy separados y con párpados entrecerrados, mademoiselle Natasha vio a monsieur Fauvel y al mismo tiempo no lo vio, mientras, dejando ver un ápice de lengua rosada, reprimía un bostezo. Lo cierto era que se aburría soberanamente. Sólo una pequeñísima parte de la concurrencia de Dior conocía la verdadera identidad, y menos aún la verdadera

personalidad, de la Niobe de largas extremidades, cintura alta y negrísimo cabello que los ricos y los famosos rondaban como las abejas la miel.

Su verdadero nombre era Suzanne Petitpierre. Venía de una sencilla familia burguesa de Lyon y estaba totalmente harta de la vida que su profesión la obligaba a llevar, de la infinita serie de cócteles, cenas, teatros y cabarés a los que iba en calidad de acompañante de cineastas, fabricantes de automóviles y personalidades del mundo del acero y de la nobleza, pues todos ellos querían ser vistos junto a la modelo más glamourosa y más fotografiada de la ciudad. Ninguno le interesaba a mademoiselle Petitpierre. No aspiraba a tener una carrera cinematográfica, ni teatral, ni a ejercer el papel de *châtelaine* de algún noble *château*. Lo que más deseaba era volver de un modo u otro a esa clase media de la que había escapado temporalmente, casarse por amor con un hombre bueno y sencillo, que no fuera ni demasiado guapo ni demasiado listo, fundar un cómodo hogar burgués y tener una numerosísima descendencia burguesa. Sabía que esos hombres existían: hombres que no se mostraban continuamente tan vanidosos, jactanciosos o ultraintelectuales que ella no podía seguirles el ritmo. Pero ahora, por alguna razón, todos quedaban fuera de su órbita. Incluso en ese mismo instante en que era el centro de muchas miradas de admiración se sentía perdida e infeliz. Recordó vagamente haber visto antes, en algún sitio, al joven que la contemplaba con tanto interés, pero no sabía dónde.

Al fin, la señora Harris, del número 5 de Willis Gardens, Battersea, Londres, subió con paso enérgico la escalinata que ya estaba llena de figuras apoyadas en ella, y allí la recibió madame Colbert. Y entonces sucedió algo extraordinario.

Porque para los habituales y los *cognoscenti* la escalinata de Christian Dior es Siberia, un lugar en el que se produce una situación tan humillante como la que se da cuando el *maitre* de un restaurante de moda te sienta entre los paletos, al lado de las puertas batientes que dan a la cocina. Un sitio reservado únicamente para los tontos, los entrometidos, las personas poco importantes y los representantes inferiores de la prensa.

Madame Colbert miró a la señora de la limpieza, con toda su ropa barata, pero atravesó esas prendas con la mirada y sólo vio a la mujer y hermana valiente que había debajo de ellas. Pensó en la sencillez y el coraje que la habían llevado a aquel lugar en pos de un sueño, en ese anhelo tan femenino de tener un vestido elegante que le resultaba inalcanzable, en ese deseo conmovedor de poseer, por una vez en su vida anodina y triste, el ultimísimo modelo. Y tuvo la sensación de que la señora Harris era, de lejos, la persona más importante y meritoria de esa congregación de mujeres parlanchinas que esa tarde esperaban para ver la colección.

—No —le dijo a la señora Harris—, en la escalera, no. Me niego. Venga, tengo un asiento para usted dentro.

Condujo a la señora de la limpieza a través de la muchedumbre mientras le

daba la mano y la llevó al salón principal, en el que todas las sillas de las dobles filas estaban ocupadas, a excepción de dos doradas. Madame Colbert siempre reservaba dos por si acaso llegaba de improviso algún vip, o por si alguna cliente especial se presentaba con una amiga.

Arrastró a la señora Harris por la sala y la sentó en una silla vacía de la primera fila.

—Estupendo —dijo la gerente—. Desde aquí lo podrá ver todo. ¿Tiene la invitación? Coja este lapicito. Cuando las modelos entren, la chica de la puerta dirá el nombre y el número del vestido en inglés. Anote los números de los que más le gusten, y después nos vemos.

La señora Harris se acomodó ruidosa y cómodamente en la silla gris y dorada. El bolso lo puso en el asiento vacío de al lado; dejó la tarjeta y el lápiz listos para la acción. Entonces, con una feliz sonrisa de satisfacción, empezó a pasar revista a sus vecinos.

Aunque no contaba con ninguna forma de identificarlos, el salón principal albergaba una muestra representativa del *haut monde* de todo el planeta: no faltaban miembros de la nobleza, ladies y personajes ilustres de Inglaterra, marquesas y condesas de Francia, baronesas de Alemania, princesas de Italia, mujeres de industriales y nuevos ricos franceses, mujeres de millonarios sudamericanos que eran ricos de toda la vida, compradoras de Nueva York, Los Ángeles y Dallas, actrices de teatro, estrellas de cine, dramaturgos, playboys, diplomáticos, etcétera.

La silla de la derecha de la señora Harris la ocupaba un anciano caballero de aspecto imponente, cabello y bigotes niveos, cejas muy pobladas que sobresalían como si fueran plumas y unas bolsas oscuras bajo los ojos que eran, sin embargo, de un azul penetrante y sorprendentemente vivos y jóvenes. Llevaba el pelo peinado sobre la frente y le formaba una especie de flequillo; las botas, espléndidamente lustrosas; su chaleco tenía un borde blanco, y en el ojal de su chaqueta oscura había prendido lo que a la señora Harris le pareció un pequeño capullo de rosa que la dejó fascinada e inquieta, porque nunca había visto a un caballero que luciera algo semejante, de modo que él la pilló mirándolo de hito en hito.

La nariz fina y aguileña la apuntó, los sagaces ojos azules la escudriñaron, pero la voz que se dirigió a ella en un inglés perfecto estaba rota y cansada:

—¿Le pasa algo, señora?

No era propio del carácter de la señora Harris quedarse cortada o apurada delante de nadie, pero la idea de que podía haber sido maleducada la hizo arrepentirse, y le dedicó al anciano caballero una sonrisa de modestia.

—No sé por qué me ha dado por quedarme mirándolo como si fuera usted un muñeco de cera —se disculpó—. ¿Dónde están mis modales? Me ha parecido que eso que lleva en el ojal es un capullo de rosa. Pues qué idea tan buena. —Y

luego, a guisa de explicación, añadió—: Es que me gustan mucho las flores.

—No me diga —comentó el caballero—. Me alegro.

Toda la hostilidad que pudiera haber concitado la mirada de la señora Harris la disipó la encantadora inocencia de su respuesta. El hombre estudió a su vecina con un nuevo interés y ahora se percató de que era una criatura de lo más extraordinario, cuya procedencia no pudo dilucidar de inmediato.

—Puede —añadió el caballero— que hubiera sido mejor llevar una rosa de veras que no fuese un mero galardón.

La señora Harris no entendió ni una palabra de este comentario, pero la amabilidad con que se había pronunciado le indicaba que se había perdonado su grosería y la sombra minúscula que se había abatido sobre su estado de ánimo se disipó.

—Qué bonito es esto, ¿verdad? —comentó, para que no decayera la conversación.

—Ah, usted también nota el ambiente.

Atónito, el anciano caballero se devanaba los sesos, tratando de atrapar algo que le bullía por dentro, o de conectar con ello; era algo que parecía estar vagamente relacionado con su juventud y su educación, una etapa que había culminado con dos años cursados en una universidad inglesa. Recordaba un armario oscuro y lóbrego, de paneles oscuros, que había sido su dormitorio y estudio, frío y austero, y que daba a un pasillo también oscuro; de forma incongruente, cuando tal imagen se formó en su cabeza, vio también un cubo en el pasillo, en lo alto de las escaleras.

Los ojillos sagaces de la señora Harris se atrevieron ahora a sostenerle la mirada al anciano; traspasaron la pinta imponente, el flequillo de pelo blanco, las cejas amenazadoras y la fachada inmaculada de su traje, y llegaron a una calidez que percibió en el interior del hombre. Se preguntó qué hacía ahí, porque su postura, con las manos cruzadas sobre un bastón de mango dorado, era la de una persona que está sola. Seguramente había ido a buscar un vestido para su nieta, pensó, y, como es habitual en las personas de su gremio, recurrió a una pregunta directa para satisfacer su curiosidad. Eso sí: como gesto benévolo, le restó una generación a la posible receptora.

—¿Ha venido a comprarle un vestido a su hija? —inquirió.

El anciano negó con la cabeza, porque sus hijos vivían desperdigados y en lugares remotos.

—No —contestó—, vengo de vez en cuando porque me gusta ver trajes bonitos y mujeres guapas. Me estimula y hace que me sienta joven de nuevo.

La señora Harris mostró su conformidad.

—Pero ¡cuánta razón tiene! —convino. Entonces, con la agradable sensación de que había encontrado a alguien en quien confiar, se inclinó hacia él y susurró —: He venido desde Londres para comprarme un vestido de Dior.

Un destello de comprensión, formado en parte por la maravillosa perspicacia de los franceses y en parte por la recuperación plena del recuerdo que trataba de desenterrar, iluminó al anciano caballero, y ahora supo quién y qué era la señora. Esa vieja imagen del pasillo de manchas oscuras y de las escaleras chirriantes con el cubo en lo alto reapareció, pero en esta ocasión había una figura al lado del recipiente: una mujer fornida y desaliñada que llevaba un zarrapastroso mono de trabajo, unos zapatos que le venían demasiado grandes, de cabello entre gris y rojizo, y piel llena de pecas, la única comandante de una batería de escobas, bayetas y cepillos. Para él había sido la única nota alegre en todo el sombrío recinto de las residencias universitarias.

Una mujer desaliñada a quien su marido había abandonado, único sostén de cinco hijos, siempre de buen humor y con una filosofía mordaz pero auténtica y realista que iba intercalando con comentarios sobre el tiempo, el gobierno, el coste de la vida y las vicisitudes de la existencia. Uno de sus lemas era: « Hay que coger todo lo que se pueda; a caballo regalado no le mires el diente ». El caballero también recordó que se llamaba señora Maddox, pero otro chico francés de la universidad y él siempre la habían llamado madame Bayeta, y con esa denominación había sido su amiga, consejera, portadora de noticias, fuente de chismes y de informaciones intramuros.

Además recordó que por debajo de la pinta descarada y graciosa, él había conocido la intrépida valentía de las mujeres que llevaban una vida llena de dificultades e incesantes fatigas para cumplir las sencillas obligaciones contraídas con los suyos, una carga que sólo aligeraban mínimamente con alguna que otra queja y los ácidos comentarios sobre los granujas y desvergonzados que dirigían el mundo. Volvió a ver a aquella mujer, ese cabello entre canoso y rojizo que le caía en torno a los ojos, un cigarrillo metido detrás de la oreja, la cabeza que subía y bajaba con una energía concentrada mientras iba limpiando las dependencias. Casi podía oírla hablar de nuevo. Y entonces se dio cuenta de que eso era lo que había pasado.

Porque sentada su lado, en el salón de modas más exclusivo y sofisticado de París, estaba la reencarnación de la madame Bayeta de medio siglo antes.

Es verdad que no existía parecido físico, porque su vecina era menuda y se había quedado flaca de tanto trabajar (el caballero bajó la vista y se fijó en las manos para confirmar sus suposiciones), pero no fue por ese detalle por lo que la reconoció, sino por el porte, la forma de hablar, evidentemente, y por los ojillos traviosos, pero sobre todo por el halo de valor indómito, de independencia y de insolencia.

—Un traje de Dior —repitió el hombre—, qué magnífica idea. Esperemos que esta tarde encuentre usted lo que desea.

No le hizo falta preguntar cómo le iba a ser posible cumplir ese deseo. Conocía un poco por experiencia la naturaleza de esas inglesas especiales y

supuso que le habían dejado una herencia, o que de pronto había conseguido una fabulosa cantidad de dinero gracias a una de esas cuantiosas y extraordinarias quinielas de fútbol que, por lo que leía en los periódicos, estaban llenando de incalculable riqueza a los maleteros de los ferrocarriles, a los mineros y a los vendedores de los mercados de Gran Bretaña. Pero, si hubiera sabido cómo había reunido la señora Harris toda la suma necesaria para satisfacer su ambición, tampoco se habría sorprendido.

Ya se entendían como dos viejos amigos que hubieran vivido muchas cosas juntos.

—Esto no se lo contaría a nadie más —confesó la señora Harris con la desenvoltura de su amistad recién hallada—, pero venir aquí me daba un miedo de muerte.

El anciano la miró atónito:

—¿Miedo? ¿Usted?

—Bueno —prosiguió la asistenta—, ya sabe cómo son los franceses...

—Desde luego. —El caballero suspiró—. Los conozco muy bien. De todas formas, ahora lo único que tiene que hacer es elegir el vestido que más le guste. Se comenta que la colección de esta primavera es espléndida.

Hubo un revuelo y unos murmullos. Una mujer elegantísima que llevaba un vestido caro entró con dos vendedoras como si fueran acólitos, y se dirigió al asiento de al lado de la señora Harris, en el que descansaba momentáneamente el bolso de tela sintética Rexine de color marrón que custodiaba la fortuna de la empleada del hogar.

La señora Harris lo agarró y dijo:

—Huy, querida, ¡lo siento! —A continuación pasó la mano por la silla mientras sonreía alegre y añadía—: Hala, ya lo tiene usted listo.

La mujer, que tenía los ojos muy juntos y una boca demasiado pequeña, se sentó mientras le tintineaban las pulseras de oro; la señora Harris se vio inmersa enseguida en una nube del perfume más embriagador y delicioso. Se acercó a la desconocida para olisquear mejor y dijo, con admiración sincera:

—Madre mía, qué bien huele usted.

La recién llegada hizo un irritado ademán de retirada y le apareció una arruga entre los ojos estrechos. Miró hacia la puerta como si buscara a alguien.

Faltaba poco para que todo empezara. La señora Harris se notaba tan ilusionada y entusiasmada como una niña, y se dirigió el siguiente apóstrofe: « ¡Mírate, Ada Harris! ¿Quién habría pensado que llegarías a estar en el salón parisino de Dior para comprarte un vestido con todos los peces gordos? Pues aquí estás, y ya nada puede frenarte» ...

Pero la señora de al lado, mujer de un especulador, había encontrado a quien buscaba: a madame Colbert, que acababa de salir de los camerinos a los que se accedía desde las escaleras; la llamó para que se acercase y le dijo en tono

brusco y fuerte, en francés, mientras se aproximaba:

—¿Se puede saber cómo se le ocurre sentar a mi lado a un ser vulgar como éste? Quiero que la eche inmediatamente. Después va a venir una amiga mía y necesito su silla.

A la gerente se le cayó el alma a los pies. Conocía a esta mujer y a las de su calaña. No compraba porque apreciase los trajes, sino para hacer ostentación. Pero gastaba. Tratando de ganar tiempo, dijo:

—Lo siento, madame, no recuerdo haberle reservado esta silla a una amiga suya, pero voy a comprobarlo.

—No hace falta que compruebe nada. Ya le he dicho que la quiero para una amiga. Haga enseguida lo que le he pedido. Tiene que haberse vuelto usted loca para poner a una persona semejante a mi lado.

Al anciano caballero que estaba al lado de la señora Harris se le empezaban a subir los colores: un tono carmesí le salía por el cuello de la camisa y se le extendía a las orejas. Sus ojos azules comenzaron a verse tan gélidos como su flequillo blanco.

Madame Colbert estuvo a punto de ceder a la tentación por un instante. Seguro que la diminuta señora de la limpieza londinense lo entendería si le explicaba que se había cometido un error en las reservas y que esa silla estaba adjudicada. Podía verlo todo igual de bien desde la parte superior de las escaleras. Miró a la señora Harris, que seguía en su asiento con el abrigo raído y el sombrero ridículo. Y el objeto de este contratiempo, sin comprender ni una palabra de la conversación, alzó la vista y le dedicó su sonrisa más alegre, confiada y con las mejillas más sonrosadas.

—Qué buena ha sido usted al ponerme con estas personas tan simpáticas —le dijo—. No estaría más contenta ni aunque fuera millonaria.

Un hombre de semblante preocupado, pantalones de rayas y levita apareció en la parte frontal del salón. La señora enfadada le gritó:

—Monsieur Armand, venga enseguida, quiero hablar con usted. Madame Colbert ha cometido la impertinencia de sentarme al lado de esta mujer espantosa. ¿Me obligarán a aguantar esto?

Aturdido por la vehemencia del ataque, monsieur Armand le echó un vistazo a la señora Harris, y luego le hizo a madame Colbert con disimulo un ademán de expulsión con las manos y ordenó:

—Bueno, bueno. Ya lo ha oído. Sáquela de aquí enseguida.

El rojo furioso del rostro del imponente y anciano caballero se volvió morado; éste empezó a levantarse y abrió la boca para decir algo, pero la gerente se le adelantó.

A madame Colbert se le había pasado por la cabeza un torrente de ideas y temores: su trabajo, el prestigio de la empresa, la posible pérdida de una clienta rica, las consecuencias de no obedecer a la autoridad. Pero también sabía que,

aunque monsieur Armand era su superior, en esa planta era ella la máxima responsable. Y ahora que la señora Harris, sin enterarse de nada, había sufrido un ataque cruel, la gerente notó más que nunca cómo reaparecía, con fuerza redoblada, la sensación de afinidad y hermandad que la unía a esa extraña visitante del otro lado del canal de La Mancha. Pasara lo que pasara, ni podía ni pensaba echarla. Eso habría sido como pegar a un niño inocente. Apuntó con la barbilla firme y redondeada a monsieur Armand y dijo:

—La señora tiene todo derecho a sentarse aquí. Ha viajado especialmente de Londres para comprarse un vestido. Si quiere echarla, hágalo usted, porque yo me niego.

La señora Harris adivinó que hablaban de ella y también identificó su ciudad de nacimiento, pero no captó en absoluto en qué consistía la discusión. Supuso que madame Colbert le había contado al señor de la levita la historia de sus ambiciones. Por tanto, le dedicó una sonrisa de lo más encantadora y, además, le hizo un gran guiño de complicidad.

Entretanto, el anciano caballero había recuperado su asiento y su color habitual, pero no dejaba de mirar a madame Colbert, con el rostro iluminado por una especie de alegría feroz y rabiosa. Se había olvidado por un instante de la señora Harris al descubrir algo nuevo, o más bien todo lo contrario, algo muy antiguo y casi olvidado: una mujer francesa dotada de generoso valor, honor e integridad.

Monsieur Armand, por su parte, se quedó titubeando y desorientado. La firme postura de madame Colbert y el guiño de la señora Harris lo habían dejado perplejo. Estaba al tanto de que algunas de las mejores clientas de Dior eran a menudo mujeres de aspecto sumamente extraño y estrafulario. En teoría, la gerente sabía lo que hacía. Mientras alzaba las manos en un gesto de derrota, huyó del campo de batalla.

La mujer del especulador soltó:

—La cosa no va a quedarse aquí. Me parece, madame Colbert, que esto le va a costar el puesto. —Se levantó y salió muy ofendida.

—Pues ¡yo creo que no!

Estas palabras las dijo el anciano caballero de las cejas pobladas, de la nariz fieramente prominente, que llevaba la condecoración de la Legión de Honor en el ojal, quien se levantó y declaró con cierto histrionismo:

—Me enorgullece haber visto que el espíritu de la verdadera democracia no ha desaparecido completamente de Francia, que la decencia y el honor siguen teniendo quien los practique. Si este asunto causa alguna complicación, ¡hablaré yo mismo con el jefe!

Madame Colbert lo miró y farfulló:

—El señor es muy amable.

Se había quedado atónita, asqueada y de lo más asustada al contemplar unos

instantes el negro abismo del futuro: volverían a ascender a otro que no fuera Jules, un hombre desmoronado, a ella la echarían del trabajo y una mujer pérfida la incluiría sin duda en una lista negra.

Una chica anunció desde la puerta: « ¡Númeo uno, “Nocturne”!», mientras una modelo que lucía un traje beis de solapas anchas y una falda de amplios vuelos entraba con delicadeza en la sala.

A la señora Harris se le escapó un grito de emoción:

—¡Ahí va! ¡Que ya ha empezado!

A pesar de su estado de ánimo, madame Colbert notó de repente cómo crecía de forma inexplicable el amor que le inspiraba la señora de la limpieza, se inclinó para acercarse a ella y le dio un pellizquito.

—Y ahora fíjese bien —le dijo—, para reconocer cuál es el que más desea.

VIII



A continuación, a lo largo de la siguiente hora y media, ante los embelesados ojos de la señora Harris fueron desfilando unas diez modelos con ciento veinte ejemplos de la alta costura más sublime que puede deparar la ciudad más regeneradamente civilizada del mundo.

Salieron ataviadas con satenes, sedas, encajes, lanas, tejidos de punto, jerseys, algodones, brocados, terciopelos, sargas, velartes, *tweeds*, tejidos de redecilla, organdíes, muselinas...

Lucieron vestidos, trajes, abrigos, capas, vestidos de noche, trajes para cóctel, para la mañana, para la tarde, para cenas, para bailes y recepciones formales y majestuosas.

Entraron con ribetes de piel, canutillos, lentejuelas, bordados de hilo de oro y plata; llegaron encorsetadas y envueltas en brocados; los colores eran maravillosamente alegres y contrastaban formando audaces combinaciones; las mangas eran largas, cortas, medias o completamente inexistentes. Los escotes iban de lo más cerrado a lo más abierto, la altura del bajo variaba según el capricho del modista. Algunas caderas eran altas, otras bajas, a veces los pechos se realzaban, a veces se obviaban o se ocultaban del todo. El tema del desfile eran las cinturas altas y las caderas escondidas. Se adivinaban y se presagiaban los vestidos tipo *sack* y trapecio que aparecerían posteriormente. Se habían utilizado todas las pieles conocidas, desde el cordero persa, el visón y la nutria hasta la marta rusa o cibelina, para crear ribetes o hacer estolas y chaquetas.

Al cabo de poco tiempo la señora Harris empezó a acostumbrarse a ese desconcertante despliegue de suntuosidad y elegancia y no tardó en reconocer a las distintas modelos que iban apareciendo por turnos.

Estaba la muchacha que avanzaba de forma garbosa y pícaro con un vientre que le sobresalía más de quince centímetros, y la bajita de mirada sugerente y boca provocadora. Estaba la modelo que parecía sosa hasta que la señora Harris se fijó en su porte y en su sosegado aire de elegancia, y otra que era justo lo bastante rellenita para servir de ejemplo a una cliente robusta. Estaba la chica de gesto altivo y mueca de desdén, y otra del tipo contrario, una descarada y pelirroja que enamoraba a todo el salón cuando hacía sus pases.

Y también, evidentemente, estaba la inimitable Natasha, la estrella. En la sala se acostumbraba a aplaudir cuando una creación triunfaba de un modo especial, y las palmas de la señora Harris, rugosas de tanto limpiar con cepillo y bayeta, llevaban la voz cantante de esas muestras de aprecio siempre que Natasha

aparecía, cada vez con un aspecto más encantador. En una ocasión, durante uno de estos pases, la señora Harris advirtió la presencia en la puerta de un joven pálido, rubio y alto que tenía una cicatriz extraña en la cara, y que contemplaba con ardor a la modelo mientras ésta entraba; la señora Harris se dijo: «Huy, anda que no está enamorado éste, anda que no está enamorado» ...

Pero es que ella también estaba enamorada: de Natasha, de madame Colbert, pero, sobre todo, de la vida y de aquello tan maravilloso en que ésta se había convertido. Ya tenía la parte posterior de la tarjeta llena, de su puño y letra, de los números de trajes y vestidos, y de notas apresuradas, mensajes y recordatorios para sí misma que jamás podría descifrar. ¿Cómo podía elegir entre todos ellos?

Y a continuación Natasha entró deslizándose en el salón con un vestido de noche, el número 89, llamado «Tentación». La señora Harris sólo tuvo un momento fugaz para fijarse en la expresión embelesada del rostro del joven de la puerta, antes de que éste se diera la vuelta rápidamente, como si únicamente hubiera ido para asistir a ese momento; entonces todo terminó para la señora Harris. Se quedó embobada, deslumbrada, ciega, abrumada por la belleza de ese conjunto. ¡¡Era ÉSE!! Después todavía se vieron otros ejemplos extraordinarios de trajes de noche, hasta que el desfile se cerró con la tradicional aparición del vestido de novia, pero ella ya no se fijó en ninguno más. Ya había elegido. Una excitación febril le aceleró el pulso. El deseo le corría por las venas como si fuera fuego.

«Tentación» era un vestido de terciopelo negro largo hasta el suelo, con singulares incrustaciones, de la cintura a los pies, de cuentas de azabache, que daban a la falda peso y movimiento. La parte superior era una espuma de tonos crema, de rosa delicado y de chifón blanco, tul y encaje, de la que surgían los hombros y el cuello de marfil y la cabeza de ojos soñadores de Natasha.

Rara vez una creación ha recibido un nombre más pertinente. Su portadora parecía una Venus saliendo de un mar nacarado, y al mismo tiempo recordaba la imagen seductora de una mujer que se levanta entre unas sábanas deshechas. Jamás había recibido la sección superior del cuerpo femenino un marco más atractivo.

La aparición de Natasha hizo que el salón prorrumpiera en aplausos espontáneos, y las manos de la señora Harris resonaron como golpes dados a unas tablas con el palo de una escoba.

Todos los hombres allí presentes soltaron exclamaciones y murmullos de *Oh, là, là!* y *Voyez, c'est formidable!*, mientras el imponente y anciano caballero daba bastonazos en el suelo y sonreía con un placer inefable. El vestido tapaba a Natasha de la forma más decente y moral y, al mismo tiempo, resultaba sumamente indecente y abrumadoramente seductor.

La señora Harris no fue consciente de haber hecho nada extraordinario en su elección. Porque era y siempre sería mujer. Había sido joven y se había

enamorado. Había tenido un marido al que había entregado su joven corazón y a quien había querido dárselo todo y para quien también había querido serlo todo. En ese sentido, no había vivido sin pena ni gloria. El señor Harris había sido un hombre tímido, apocado, poco hablador, pero ella había escuchado cómo él se esforzaba en pronunciar entrecortadamente palabras de amor que le susurraba al oído. Sin mayor conexión, en ese instante se acordó de la fotografía que tenía en el tocador, en la que salía ella con el vestido escalonado de muselina que tan espléndido le había parecido entonces, con la diferencia de que ahora se imaginaba, en esa foto, ataviada con el « Tentación ».

La modelo nupcial desfiló con indiferencia; la concurrencia, muy animada mientras salía de los dos salones, se vio arrastrada a la puerta que daba a la magnífica escalinata: en ella, alineadas como si fueran cuervos, las *vendeuses*, las dependientas vestidas de negro que llevaban los libritos de ventas bajo el brazo, esperaban para abalanzarse sobre las clientas.

La señora Harris, cuyos ojos azules brillaban como aguamarinas, encontró a madame Colbert y exclamó:

—¡El número ochenta y nueve, « Tentación »! —Añadió—: Ay, Dios mío, espero que no cueste más de lo que he traído.

La gerente esbozó una sonrisa débil y triste. Casi lo podría haber adivinado. « Tentación » era un poema en tela de un poeta de las mujeres hecho para una joven, que celebraba la lozanía, la belleza y el despertar del misterioso poder del sexo femenino. Invariablemente lo pedían mujeres maduras, ajadas, las que estaban a punto de quedarse atrás.

—Acompañeme —le dijo—, vamos a la parte posterior y pediré que se lo saquen.

La acompañó por unas puertas grises a otra zona del edificio, a través de infinitas extensiones de moqueta gris claro, hasta que, al fin, la señora Harris entró de nuevo en otro mundo en el que reinaba tal excitación que casi costaba respirar.

Se encontró en un pasillo, en un probador cerrado por una cortina que parecía formar parte de un laberinto infinito de pasillos y probadores idénticos. En cada uno había una mujer, como una abeja reina en una celda, y por los pasillos iban a toda prisa las obreras con la miel, con los brazos llenos de esponjosos trajes llenos de volantes de color ciruela, frambuesa, tamarindo y melocotón, genciana, primula, rosa damascena y orquídea, los llevaban a quien los hubiera requerido para probarse los e inspeccionarlos con más detalle.

Aquél era, desde luego, el mundo secreto de la mujer, donde se contaban chismes y el último escándalo, el campo de batalla donde la lucha contra la devastación del paso del tiempo se libraba con las armas del arte del modista, y donde se gastaban fortunas en una sola tarde.

Allí, asistidas por vendedoras, costureras, cortadoras, probadoras y

diseñadores, que pululaban en torno a ellas con cinta métrica, tijeras, agujas e hilo, con la boca llena de alfileres, ricas mujeres francesas, ricas mujeres estadounidenses, ricas mujeres alemanas, superricas mujeres sudamericanas, nobles inglesas, majaraníes indias, e incluso, según se rumoreaba, un par de mujeres de embajadores o comisarios rusos, consumían la tarde y el dinero de sus maridos.

Y también allí, en medio de esa colmena de emoción y fascinación, rodeada por su propio séquito, estaba la señora de la limpieza londinense, engalanada con un «Tentación» que le sentaba de maravilla, lo cual no dejaba de ser lógico, porque estaba demasiado flaca: la habían adelgazado el ejercicio propio de su labor y la cantidad insuficiente de comida.

La mujer se alzaba en medio de esa espléndida y henchida espuma de tonos rosa concha, crema azulado y blanco perla como si fuera... Ada Harris, de Battersea. El conjunto únicamente obraba milagros en su alma. El cuello escuálido y la cabeza canosa que salían del hombro escotado del traje, la piel curtida, los ojillos azules brillantísimos y las mejillas sonrosadas contrastaban con la caída clásica de los paños de terciopelo negro con incrustaciones de azabache, de una forma grotesca aunque no del todo, porque el precioso vestido y la luminosidad de la persona que lo llevaba conseguían otorgar una extraña dignidad a aquella figura extraordinaria.

Porque la señora Harris había alcanzado su paraíso. Se encontraba en un estado de dicha soñado y anhelado. Todas las dificultades, todos los sacrificios, los ahorros, el hambre y las cosas a las que había renunciado se convirtieron en algo insignificante. No había duda de que comprarse un vestido de París era lo más maravilloso que le podía pasar a una mujer.

Madame Colbert estaba consultando una lista.

—Ah, *oui* —dijo en voz baja—, el precio son quinientos mil francos.

Las mejillas sonrosadas de la señora Harris se pusieron blancas al oír ese anuncio. No había tanto dinero en todo el mundo.

—Eso son quinientas libras inglesas —añadió la gerente—, lo cual equivale a mil cuatrocientos dólares estadounidenses, y, gracias a nuestro pequeño descuento para las compras en efectivo...

El grito de triunfo de la señora Harris la interrumpió:

—¡Madre mía! Eso es justo lo que tengo. ¡Me lo llevo! ¿Puedo pagarlo ya?

Y, moviéndose con rigidez por debajo del miriñaque, el azabache y los refuerzos internos del vestido, extendió el brazo para coger el bolso.

—Desde luego, si quiere. Pero prefiero no manejar una cantidad tan grande de dinero. Voy a pedirle a monsieur Fauvel que baje —respondió madame Colbert mientras cogía el teléfono.

Al cabo de unos minutos, el joven y rubio monsieur André Fauvel apareció en el probador, en el que los sagaces ojos evaluadores lo reconocieron

inmediatamente: era el hombre que había estado contemplando a Natasha con aquella expresión de amor tan desesperado.

Monsieur Fauvel, por su parte, observó cómo la señora Harris emergía del «Tentación» y reaccionó con un espanto tremendo y casi indisimulado al ver a esa persona terrenal profanando el vestido de la colección que había lucido su diosa. Para la imaginación enardecida del joven Fauvel, eso fue como si una de las muchachas de la Rue Blanche o de la Place Pigalle se hubiera envuelto en la bandera francesa.

La criatura le sonrió, permitiéndole ver una dentadura imperfecta e incompleta; las mejillas se le arrugaron tanto que parecieron una fruta encogida por la escarcha; entonces dijo:

—Aquí lo tiene todo, tesoro. Mil cuatrocientos dólares, no me sobra ni un penique. ¡Hala!

Y le entregó el fajo de billetes.

Madame Colbert reparó en la expresión del joven contable; le podría haber dicho que un episodio así se repetía cien veces a la semana, y que no era raro ver cómo creaciones exquisitas ideadas para mujeres bellas iban a parar a manos de viejas mamarrachas. Le rozó el brazo, lo distrajo y se lo explicó rápidamente en francés, pero no logró mitigar la ira del joven al ver que los ropajes de su amada habían sido convertidos en objeto de burla y escarnio.

—No me hace falta que me lo arreglen —añadió la señora Harris—. Me lo llevo tal cual. Que me lo envuelvan.

Madame Colbert sonrió y contestó:

—Querida, pero entenderá usted perfectamente que no podemos darle este vestido. Es el modelo, y nos queda otro mes de pases de verano. Le haremos uno, como es lógico, exactamente igual...

Un sobresalto atenazó el corazón de la señora Harris cuando comprendió lo que madame Colbert estaba diciendo.

—¡Huy, huy! ¿Hacerme uno...? —repetió, y, pareciendo de repente una caricatura más avejentada de sí misma, preguntó—: Y ¿eso cuánto tarda?

Ahora madame Colbert también se sobresaltó:

—Normalmente, entre diez días y dos semanas, pero en su caso podemos hacer una excepción y acabarlo a toda prisa en una semana...

El espantoso silencio que siguió a esta revelación quedó interrumpido por el gemido que surgió de las profundidades de la señora Harris:

—Pero... ¿no lo entienden? No me puedo quedar en París. ¡Tengo el dinero justo para volver a Londres! ¡Es lo mismo que decir que no puede ser mío!

Se imaginó de nuevo en el lúgubre piso de Battersea, con las manos vacías, únicamente en posesión de su dinero inútil. Toda esa suma ¿para qué le servía? Lo que ansiaba en cuerpo y alma era tener el «Tentación», aunque no volviera a enfundárselo en la vida.

«Qué mujer tan ordinaria, espantosa y horrible —pensó monsieur André—. Le está bien empleado; cuánto me gustará devolverle su vulgar dinero.»

En ese momento, para espanto de todos, vieron cómo dos lágrimas se formaban en las comisuras de los ojos de la señora Harris, tras las cuales aparecieron otras que fueron cayendo por sus mejillas de venitas rojas, allí, en medio de todos, con el exquisito traje de noche, apenada, abandonada, profundamente infeliz.

Y monsieur André Fauvel, contable y responsable de lo económico, al que se le suponía un corazón de piedra, de repente se conmovió de una forma que jamás había creído posible, cedió a un sentimiento profundo e insoportable, y, con uno de esos fogonazos de inteligencia de los que tan capaces son los franceses, supo que era el amor imposible que le inspiraba la joven Natasha, cuyo dulce y querido cuerpo había llenado ese vestido, lo que le hacía comprender tan inesperadamente la tragedia de esa desconocida, que, a punto de alcanzar su mayor deseo, iba a sumirse en la frustración.

Y fue así como le dedicó su siguiente intervención a la muchacha que nunca llegaría a saber cuánto ni con cuánta intensidad la amaba, que, de hecho, ni había llegado a enterarse de que la amaba. Fauvel le propuso a la señora Harris con una pequeña reverencia formal:

—Si madame me lo permite, la invito a hospedarse en mi casa durante este período en calidad de invitada mía. No es gran cosa, sólo una casita, pero mi hermana ha tenido que irse a Lille y habría espacio...

Recibió una recompensa casi inmediata en la expresión que apareció en la carita de la mujer, en su grito de: « ¡Ay, madre del amor hermoso! ¿Lo dice en serio? », y en el extraño gesto de madame Colbert, que quizá estaba quitándose algo del rabillo del ojo mientras decía:

—*Oh, André, vous êtes un ange!*

Pero entonces la señora Harris soltó un pequeño gemido:

—Huy, vaya, pero es que mis trabajos...

—¿No tiene usted alguna amiga —intervino la gerente en su ayuda— que pueda echarle una mano mientras usted está fuera?

—La señora Butterfield —respondió enseguida la señora Harris—, pero una semana entera...

—Si es una amiga de verdad, no le importará —aseguró madame Colbert—. Le podríamos mandar un telegrama en su nombre.

La señora Harris estaba convencida de que a su amiga no le iba a importar, sobre todo cuando se enterara de todo. Tuvo mala conciencia al acordarse de la señorita Pamela Penrose, de los importantes amigos productores y su carrera. Pero también estaba el « Tentación ».

—¡De acuerdo! —exclamó—. Tiene que ser mío.

Y en ese momento, para su emoción y deleite, un ejército personal de

probadoras, cortadoras, modistas y costureras la rodeó, pertrechado de cinta, patrones de muselina, afileres, hilo de coser, tijeras y toda la parafernalia exigida por la confección del vestido más caro del mundo.

A última hora de la tarde, cuando al fin habían terminado de medir y hacerle pruebas a la señora Harris, hasta el último rincón del establecimiento había llegado la historia de la señora de la limpieza londinense que había ahorrado su salario y se había desplazado a París para comprarse un traje de Dior, y que estaba a punto de convertirse en una especie de celebridad. Los empleados de la casa, desde los de rango más bajo hasta más alto, y entre ellos el mismísimo jefe en persona, se habían inventado alguna excusa para pasar por el probador y echarle un vistazo a esa inglesa extraordinaria.

Y después, mientras la señora Harris lucía el modelo por última vez, apareció la mismísima Natasha, ataviada con un espléndido vestido de cóctel, porque le faltaba poco para iniciar su ronda de compromisos vespertinos, y no vio nada raro ni grotesco en la figura de esa señora de la limpieza vestida con el precioso modelo, porque le habían contado la historia y a ella también la había conmovido. Entendía a la señora Harris, y le dijo sin más:

—Me alegro muchísimo de que haya elegido éste.

Cuando la señora Harris comentó: « Anda, pues no sé cómo voy a llegar a casa del tal monsieur Fauvel. Me ha dado su dirección, pero no tengo la menor idea de dónde está », Natasha fue la primera que se ofreció a llevarla.

—Tengo un coche, la llevo yo *personalmente*. A *veg* dónde queda.

La señora Harris le alargó la tarjeta que le había dado el contable, en la que aparecía la dirección: « Rue Dennequin, 18 ». Natasha arrugó la bella frente al leer la inscripción.

—Monsieur André Fauvel —repitió—. ¿Dónde habré visto yo ese nombre antes?

Madame Colbert esbozó una sonrisa benévola:

—Es el contable de nuestra empresa, *chérie* —le dijo—. El que te paga el sueldo.

—*Tiens!* —exclamó Natasha entre carcajadas—. A una persona así hay que quererla. Muy bien, *señoga* Harris, cuando esté lista la llevo a casa de este *señog*.



Y así fue como, poco después de la seis, la señora Harris se vio dentro del pequeño Simca deportivo de Natasha, sorteando los rápidos del tráfico de l'Étoile y después a merced de la ancha corriente de la Avenue de Wagram, rumbo a la casa de monsieur Fauvel. Ya se había mandado un telegrama a Londres, en el que se le pedía a su amiga que se ocupara de sus clientes lo mejor que pudiera hasta que ella regresara; un telegrama pensado para estremecer a la señora Butterfield hasta la médula, viniendo como venía de París. Pero eso a la señora Harris le daba igual. Ella todavía seguía explorando el paraíso.

El número 18 de la Rue Dennequin era una casita de dos plantas con una mansarda, construida en el siglo XIX. Cuando llamaron al timbre, el monsieur Fauvel exclamó: «*Entrez, entrez!* ¡Pase!» desde el interior, pues creía que la señora Harris llegaba sola. Cruzaron la puerta entreabierta y se encontraron ante un hogar sumido en el preciso estado de caos que se espera cuando la hermana de un soltero se ha marchado y le ha dejado unas instrucciones muy claras a la señora que limpia todos los días, que, evidentemente, decide ponerse enferma en ese momento.

Había una gruesa capa de polvo; nada se había tocado en una semana; se veían libros y ropa desperdigados. No hacía falta imaginar mucho para calcular hasta dónde llegaría la montaña de platos del fregadero y de sartenes grasientas de los fogones, ni cómo estarían el baño y las camas deshechas del piso de arriba.

Jamás había sufrido un hombre tal aturdimiento. La honrosa cicatriz de Fauvel brillaba blanca en una cara sonrojada de vergüenza (una marca que le daba un gran atractivo); el joven apareció delante de ellas y farfulló:

—Oh, no... no... mademoiselle Natasha... precisamente usted... no puedo permitir que entre... Yo, que habría dado cualquier cosa por haberla recibido... Bueno, es que llevo una semana viviendo solo... menudo bochorno...

La señora Harris no vio nada fuera de lo común en el estado de aquel sitio. Como mucho, le recordaba agradablemente a los viejos tiempos, porque era exactamente lo mismo que le daba la bienvenida en todas las casas, pisos o habitaciones todos los días cuando iba a trabajar en Londres.

—Venga, venga, tesorillo —le dijo con afabilidad—. ¿A qué viene tanto jaleo? Esto se lo arreglo yo en un periquete. Enséñeme dónde está el armario de la bayeta, y tráigame un cubo y un cepillo...

Natasha, por su parte, hacía caso omiso del polvo y del desorden,

atravesándolos con la mirada y fijándose en los muebles macizos y burgueses que asomaban por debajo, en el suntuoso sofá, el armario cristalera, las enormes fotografías enmarcadas —tamaño retrato— del abuelo y la madre de monsieur Fauvel, con trajes rígidos de principios del siglo XX, el clavicordio en una esquina, la enorme maceta con una planta en la otra, el encaje de los cojines del sofá, las cortinas de chenilla, las butacas demasiado mullidas, la comodidad sin elegancia, y todo eso inspiró un deseo en su corazón. Aquello era un hogar, y llevaba sin estar en uno parecido desde que se había marchado del suyo en Lyon.

—¡Oh, por favor! —exclamó—. ¿Me puedo quedar a ayudar? ¿Me lo permitiría, señor?

A monsieur Fauvel lo acometió un tremendo paroxismo de humillación y disculpas:

—Pero, señorita... precisamente usted... en esta pocilga, por culpa de la cual me podría morir de vergüenza... estropear esas manitas... jamás en la vida permitiría...

—Hale, cálese ya, guapo —le ordenó concisamente la señora Harris—. Anda que... Ya veo que no todos los palurdos están en nuestra orilla del canal. ¿No se da cuenta de que la muchacha se muere de ganas? Váyase, no se entrometa y deje que nos pongamos manos a la obra.

« Madre mía —pensó la señora Harris mientras Natasha y ella se ponían una cofia y delantales y cogían escobas y trapos—, los franceses son como todo el mundo, normales y simpáticos, a lo mejor sólo un poco más cochinos. ¡Quién me lo iba a decir, a mi edad! »

Esa tarde en concreto, Natasha tenía una cita para tomar unas copas con un conde, otra para cenar con un duque y una cita de última hora con un importante politicastro. Le procuraba el placer más intenso que había sentido desde su llegada a París dejar plantado al conde y, junto a la profesional y eficiente señora Harris, hacer que el polvo volara por el número 18 de la Rue Dennequin como si nunca hubiera volado antes.

Dio la impresión de que en un abrir y cerrar de ojos todo ya estaba ordenado de nuevo. Las repisas y los muebles brillaban; la planta estaba regada; las camas perfectamente hechas con sábanas y fundas de almohada limpias; el cerco que rodeaba la bañera había desaparecido; las ollas, las sartenes, los platos, los vasos, los cuchillos y los tenedores se habían fregado.

« Ay, qué bien estar otra vez en un hogar, donde puedo ser una mujer y no una muñequita boba », pensó Natasha mientras atacaba el polvo y los salientes de telarañas de las esquinas y contemplaba los horrores que monsieur Fauvel, de forma muy masculina, había escondido debajo de la alfombra.

Y, mientras reflexionaba sobre lo inútiles que son los hombres, notó que la conmovía de pronto el apuro de monsieur Fauvel, y pensó: « Debe de tener una hermana estupenda, el pobre chico, y qué vergüenza ha pasado »; y de repente

se imaginó apoyándose en el pecho esa cabeza rubia, con el rostro sonrojado y la cicatriz blanca (sin duda por algún motivo honorable), mientras le susurraba: «Vamos, vamos, pequeñito, no te disgustes tanto. Ahora que estoy aquí todo volverá a arreglarse». Y eso le sucedía con un completo desconocido al que hasta entonces sólo había visto de pasada cuando éste aparecía de vez en cuando por la trastienda del establecimiento en el que ella trabajaba. Lo mucho que se había sorprendido a sí misma la dejó inmóvil unos instantes, apoyada en la escoba, la viva imagen de la elegancia del ama de casa, y fue así como se la encontró monsieur Fauvel al volver repentinamente.

Las dos mujeres habían estado tan atareadas que ninguna se había percatado de la ausencia del contable hasta que éste regresó de pronto, aunque lo hizo medio tapado por la montaña de paquetes que llevaba.

—He pensado que después de tantas fatigas tendrían ustedes hambre —les explicó; a continuación, mientras contemplaba a una despeinada, sucia pero satisfechísima Natasha, añadió entrecortadamente—: ¿Querría... le apetecería... me daría usted el enorme gusto de quedarse?

El conde y su cita cayeron como dos palomas abatidas. De un arma de dos cañones salió otro «¡bum!», y el duque y el politicastro siguieron el mismo camino. Con una naturalidad y una sencillez sin parangón, olvidándose completamente de quién era, Natasha, o más bien mademoiselle Petitpierre de Lyon, se abrazó al cuello de monsieur Fauvel y le dio un beso.

—Pero qué bueno has sido al pensar en esto, André, me muero de hambre. Primero me voy a conceder el gusto de meterme en esa maravillosa y profunda bañera del piso de arriba, y después comeremos, comeremos y comeremos.

A monsieur Fauvel también le pareció que no había sido tan feliz en toda su vida. Qué giro tan sorprendente habían dado los acontecimientos desde... bueno, desde que esa inglesa bajita y estupenda había entrado en Dior a comprarse un vestido.

La señora Harris nunca había probado el caviar ni el *pâté de foie gras* recién traído de Estrasburgo, pero no tardó en acostumbrarse a ambos, así como a las langostas del paso de Calais y a las anguilas en gelatina de Lorena. Había *charcuterie* de Normandía, un *poulet* de Bresse entero, asado y frío, junto a un pato de piel crujiente de Nantes. Se sirvió un Chassagne Montrachet con la langosta y los *hors d'oeuvres*, champán con el caviar, y Vosne Romanée con las aves, mientras que un Yquem acompañó al pastel de chocolate.

La señora Harris comió por la semana anterior, por la actual y también por la siguiente. Nunca había visto manjares semejantes y seguramente nunca volvería a hacerlo. Le brillaban los ojos de placer mientras decía muy contenta:

—Desde luego, si hay algo que me gusta es darme un buen homenaje en la mesa.

—En la calle hace una noche divina —aseguró monsieur Fauvel, mientras su

mirada se derretía al posarse sobre la dulce carita de gato bien alimentado de Natasha—, igual después podríamos dejar que París nos muestre sus encantos...

—¡Quite, quite! —bufó la señora Harris, atiborrada hasta las ralas cejas—. Vayan ustedes. Yo no le puedo pedir más a este día. Me quedo en casa a fregar los platos; luego me acostaré e intentaré no haber vuelto a Battersea al despertarme.

Pero ahora pareció que una sensación de discreción y vergüenza se apoderaba de los dos jóvenes, algo que la señora Harris, en su estado de hartazgo, no percibió. Si su invitada hubiera accedido a acompañarlos, pensaba monsieur Fauvel, todo habría sido distinto, y la exuberancia de la velada y la gloriosa presencia de Natasha podrían haberse prolongado. Pero sin aquella persona extraordinaria, como era lógico, la idea de enseñarle a la modelo estrella de Dior los sitios de interés de París resultaba completamente ridícula.

Para Natasha, París de noche era una serie de *boîtes* llenas de humo, o de caros clubes nocturnos como el Dinazard o el Shéhérazade, de los que estaba profundamente harta. Habría dado muchas cosas por poder sentarse en la Grande Terrasse del Sacré-Coeur, bajo la noche estrellada, y desde allí contemplar cómo esas estrellas se reflejaban en el mar de luz de la ciudad, sobre todo si monsieur Fauvel se encontraba a su lado.

Sin embargo, como la señora Harris se iba derecha a la cama, parecía que ya no había ninguna excusa para que Natasha se quedara. Ya se había metido demasiado en la intimidad del contable. Había fisgoneado sin ninguna vergüenza por sus habitaciones con una escoba y un trapo, había visto la mugre de su fregadero, se había permitido hacer algo tan íntimo e impensable como lavar su bañera, y, empujada por la exuberancia, también había cometido el acto aún más imperdonable de bañarse en ella.

De pronto la invadió una sensación de turbación, y, sonrojándose, musitó:

—Oh, no, no puedo, me es imposible. Me temo que tengo una cita. Tengo que irme.

Monsieur Fauvel encajó este golpe, que esperaba. « Ah, sí —pensó—, tienes que volver, mariposilla, a la vida que más te gusta. Te estarán esperando un conde, un marqués, un duque o incluso un príncipe. Pero al menos he vivido esta noche de felicidad y tendría que darme por satisfecho.» En voz alta dijo:

—Sí, sí, desde luego. Mademoiselle ha sido de lo más amable.

Hizo una reverencia, las manos de ambos se rozaron, sus miradas se cruzaron y las sostuvieron por un instante. Y entonces apareció un brillo de entendimiento en los ojos sagaces y perspicaces de la señora Harris: « Ahí va —se dijo—, conqué así están las cosas. Tendría que haberlos acompañado» .

Pero ya era demasiado tarde, y la verdad era que estaba demasiado llena para moverse.

—Hala, buenas noches, tesoros —dijo en voz muy fuerte y con mucha

intención; luego subió con cierta dificultad las escaleras, mientras esperaba que después de su retirada ellos acabaran saliendo juntos, pese a todo. Sin embargo, al cabo de un momento oyó cómo la puerta de la calle se abría y se cerraba, y después el ruido estruendoso del motor del Simca de Natasha al encenderse. Así terminó el primer día de Ada Harris en un país extranjero y rodeada de gente extranjera.

A la mañana siguiente, no obstante, cuando monsieur Fauvel le propuso enseñarle un poco de París por la noche, no tardó ni un minuto en proponer que Natasha los acompañara. Aturullado, el contable replicó entre protestas que lo de visitar lugares de interés no estaba hecho para seres tan elevados como mademoiselle Natasha.

—Vaya por Dios —exclamó la señora Harris en tono socarrón—, ¿y qué le hace pensar que no es como cualquier otra chica cuando tiene cerca a un hombre guapo? Anoche habría salido con usted si hubiera sido lo bastante espabilado para pedírselo. Dígale que yo le he pedido que venga.

Esa mañana, los dos jóvenes se cruzaron brevemente en la escalinata gris y enmoquetada de Dior. Se detuvieron incómodos unos segundos. Monsieur Fauvel consiguió decir a duras penas:

—Esta noche voy a sacar a la señora Harris a que vea un poco de París. Me ha rogado que nos acompañe usted.

—Oh —contestó Natasha—, ¿lo ha pedido la señora Harris? ¿Lo quiere? ¿Sólo ella?

Monsieur Fauvel únicamente pudo asentir como un tonto. ¿Cómo iba a exclamar, en la fría austeridad de la gran escalinata de la casa Christian Dior: « Ah, no, soy yo quien lo quiere, quien lo anhela, quien lo desea con toda mi alma. Soy yo quien adora hasta la pelusa de la moqueta que pisa usted » ?

Natasha respondió al fin:

—Si ella quiere, iré. Esa mujercita es adorable.

—Muy bien, pues a las ocho.

—Ahí estaré.

Ambos siguieron su camino; él hacia arriba, ella hacia abajo.

Como estaba previsto, se celebró la velada encantada, que empezó con un trayecto para tres por el Sena en un *bateau-mouche*, con el que llegaron a un restaurante a orillas de un pequeño barrio residencial. Con una sensibilidad y un sentido del tacto maravillosos, monsieur Fauvel evitó los sitios en los que la inglesa se podría haber sentido incómoda, los lugares lujosos y de relumbrón, y no llegó a enterarse de lo feliz que era Natasha en ese ambiente más humilde.

Estaban en un pequeño restaurante familiar. Las mesas eran de hierro, los manteles de cuadros, el pan maravillosamente crujiente y fresco. La señora Harris lo observó todo, la gente sencilla de las mesas vecinas, la superficie brillante y cristalina del río por el que se deslizaban barcos de recreo, mientras

los sonos del acordeón llegaban a sus oídos desde el agua, con un profundo suspiro de satisfacción.

—Hay que ver, esto es como estar en casa —dijo—. A veces, en las noches de calor, mi amiga la señora Butterfield y yo damos un paseo por el río y nos pasamos por un pequeño local, cerca de la fábrica de cerveza, a tomarnos una pinta.

Se negó en redondo, no obstante, a comer caracoles. Los estudió con interés en sus conchas humeantes y fragantes. Su ánimo se mostraba dispuesto, pero el estómago le dijo que no.

—No puedo —confesó finalmente—; me es imposible después de haberlos visto yendo de un lado a otro.

Desde ese momento, tácitamente, esa triple reunión vespertina para pasear por París se convirtió en una costumbre. De día, mientras ellos trabajaban, sin contar las pruebas del vestido que se llevaban a cabo a las once y media de la mañana, ni el tiempo que dedicaba a limpiar la casa de Fauvel, la señora Harris podía explorar la ciudad sola, pero las noches se inauguraban con la llegada de Natasha en su Simca, y entonces salían.

Así, la señora de la limpieza vio París bajo el ocaso desde el segundo nivel de la torre Eiffel, bajo la lechosa luz de la luna desde el Sacré-Coeur, y, al despertarse al alba, cuando empezaba el bullicio del mercado de Les Halles, al cabo de una noche en que habían visitado alguna parte de esa ciudad de maravillas sin fin, desayunaban allí huevos y salchichas de ajo, rodeados de obreros, mozos y camioneros.

En cierta ocasión, hasta cierto punto instigados por una travesura de Natasha, llevaron a la señora Harris a la Revue des Nudes, un cabaré de la Rue Blanche, pero ella ni se escandalizó ni se impresionó. Reina un ambiente curiosamente acogedor y familiar en algunos de esos espectáculos; grupos enteros, en los que hay abuelas, padres, madres y jóvenes, vienen del campo para celebrar o conmemorar algo, y llevan una cesta de comida; piden vino y se ponen cómodos, dispuestos a pasar un rato de diversión.

En ese ambiente, la señora Harris se sentía en su salsa. No consideraba que el desfile de jóvenes damas desnudas fuese inmoral. Para ella, lo inmoral era portarse mal con alguien. Contempló con interés esas náyades algo rollizas y comentó:

—Vaya, a algunas no les vendría nada mal adelgazar un poquitillo, ¿eh? — Después, cuando una artista únicamente ataviada con un *cache sexe* que consistía en una hoja de parra plateada ejecutó un baile de lo más agotador, dijo—: Madre mía, no sé cómo lo consigue.

—¿Cómo consigue el qué? —preguntó distraído monsieur Fauvel, que dirigía toda su atención a Natasha.

—Que no se le caiga esa cosa con tantos meneos.

El contable se sonrojó profundamente y Natasha estalló en carcajadas, pero se abstuvo de explicárselo.

Y de este modo la señora Harris le perdió todo el miedo a la gran capital extranjera, porque los jóvenes le enseñaron una vida y una ciudad rebosante de personas como ella: sencillas, curtidas, realistas, trabajadoras y todas entregadas, como ella en Londres, al mismo esfuerzo por salir adelante.



Como al margen de sus sesiones de prueba podía ir a cualquier sitio de París que quisiera, la señora Harris nunca sabía muy bien adónde la acabarían llevando sus pasos. No le interesaban las deslumbrantes zonas de compras de los Campos Eliseos, el Faubourg St. Honoré ni la Place Vendôme, porque en Londres había distritos comerciales igualmente brillantes y caros que nunca frecuentaba. Pero le encantaban la gente y los *quartiers* viejos, los preciosos parques, el río y cómo los habitantes de la ciudad de los barrios más pobres vivían la vida.

Así fue explorando la Rive Gauche y la Droite, y finalmente, por casualidad, se encontró con cierto paraíso en el centro, el mercado de las flores situado junto al Quai de la Corse, en la Île de la Cité.

Muchas veces, en Londres, había contemplado con un suspiro los escaparates de las floristerías, las flores de invernadero que se exhibían, orquídeas, rosas, gardenias, etcétera, mientras iba y volvía del trabajo; pero en toda la vida jamás se había visto en medio de tal embriagadora abundancia de flores de toda clase, color y forma, colocadas en filas en las aceras y llenando también un puesto tras otro del mercado de las flores desde el que se veían las dos torres de Notre-Dame.

Allí había calles que eran una pura aglomeración de macetas de azaleas, plantas de color rosa, blanco, rojo, morado, que se mezclaban con enormes ramos de claveles de tonos crema, carmesí y amarillo. Daba la impresión de que había hectáreas de cajas de pensamientos que le sonreían al sol, lirios azules, rosas rojas y grandes frondas de gladiolos a los que se obligaba a florecer muy deprisa en los invernaderos.

Veía muchas plantas y flores cuyos nombres la señora Harris ni siquiera conocía, pequeños capullos de color rosa y apariencia gomosa, u otras con el centro amarillo y pétalos de azul oscuro, todas las especies imaginables de margaritas, peonías de tupida corola y, evidentemente, macetas y macetas de los geranios que tanto le gustaban.

Pero no sólo tenía el sentido de la vista embelesado y abrumado por la gran cantidad de formas y colores, sino que, además, la suave brisa que llegaba del Sena también llevaba aromas embriagadores que transportaban a todo amante de las flores a su cielo particular, y en ese cielo se encontraba la señora Harris. Hasta que vio el vestido de Dior, la única belleza que había conocido de veras era la de las flores. Ahora respiraba con intensidad el olor de las azucenas y los nardos. De cada esquina salían fragancias exquisitas, y, a través de esa profusión

de colores y aromas, ella iba avanzando como si estuviera en un sueño.

Y otra figura conocida paseaba por el mismo sueño, ni más ni menos que el imponente y anciano caballero que se había sentado al lado de ella en el desfile de Dior y que era el marqués de Chassagne, de una familia de rancio abolengo. Llevaba una chaqueta de entretiempo de color marrón claro, un sombrero de fieltro también marrón y unos guantes de tonos beis. Ahora su expresión no resultaba imponente, e incluso sus cejas pobladas y alborotadísimas parecían estar en paz mientras él iba recorriendo las calles de flores frescas e impregnadas de rocío, mientras respiraba profundamente y con satisfacción los perfumes que éstas desprendían.

Su camino se cruzó con el de la señora de la limpieza, esbozó una sonrisa y levantó el sombrero con el mismo gesto con que se habría descubierto la cabeza ante una reina.

—Ah —dijo—, nuestra vecina londinense a quien le gustan las flores. Así que ha encontrado usted este sitio.

La señora Harris dijo:

—Esto es divino, ¿verdad? Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo habría creído posible.

Bajó la vista y se fijó en un jarrón enorme atestado de azucenas blancas y lozanas, y en otro en el que había gladiolos tersos, lisos y aún cerrados, en los que apenas se atisbaba un poco de malva, carmesí, amarillo limón o rosa en los tallos, lo que indicaba de qué color iban a ser. En ellos brillaban gotas de agua fresca.

—Ay, madre —musitó—. Espero que a la señora Butterfield no se le olvide regarme los geranios.

—Oh, señora, ¿cultiva usted geranios? —preguntó cortésmente el marqués.

—Tengo dos jardineras llenas y como una docena de macetas que pongo donde me caben. Son mi afición, podría decirse.

—*Épatant!* —exclamó el marqués entre dientes, y luego quiso saber—: Y ¿el vestido que vino usted a buscar... lo ha encontrado?

La señora Harris esbozó una sonrisa traviesa y contestó:

—¡Y tanto! Es el que se llama «Tentación». ¿Se acuerda usted de él? De terciopelo, con ribetes de canutillos negros, y la parte de arriba es de una especie de cosa rosa y suave.

El marqués se quedó cavilando unos instantes; luego asintió y dijo:

—Ah, sí, claro que me acuerdo. Lo llevaba esa exquisita muchacha...

—Natasha —lo interrumpió ella, acabando su frase—. Es amiga mía. Me lo están haciendo, todavía tengo que esperar tres días.

—Con lo cual, con una sensatez incomparable, se dedica usted a conocer las verdaderas atracciones de nuestra ciudad.

—Y usted... —empezó a decir ella, aunque dejó la frase a medias, porque conocía intuitivamente la respuesta de la pregunta que estaba a punto de

formular.

Pero el marqués de Chassagne no se quedó en absoluto cortado, y sólo comentó con seriedad:

—Lo ha adivinado. Me queda muy poco tiempo para disfrutar de la belleza del mundo. Venga, sentémonos un poco al sol, usted y yo, y charlemos.

Ocuparon un banco verde de madera, uno al lado del otro, en medio de los colores sensuales y los perfumes arrebatadores, el aristócrata y la señora de la limpieza, y hablaron. Vivían en mundos de lo más alejados aunque los unía la sencillez de la humanidad que compartían, así que en realidad no estaban nada separados. A pesar de su título y de su posición distinguida, el marqués era un viudo solitario, sus hijos se habían casado y se habían desperdigado. Y ¿qué era también la señora Harris sino una viuda solitaria? Aunque ella había tenido la valentía de embarcarse en una gran aventura para satisfacer sus ansias de belleza y elegancia. Estas dos personas tenían mucho en común.

Al margen de los geranios, comentó la señora Harris, también le daban de vez en cuando flores cortadas, con las que dar color a su pequeño semisótano, algunos clientes que iban a pasar el fin de semana en el campo, o a quienes alguien había regalado flores frescas y se cercioraban de cederle a la señora de la limpieza las plantas viejas y medio marchitas.

—Me las llevo a casa lo más rápido que puedo —le explicó al marqués—, les corto los tallos y las meto en un jarrón de agua fresca, y en el fondo echo un penique.

El marqués pareció quedarse perplejo al oír este dato.

—¿Cómo, no lo sabía? —preguntó la señora Harris—. Si pone una moneda en el agua donde hay flores ajadas, se recuperan.

El marqués, interesadísimo, observó:

—No me diga. Sí que es cierto que nunca es tarde para aprender. —Entonces pasó a otro tema que le interesaba—: Y ¿ha dicho usted que mademoiselle Natasha se ha hecho amiga suya?

—Es un cielo —aseguró la asistenta—, para nada como se la podría imaginar usted, no va por ahí dándose aires por todo el caso que le hacen. Está tan poco mimada como lo estaría una hija suya. Sí, estoy convencida de que todos son amigos míos, también ese joven tan agradable, monsieur Fauvel, el cajero: es en su casa donde estoy, y la pobre madame Colbert...

—Oh —intervino el marqués—, y ¿quién es madame Colbert?

Entonces fue la señora Harris quien se sorprendió:

—Cómo, si seguro que la conoce... Es la gerente, la que te dice si puedes entrar o no. Es un amor. ¡Si hasta sentó a Ada Harris al lado de todos los peces gordos!

—Ah, sí —dijo el marqués, con un interés renovado—, ésa. Una persona extraordinaria, una mujer valiente e íntegra. Pero pobre ¿por qué?

La señora Harris colocó el trasero más cómodamente en el banco para disfrutar de una buena sesión de chismes. Vaya, si ese caballero francés era igualito que todos los ingleses en el interés que le inspiraban los detalles de las penas y cuitas de los otros. Su voz adoptó un tono felizmente confidencial mientras le daba un golpecito en el brazo y contestaba:

—Huy, ¿no sabe usted nada de lo de su pobre marido?

—Oh —dijo el marqués—, ¿conque tiene marido? Y ¿cuál es el problema? ¿Está enfermo?

—No exactamente. A madame Colbert ni se le pasaría por la cabeza contárselo a alguien, pero a mí sí me lo ha dicho, lógicamente. Una mujer que ha enterrado a su marido, como yo, entiende las cosas. Pues resulta que el marido llevaba veinticinco años en la misma oficina...

—¿El marido de quién?

—El de madame Colbert, que además es el lumbreras de su despacho. Pero cada vez que pide un empleo importante se lo dan a un conde o al hijo de un rico, y ha pasado tantas veces que casi se ha venido abajo y madame Colbert también.

El marqués notó un curioso hormigueo en la parte inferior del cuero cabelludo al tiempo que empezaba a encenderse una tenue luz en su interior. La voz de la señora Harris imitó unos instantes parte de la amargura que teñía la de la gerente, mientras añadía:

—Ahora se le ha presentado otra oportunidad, pero nadie puede interceder por él ni echarle una mano. A madame Colbert se le están quedando los ojos secos de tanto llorar.

Una sonrisita casi infantil iluminó la boca severa del anciano marqués:

—Y ¿por casualidad no se llamará Jules el marido de su amiga?

La señora Harris lo miró con un gesto de absoluta sorpresa, como si fuera un mago.

—Pero ¡bueno! —exclamó—. ¿Cómo lo sabía? Así es como se llama, Jules, ¿lo conoce usted? Madame Colbert dice que él tiene más inteligencia en el dedo meñique que todos los demás, que van tan peripuestos.

El noble reprimió una risa y dijo:

—Pues es posible que tenga razón. No se puede dudar de la cabeza de un hombre lo bastante sensato para casarse con una mujer así. —Se quedó callado y pensando un momento, después metió la mano en un bolsillo interior, sacó un tarjetero del que extrajo una tarjeta elegantemente impresa, y en el dorso escribió un breve mensaje con una estilográfica a la antigua usanza. La agitó para que se secara y se la dio a la señora Harris—. Por favor, acuérdesse de dársela a madame Colbert la próxima vez que la vea.

La señora Harris estudió la tarjeta con un interés indisimulado. En la parte impresa se leía: *Le Marquis Hypolite de Chassagne, Conseiller Extraordinaire au*

Ministère des Affaires Étrangères, Quai d'Orsay, pero ella no entendió nada, sólo que su amigo era aristócrata y tenía un título. Le dio la vuelta, pero el mensaje que había en el otro lado estaba escrito en francés y tampoco lo entendió.

—Vale —dijo—. Tengo una cabeza de chorlito, pero no se me olvidará. —El reloj de una iglesia dio las once—. ¡Ay, Señor! —exclamó—. No me he estado fijando en la hora. Voy a llegar tarde a la prueba del vestido. —Se levantó de un respingo, soltó—: Hasta luego, cielo, no se olvide usted de poner la moneda en el jarrón de las flores —y se marchó. El marqués se quedó en el banco, bajo el sol, mirando cómo se iba, con un gesto de admiración embelesada y completa.

Esa mañana, durante la sesión, madame Colbert se pasó por el probador para ver cómo iban las cosas; estaba ayudando a la costurera con un par de indicaciones cuando la señora Harris lanzó un grito repentino:

—¡Ahí va! Casi se me olvida. Tome, que me ha dicho que le diera esto.

Cogió su antiguo bolso, hurgó en su interior, al fin encontró la tarjeta y se la pasó a la gerente.

Ésta primero se puso roja y después blanca como una muerta al examinar la cartulina y el mensaje del dorso. Los dedos que sostenían la tarjeta empezaron a temblar.

—¿De dónde ha sacado esto? —susurró—. ¿Quién se lo ha dado?

La señora Harris, con un gesto de inquietud, contestó:

—El caballero anciano. El que estaba sentado a mi lado, el que llevaba aquella cosa roja en el ojal, el día de la colección. Me lo he encontrado en el mercado de las flores y hemos estado charlando un ratillo. No son malas noticias, ¿verdad?

—Oh, no, no —farfulló la gerente, con una voz que le temblaba por la emoción, apenas capaz de contener las lágrimas. Súbita e inexplicablemente se acercó a la señora Harris, la rodeó con los brazos y la estrechó un momento—. Pero ¡qué mujer tan maravillosa es usted! —exclamó; entonces se dio la vuelta y salió a toda prisa del probador. Entró en otro cubículo, uno que estaba vacío, en el que podía estar sola, apoyar la cabeza en los brazos y llorar sin vergüenza por la alegría que le producía el mensaje, en el que ponía: « Por favor, dígame a su marido que pase a verme mañana. Es posible que pueda ayudarlo. Chassagne » .



Para la última noche de la mágica estancia de la señora Harris en París, monsieur Fauvel había planeado una velada maravillosa para ella y para Natasha: iban a cenar en el famoso restaurante Le Pré Catelan, en el Bois de Boulogne. Allí, en el entorno más romántico del mundo, al aire libre y bajo las largas ramas de un venerable abedul de ciento sesenta años, con alegre música de fondo, iban a deleitarse con los manjares más deliciosos y suntuosos, y a beber los vinos más espléndidos que monsieur Fauvel podía brindarles.

Y, sin embargo, lo que tendría que haber sido una ocasión de lo más feliz para los tres empezó con una tristeza peculiar e intensa.

El contable estaba apuesto y distinguido con un esmoquin en cuyo ojal lucía la cinta de la medalla militar que había ganado. Natasha jamás había tenido un aspecto más cautivador, con un vestido de noche en rosa, gris y negro, con un corte que permitía verle los adorables hombros y la exquisita espalda. La señora Harris se presentó como siempre, aunque con una blusa nueva, de encaje y algo atrevida por lo que dejaba entrever, que se había comprado con una parte de las libras inglesas que le quedaban.

La tristeza sólo constituía cierto matiz que teñía el placer y la emoción de aquel lugar y aquel momento, y de lo más excitante de todo, que iba a suceder al día siguiente. Tal sensación se debía al hecho de que todo lo bueno termina; la señora Harris tenía que dejar a esas personas a las que tantísimo cariño había cogido en tan poco tiempo.

Pero la infelicidad que se apoderó de monsieur Fauvel y de mademoiselle Petitpierre era de una calidad más densa, más sombría, más onerosa. Los dos habían llegado a la conclusión de que, cuando la señora Harris se marchase, el idilio que los había unido y que los había llevado a estar juntos una semana tocaría a su fin.

Natasha ya conocía bien Le Pré Catelan. Muchísimas veces la habían llevado a cenar y a bailar ricos admiradores que la dejaban indiferente, que la estrechaban fuertemente en la pista de baile y que hablaban interminablemente de sí mismos mientras comían. Ahora sólo había una persona con la que quería volver a bailar en toda la vida, una persona que deseaba que la abrazase, y era el hombre de semblante abatido que tenía delante y que no se ofrecía a hacerlo.

Normalmente, en cualquier país, a dos jóvenes les cuesta muy poco mandarse señales, mensajes, y al fin encontrarse, pero en Francia, cuando proceden, por así decirlo, de la misma clase y aun así ecos de esa clase los constriñen, pueden surgir obstáculos extraños que les impidan entenderse. Y toda

esa noche, con las luces, las estrellas y la música, monsieur Fauvel y mademoiselle Petitpierre corrieron el riesgo de no llegar a comunicarse.

Porque mientras contemplaba a la muchacha, con una mirada sentimental y llena de amor, el contable sabía que aquél era el sitio de Nastasha, entre los alegres y los ricos. Ella no era para él, que nunca había estado en aquel restaurante en la humilde vida que llevaba; ahora, de hecho, estaba más convencido que nunca de que Nastasha únicamente lo soportaba por la señora Harris. Era consciente de que se había desarrollado un curioso afecto entre el glamoroso ser que era la modelo estrella de Dior y la menuda señora de la limpieza. Y la verdad era que él también le había cogido muchísimo cariño a la señora Harris, de la que parecía emanar cierta cualidad que llegaba directa al corazón.

A Nastasha, por su parte, le daba la impresión de que no podía entrar en la vida de André Fauvel precisamente por culpa de lo que tanto anhelaba: la respetabilidad de clase media del contable. A él ni se le pasaría por la cabeza casarse con una mujer como ella, supuestamente mimada, caprichosa, rodeada de publicidad, sin dote. No, jamás. Fauvel elegiría a la hija de un amigo o de un conocido, buena, sencilla y de clase media, o quizá su hermana ausente escogería por él. Sentaría la cabeza, se entregaría al sosiego de una aburrida vida de casado y tendría muchos hijos. Cuántas ganas tenía de poder ser ella esa mujer, de llevar esa vida tranquila a su lado y darle esos hijos.

La orquesta tocaba un sensual chachachá. En la mesa había una botella de champán abierta. Estaban entre plato y plato, y aguardaban la llegada de un extraordinario Châteaubriand. En un ambiente de carcajadas y voces fuertes y alegres, los tres estaban sumidos en un denso silencio.

Zafándose de la sombra que se había apoderado de ella, percibiendo la maravillosa emoción de la vida y la belleza que los rodeaba, la señora Harris cobró una conciencia repentina del estado de ánimo de sus dos acompañantes, e intentó solucionarlo de algún modo.

—¿Ustedes dos no van a bailar? —preguntó.

Monsieur Fauvel se sonrojó y murmuró que llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Nada le habría gustado más, pero lo último que quería era obligar a Nastasha a soportar un abrazo que le resultaría repulsivo.

—A mí no me apetece bailar —aseguró mademoiselle Petitpierre.

La modelo habría dado cualquier cosa por estar en la pista de baile con él en ese momento, pero no quería avergonzarlo después de lo evidentemente poco dispuesto que se había mostrado él a relacionarse con ella, al margen de las habituales normas de deber y cortesía.

Pero los finos oídos de la señora Harris ya habían captado el plano tono de sus voces, teñidas de una indudable tristeza, y sus ojos sagaces iban del joven a la muchacha, haciendo un reconocimiento.

—Vamos a ver —les dijo—, ¿se puede saber qué les pasa?

—Nada, nada.

—Nada, es verdad.

Tratando de demostrárselo, monsieur Fauvel y mademoiselle Petitpierre empezaron simultáneamente a hablarle con forzada animación, mientras evitaban mirarse el uno al otro; lo hicieron durante un minuto hasta que la charla se acabó de repente y se hizo un silencio aún más denso que el anterior.

—Pues vaya —dijo la señora Harris—, sí que soy boba, entonces. Yo que pensaba que este tema ya lo habían dejado zanjado ustedes hace mucho. —Miró al contable y le preguntó—: Pero ¿a usted se le ha comido la lengua el gato? ¿A qué espera?

Fauvel se puso de un rojo tan encendido como la bombilla de luz eléctrica que tenía encima.

—Pero yo... yo... —farfulló—, ella nunca...

La señora Harris se volvió hacia Natasha.

—¿No lo puede ayudar un poco? En mi época, cuando a una joven le gustaba un muchacho, se lo hacía saber enseguida. ¿Cómo se cree que conseguí yo a mi marido?

Había una luz blanca encima de la preciosa y brillante cabeza morena de la chica, que ahora se puso tan pálida como su incandescencia.

—Pero es que André no...

—Madre mía —intervino la señora Harris—. ¡Cómo que no! Y usted también. Tengo ojos en la cara. Ustedes dos están enamorados. ¿Qué les impide unirse?

Monsieur Fauvel y mademoiselle Petitpierre contestaron a la vez:

—Él no...

—Ella no...

La señora Harris soltó una risa traviesa:

—Están enamorados, ¿a que sí? ¿Quién no puede hacer qué?

Por primera vez, los dos jóvenes se miraron directamente a los ojos y vieron lo que había en ellos. Atrapados cada uno en la mirada del otro, de la que no podían despejarse, en su rostro apareció al fin la expresión decidida de amor y esperanza. Dos lágrimas asomaron a los ojos de Natasha, y allí empezaron a brillar.

—Y ahora, si me disculpan un momento —añadió la señora con un tono lleno de intención—, voy a ir a ver un ratito a mi tía.

Se levantó y se dirigió al pabellón. Cuando volvió, al cabo de quince minutos, rodeaban a Natasha los brazos de monsieur Fauvel, en la pista de baile; la joven tenía apoyada la cabeza en su pecho y las lágrimas le humedecían la cara. Pero, cuando se percataron de que su amiga había vuelto a la mesa, se acercaron corriendo a ella y la abrazaron. Monsieur Fauvel besó una mejilla sonrosada y

arrugada, Natasha la otra, y luego la chica se aferró al cuello de la señora Harris, junto al que sollozó entre susurros:

—Querida, estoy contentísima, André y yo vamos a...

—Vaya, vaya —dijo la señora Harris—, ¡menuda sorpresa! ¿Qué tal un poquito de champán para celebrarlo?

Todos alzaron las copas y a partir de entonces aquélla fue la noche más animada, alegre y luminosa que la señora Harris había vivido jamás.



Y llegó el día en que el « Tentación» estuvo terminado, y para la señora Harris el momento de recoger su tesoro envuelto en grandes cantidades de papel de seda y metido en una glamourosa caja de cartón con el nombre « Dior» escrito en unas letras doradas de tamaño colosal.

Se congregó mucha gente para recibirla en el salón de Dior a última hora de la mañana (se marchaba en un avión de esa tarde), y de algún sitio sacaron una botella de champán. Estaban madame Colbert, Natasha y monsieur Fauvel, así como todas las probadoras, cortadoras y costureras que tanto y tan fielmente habían trabajado para terminar el vestido en un tiempo récord.

Brindaron por ella y para que regresara a casa sin percances, y también le hicieron regalos: la agradecida gerente, un bolso de auténtica piel de cocodrilo; monsieur Fauvel, también agradecido, un reloj de pulsera; y unos guantes y un perfume Natasha, que sentía aún mayor gratitud.

La gerente abrazó a la señora Harris, la estrechó unos instantes, la besó y le susurró al oído:

—Querida, me ha traído usted muchísima suerte. Es posible que pronto pueda escribirle para darle una gran noticia sobre mi marido.

Natasha también la abrazó y dijo:

—Nunca la olvidaré, ni tampoco que le debo toda mi felicidad. André y yo nos casamos en otoño. La haré madrina de nuestro primer hijo.

Monsieur André Fauvel le dio un beso en la mejilla y estuvo muy pendiente de ella, le recomendó que tuviera mucho cuidado en el viaje de vuelta, y, con la auténtica inquietud de un hombre cuyo trabajo está relacionado con el dinero, le preguntó:

—¿Está segura de haber guardado el efectivo en un sitio seguro y así poder cumplir con sus obligaciones? Lo ha escondido bien, ¿verdad? Es mejor que no lo lleve en el bolso, donde podrían quitárselo.

La señora Harris esbozó su sonrisa pícaro y maravillosamente afilada. Bien alimentada por primera vez en su vida, descansada y feliz, parecía varias décadas más joven. Abrió el nuevo bolso de cocodrilo para enseñar el pasaje de avión y el pasaporte, además un único billete verde de moneda inglesa, otro de quinientos francos y algunas monedas francesas que le sobraban, para llegar al aeropuerto.

—Y no llevo nada más —declaró—. Pero es más que de sobra para poder retomar mis obligaciones. No hay nada que se pueda robar.

—*Oh là là!* ¡No, no! —exclamó monsieur Fauvel, con la voz temblorosa por una angustia repentina, mientras un atemorizado silencio se extendía por el grupo del salón, y empezaba a formarse la acechante la sombra de una catástrofe—. Hablo de la obligación de pagar en la aduana, en la *douane* británica. *Mon Dieu!* ¿No lo ha previsto? Debe entregar seis chelines por libra. —Hizo un cálculo rápido—. Lo que asciende a ciento cincuenta libras. ¿No sabía que tenía que pagar esta cantidad?

La señora Harris lo miró conmocionada, y envejeció veinte años.

—Madre mía —gimió—, ciento cincuenta libras. Pero ¡si no me queda ni un chelín! Ay, ¿por qué no me lo ha dicho nadie? ¿Cómo iba a saberlo?

Madame Colbert reaccionó airadamente:

—Pero, bueno, ¿qué disparates estás diciendo, André? ¿Quién sigue pagando impuestos en las aduanas? ¿Te crees que todas esas aristócratas y esas estadounidenses ricas lo hacen? Todo el mundo se dedica al contrabando, y usted, mi querida Ada, hará lo mismo con su vestido...

Los ojitos azules de la señora Harris se llenaron de miedo, susto, recelo.

—Pero eso sería mentir, ¿no? —preguntó, mientras iba mirando a los demás con un gesto de impotencia—. Me daría igual contar alguna mentirijilla, pero no una mentira gorda. Si hiciera eso, cometería un delito. Me podrían meter en la cárcel por eso.

Entonces, al ir asimilando el auténtico y espantoso significado de las palabras de monsieur Fauvel, de repente se desplomó sobre la gruesa moqueta gris, se tapó la cara con aquellas manos curtidas por el trabajo y soltó un gemido de desesperación que atravesó el establecimiento de tal modo que hasta el *grand patron* en persona hizo inmediatamente su aparición.

—No me puedo quedar con el vestido. No está hecho para personas como yo. Tendría que haber sabido cuál es mi sitio. Llévenselo, regálenlo, hagan lo que quieran. Yo me vuelvo a casa a olvidarme de todo esto.

El caso se extendió por todo el edificio con la velocidad del rayo. Aparecieron expertos de todas partes para dar consejo, como por ejemplo presentar una solicitud al embajador británico, hasta que alguien indicó que los británicos observaban la ley con tanta severidad que ni siquiera el embajador ni la mismísima reina podían intervenir para saltársela, ni siquiera por una causa tan loable...

Fue el *patron* en persona, que ya conocía la historia de la señora Harris, quien resolvió el apuro y deshizo el nudo gordiano con un golpe de mano rápido y generoso, o eso le pareció.

—Bájenle el precio del vestido a esta buena mujer —le ordenó al contable Fauvel—, y dele la diferencia en efectivo para que pague los impuestos.

—Pero, señor —adujo el horrorizado Fauvel, que por primera vez vio la trampa en la que había caído su benefactora—, ¡eso es imposible!

Todos lo miraron de hito en hito, como si fuera un reptil venenoso.

—¿No se dan cuenta? Sin saberlo, la señora ya había infringido la ley británica al exportar mil cuatrocientos dólares, que le cambió de forma ilegal una amiga estadounidense en el Reino Unido. Si ahora la pobre mujer se presenta en la aduana del aeropuerto británico, declara un vestido que vale quinientas libras, y ofrece otras ciento cincuenta en efectivo para pagar los impuestos, se investigará cómo es posible que ella, una súbdita británica, haya conseguido semejantes cantidades: se armaría un escándalo...

Siguieron contemplando al pobre contable como si fuera una cobra real, pero también sabían que tenía razón.

—Me vuelvo a casa a morirme —se lamentó la señora Harris.

Natasha estaba a su lado y la rodeaba con los brazos. Se alzaron las voces en una Babel de solidaridad. A madame Colbert le vino la inspiración.

—¡Un momento! —exclamó—. Se me ha ocurrido. —Ella también se puso de rodillas al lado de la señora Harris—. Querida, escúcheme. Yo la puedo ayudar. Le traeré suerte, igual que me la ha traído usted a mí...

La señora apartó las manos de su rostro de mono capuchino viejo y asustado y dijo:

—No pienso hacer nada fraudulento ni contar mentiras.

—No, no. Confíe en mí. Usted sólo va a contar la verdad y nada más que la verdad. Pero tiene que hacer exactamente lo que yo le diga y como se lo diga, querida, porque todos queremos que se pueda llevar su precioso vestido. Atienda.

La gerente acercó los labios al oído simiesco de la señora Harris para que nadie más la oyese, y le susurró unas instrucciones.

Ya en la aduana del aeropuerto de Londres, la señora Harris estaba segura de que los fuertes latidos de su corazón debían de resultar audibles a todo el mundo, pero en el momento en que un joven agente de aduanas con cara de simpático se acercó a ella, su valor y su alegría natos le infundieron ánimos, y sus ojos traviosos llegaron a brillar con el extraño placer de la anticipación.

En el mostrador que tenía delante no había una lujosa caja de Dior, sino una enorme y desgastada maleta de plástico de las más baratas. El agente le enseñó un papel con la lista de artículos comprados en el extranjero por los que había que pagar impuestos.

—Léamela usted, tesoro —le dijo la señora Harris, sonriendo sin pudor—. Me he dejado las gafas en casa.

El inspector la miró intensamente para ver si le estaba tomando el pelo; la rosa rosa del sombrero verde oscilaba delante de sus ojos; enseguida supo qué era la señora Harris.

—Vaya, vaya —dijo con una sonrisa—, y ¿qué ha estado haciendo usted en París?

—Pues me he ido de vacaciones y o solita.

El agente sonrió de nuevo. Era la primera vez que veía algo así. Una señora de la limpieza británica en el extranjero. En el sector de las bayetas y las escobas no les debía de ir nada mal, pensó, y luego inquirió de forma rutinaria:

—¿Ha traído algo de allí?

Ella le devolvió la sonrisa:

—¡Pues sí! Un auténtico vestido de Dior, llamado «Tentación», que llevo en la maleta. Y me ha costado quinientas libras. ¿Qué le parece?

El inspector soltó una carcajada. No era la primera vez que se encontraba con el típico sentido del humor del servicio doméstico londinense.

—Pues estoy seguro de que con él será usted la más guapa del baile —le dijo, y trazó una señal con una tiza en un lado de la maleta. A continuación se retiró tranquilamente y le enseñó su lista al siguiente pasajero que ya tenía preparado el equipaje.

La señora Harris cogió la maleta, con paso sosegado, sin correr, aunque le costó un gran esfuerzo no salir disparada, a la salida; bajó por las escaleras mecánicas y llegó a la libertad. No sólo la invadió una sensación de alivio, sino también de rectitud. Había dicho la verdad. Si, como madame Colbert había asegurado, el agente de aduanas había preferido no creerla, no era culpa suya.



Y así, a las cuatro de la tarde de un maravilloso día de primavera en Londres, con el último obstáculo salvado, con el « Tentación » sano y salvo en su poder, la señora Harris se encontró en terminal aérea de Waterloo, al fin en casa. Y sólo había una cosa que le remordía la conciencia. Era el pequeño asunto de la señorita Pamela Penrose, la actriz, y del piso de ésta.

Todos sus otros clientes eran ricos, pero la señorita Penrose era pobre y pasaba aprietos. Y ¿si la señora Butterfield no se las había apañado bien? Todavía era temprano. Llevaba las llaves del piso en su nuevo bolso de cocodrilo, que ahora había sacado de la maleta. Se dijo: « Ay, pobre criaturita. Aún es pronto. A lo mejor tiene que recibir a algún pez gordo. Me voy a pasar por su piso, voy a limpiarlo y así le doy una sorpresa ». Cogió el autobús y poco después ya estaba metiendo la llave en la puerta del antiguo establo reformado.

En cuanto abrió oyó unos sollozos de la joven, y subió las escaleras a toda prisa; entró en el saloncito y se topó con la señorita Penrose, tumbada boca abajo en el sofá y llorando desconsoladamente.

La señora Harris se acercó a ella, le puso una mano comprensiva en el hombro tembloroso y le dijo:

—Vamos, vamos, cariño, ¿qué le pasa? Seguro que no es para tanto. Si tiene algún problema a lo mejor la puedo ayudar.

La chica se incorporó:

—¡Ayudarme tú! —repitió, mirando con unos ojos que las lágrimas hinchaban. Después, en un tono más amable, añadió—: Ah, es usted, señora Harris. En el mundo no hay nadie que me pueda ayudar. Oh, me quiero morir. Por si le interesa saberlo, me han invitado a cenar en el Caprice con el señor Korngold, el productor. Es mi única oportunidad de impresionarlo y progresar en mi carrera. Prácticamente todas las chicas... es decir, las amigas del señor Korngold han llegado a ser estrellas...

—Bueno, entonces no veo por qué hay que llorar —declaró la señora Harris—. Seguro que será usted una de ellas.

La desgarradora tristeza de la señorita se convirtió momentáneamente en rabia:

—¡Venga, no diga tonterías! —bramó—. ¿No se da cuenta? No puedo ir. No tengo nada que ponerme. Mi único vestido bueno está en la tintorería; el otro tiene una mancha. El señor Korngold se pone muy tiquismiquis con lo que llevan las chicas con las que sale.

¿Habría podido usted, si hubiera sido la señora Harris, con lo que ésta llevaba

en la maleta de plástico del descansillo, resistir la tentación de jugar a ser hada madrina? ¿Especialmente si siguiera usted bajo el hechizo de la dulce gentileza y la sencillez de Natasha, de la amabilidad de la vieja escuela de madame Colbert y todos cuantos las rodeaban, y supiera qué es desear algo con todas las ganas, algo que uno piensa que no va a conseguir jamás?

Antes de darse cuenta del todo de lo que decía, a la señora Harris se le escaparon las siguientes palabras:

—Bueno, bueno. A lo mejor sí puedo ayudarla, a fin de cuentas. Le podría prestar mi vestido de Dior.

—¿Su qué? Oh, es usted una persona odiosa. ¿Cómo se atreve a burlarse de mí? —protestó la señorita, con la boquita torcida y los ojos turbios de rabia.

—Es que no me burlo. Le juro que acabo de volver de París, donde me he comprado un traje de Dior. Si eso la ayuda con el señor Korngold, le dejo que se lo ponga esta noche.

De un modo u otro la señorita Penrose, señorita Snite según su partida de nacimiento, logró controlarse al tiempo que un instinto protector la avisaba que de esas señoras de la limpieza nunca se sabía qué esperar, y le dijo:

—Lo siento. No quería... Aunque, lógicamente, es imposible que usted... ¿Dónde está?

—Pues aquí —contestó la señora Harris, y abrió la maleta.

La intensa y repentina expresión de asombro, emoción y alegría que se vio en los ojos de la joven hizo que aquel gesto valiera la pena.

—¡Oh, oh, oh! —exclamó la señorita Penrose—. ¡No me lo puedo creer!

En un abrir y cerrar de ojos ya había sacado el traje del envoltorio de papel; lo sostuvo, se abrazó a él y buscó la etiqueta con dedos ansiosos.

—¡Ay! ¡Sí que es un Dior de verdad! ¿Me lo puedo probar ahora mismo, señora Harris? Tenemos más o menos la misma talla, ¿verdad? Huy, casi me muero de la emoción.

Enseguida se quitó la ropa; la señora Harris le ayudó a ponérselo, y unos minutos después el vestido ya estaba cumpliendo de nuevo el destino para el que fue diseñado. Con los preciosos hombros desnudos y cabeza rubia surgiendo del chifón y el tul, la señorita Penrose era tanto Venus saliendo de las aguas como la señorita Snite levantándose de la cama.

La señora Harris y la muchacha contemplaron embelesadas la imagen que se reflejaba en el espejo de cuerpo entero del armario del pasillo. La actriz dijo:

—Ay, qué buena es usted al dejar que me lo ponga. Tendré muchísimo cuidado. No se hace una idea de lo importante que es esto para mí.

Pero la señora Harris lo sabía perfectamente. Y casi parecía que el destino quería que esa hermosa creación se vistiera y se luciera, no que estuviera colgada en un armario. Como quizá esto era cierto, quiso pedir una cosa:

—¿La incomodaría mucho que fuera al restaurante en el que va a cenar

usted, que me quedara en la puerta y que la viera entrar? Desde luego, no hablaría con usted ni nada...

—Claro que no me incomodaría —contestó la señorita Penrose con gentileza—. Si se pone usted a la derecha de la puerta, cuando yo salga del Rolls-Royce del señor Korngold, podré más o menos darme la vuelta para que me vea mejor.

—Oh —añadió la señora Harris—, pero qué amable es usted, querida.

Y lo decía en serio.

La señorita Penrose cumplió su promesa, o lo hizo a medias, porque estalló una tormenta y de repente la noche se llenó de truenos, rachas de viento y una lluvia torrencial. A las nueve y media, el Rolls-Royce del señor Korngold se acercaba a la entrada del Caprice. La señora Harris estaba a la derecha de la puerta, algo resguardada de la lluvia gracias a un toldo.

Un rumor de truenos y una ráfaga de viento acompañaron la llegada; la señorita Penrose hizo una breve pausa y se dio la vuelta hacia la señora Harris, con la cabeza elegantemente inclinada y un chal abierto. Entonces echó hacia atrás el cabello dorado y se dirigió a toda prisa a la puerta. La señora Harris apenas atisbó las cuentas de azabache debajo del chal, un destello de rosa espumoso, de tonos blancos y crema, de chifón y tul; y luego todo acabó.

Pero estaba muy contenta y se quedó un rato más, satisfecha y ensimismada en lo que imaginaba, porque en ese momento el *maitre* le estaría haciendo una gran reverencia a su vestido y llevándolo a un sitio privilegiado y muy visible. Todas las mujeres de la sala se darían cuenta enseguida de que era de Dior; todas las cabezas se volverían cuando el conjunto pasara entre las mesas: la falda de terciopelo, con el peso de las cuentas, con su movimiento cautivador, mientras en la parte superior, el pecho, los hombros, los brazos dulces y jóvenes, y la cara rosada y blanca surgirían del precioso corpiño. El señor Korngold estaría encantado y orgulloso, y seguramente decidiría darle un papel importante en su siguiente producción a una muchacha tan bien vestida y tan guapa.

Y ninguno de los presentes, ni una sola persona excepto la propia joven, llegaría a saber que el traje exquisito que había conseguido todo aquello, que había hecho que todas las miradas brillaran de envidia o admiración, pertenecía única y exclusivamente a la señora Ada Harris, señora de la limpieza, del número 5 de Willis Gardens, Battersea.

Y a esta dirección se dirigió ahora la señora Harris, sin dejar de sonreír íntimamente en todo el largo trayecto en autobús. Sólo tenía ya que enfrentarse a la señora Butterfield, que la estaría esperando con impaciencia. Querría ver el vestido, evidentemente, y que se lo contase todo. Por algún motivo que no alcanzaba a adivinar, a la señora Harris le parecía que sería preferible que su amiga no supiera que le había prestado el traje a la actriz.

Pero al llegar a su destino ya había dado con la solución. Una mentirijilla y el agotamiento que la embargaba servirían para darle largas.

—¡Madre mía! —exclamó desde las profundidades del henchido pecho de la señora Butterfield, contra el que se vio estrechada—, estoy tan derrengada que me tengo que sostener los párpados con los dedos para que no se me cierren. Es tan tarde que no me voy a quedar ni a tomar un té.

—Pobrecita —dijo su amiga en tono comprensivo—. No te entretengo. ¿Me puedes enseñar el vestido...?

—Me llega mañana —mintió a medias la señora Harris—. Entonces te lo cuento todo.

Ya en su cama, se entregó a la dulce y deliciosa sensación de triunfo y, sin el menor presagio de lo que al día siguiente podría ocurrir, enseguida se quedó dormida.



La hora que la señora Harris dedicaba a la señorita Penrose era de las cinco a las seis, y a lo largo del día siguiente, mientras trabajaba en las distintas casas y se reconciliaba con los clientes, que se alegraban mucho de recuperarla para poder quejarse de su prolongada ausencia, le estuvo hormigueando la impaciencia, deseosa de que llegara el momento. Al fin llegó; se dirigió a toda prisa al pisito que antiguamente había sido un establo, situado detrás de la gran casa de la plaza; al abrir la puerta, se detuvo unos instantes al pie de la estrecha escalera.

Al principio sólo se llevó un chasco, porque la casa estaba oscura y en silencio. Le habría gustado que la joven le contara personalmente cómo había triunfado el traje de Dior y el efecto que había tenido en el señor Korngold.

Pero fue un olor extraño y desconocido lo que hizo que se asustara y se quedara helada, lo que le produjo un cosquilleo de pavor en la piel del cuero cabelludo. Sin embargo, al pensarlo mejor, ese olor no le era desconocido. ¿Por qué le despertó recuerdos de la guerra que había vivido en Londres, la lluvia de explosivos y el diluvio de fuego...?

En lo alto de la escalera, encendió las luces del vestíbulo y del salón y entró. Un momento después, bajaba la mirada, petrificada de horror al ver su vestido destrozado. Y entonces supo qué era ese fuerte olor que había notado y que le había recordado las noches en que las bombas incendiarias habían caído sobre Londres.

El vestido de Dior estaba tirado sin ningún cuidado en el sofá desordenado, con un paño de terciopelo quemado que el fuego había consumido, dejando un espantoso y tremendo agujero de abalorios derretidos, de tela quemada y chamuscada.

Al lado había una libra y una nota garabateada a toda prisa. A la señora Harris le temblaban tanto los dedos que al principio apenas pudo leerla, pero al fin asimiló claramente lo que decía.

Querida señora Harris, siento muchísimo no haberme podido quedar para explicárselo en persona, pero tengo que marcharme una temporada. Lamento profundamente lo que le ha pasado al vestido, pero no ha sido mi culpa, y, si el señor Korngold no hubiera sido tan rápido, me podría haber abrasado viva. Me dijo que no he muerto por los pelos. Después de la cena fuimos al club 30; allí me puse a peinarme delante de un espejo justo debajo del cual había una estufa eléctrica, y de repente empecé a arder;

bueno, el vestido, y yo podría haber muerto quemada. Estoy segura de que podrán arreglarlo y que su seguro se hará cargo de los desperfectos, que no son tan grandes como parecen porque sólo afectan a un paño. Me marchó una semana. Por favor, arregle el piso como siempre. Mientras tanto, le dejo una libra para pagarle sus horas.

Fue sorprendente que, cuando la señora Harris terminó de leer la carta, no soltase un grito, ni siquiera musitase algo ni dijese nada en absoluto. Lo que hizo fue coger el traje dañado, doblarlo con mimo y meterlo de nuevo en la vieja maleta de plástico que madame Colbert le había dado, y que ahora ella sacó del armario en el que la había metido la noche anterior. Dejó la nota y el dinero en el sofá, bajó las escaleras y salió a la calle.

Después de cerrar la puerta, se detuvo únicamente el tiempo necesario para sacar la llave de su llavero, puesto que ya no iba a necesitarla, y meterla por la ranura del buzón. Luego recorrió a pie los cinco minutos necesarios para llegar a Sloane Square, donde cogió un autobús para ir a su casa.

Su piso estaba frío y húmedo. Puso el hervidor para preparar un té y a continuación, llevada por la costumbre, hizo todo aquello que solía hacer, incluso comer, aunque apenas notó a qué sabía la comida. Fregó los platos y lo guardó todo. Pero entonces el mecanismo llegó a su fin, y sacó el traje de Dior arruinado.

Pasó los dedos por los bordes chamuscados del terciopelo y por el azabache quemado y derretido. Sabía cómo eran los locales nocturnos, porque los había limpiado. Era capaz de imaginar lo que había pasado: la chica, medio borracha, había entrado en el local, había bajado las escaleras, del brazo de su acompañante, sin pensar, sin prestar atención a nada que no estuviese relacionado con ella; se había detenido delante del primer espejo para mirarse y pasarse un peine.

Después, el humo que le subía repentinamente por los pies, el grito de miedo, quizá una línea naranja de fuego en el vestido, al que el hombre daba palmadas hasta que se apagaba y sólo quedaba el desastre abrasado del traje más bonito y caro del mundo.

Y ella lo sostenía ahora; aún olía a tela quemada, un olor que ni todo el perfume que le había regalado Natasha bastaría para tapar. Algo que había tenido toda la perfección y la belleza que las manos humanas habían sido capaces de darle había sido destruido.

Intentó decirse que la chica no había tenido la culpa, que había sido un accidente y que la responsable era ella por haber querido hacer de hada madrina a esa mocosa consentida y mala actriz, que ni siquiera había tenido la gentileza de agradecerle su gesto imprudente.

La señora Harris era una mujer sensata, una persona realista que había

llevado una vida poco emocionante y que no era dada a engañarse. Ahora, al contemplar los chamuscados y trágicos despojos de su deseo, cobró plena conciencia de su orgullo y su vanidad disparatados, que no sólo se habían manifestado en sus ganas de tener un tesoro así, sino también de exhibirlo.

Se había deleitado en la despreocupación con que podría decirle a su casera, cuando le preguntase dónde había estado: « Ah, nada, me he marchado a París, cielo, para ver las colecciones y comprarme un vestido de Dior. Se llama “Tentación” ». Y, como es de esperar, se había imaginado cien veces la reacción de la señora Butterfield cuando le enseñase su tesoro. Ahora no iba a recibir la visita de su amiga, ni de nadie más, porque ésta sólo le diría:

—¿No te había dicho que iba a pasar algo espantoso? ¡Estas cosas no están hechas para nosotras! De todas formas, ¿qué pensabas hacer con él?

Efectivamente, ¿qué había sido lo que pensaba hacer con él? ¿Colgarlo en un armario viejo y mal ventilado al lado de los delantales, los guardapolvos y un vestido de los domingos barato, para recrearse secretamente en su contemplación al volver a casa por la noche? El vestido no lo habían diseñado y creado para que languidciera en la oscuridad de un armario. Estaba hecho para salir, a donde hubiera alegría, luces, música y miradas de admiración.

De pronto se sintió incapaz de seguir mirándolo. Se le estaba agotando la resistencia al dolor. Lo volvió a enterrar en la maleta de plástico y lo tapó enseguida con el papel de seda arrugado para dejar de verlo; después se desplomó en la cama, hundió la cara en la almohada y se echó a llorar. Lo hizo en silencio, inconsolable e interminablemente, como las mujeres a las que se les ha partido el corazón.

Lloró por su propia insensatez, y también por su confesado pecado de soberbia, pero sobre todo lloró, sencilla y tristemente, por el vestido perdido y la destrucción de esa posesión tan preciada.

Podría haber llorado eternamente si no hubiera sonado insistentemente el timbre, un ruido que al fin traspasó su dolor y le llegó a la conciencia. Alzó la cara hinchada por el llanto unos instantes y luego decidió no hacer caso. Sólo podía ser la señora Butterfield, con muchas ganas de ver su vestido de París, de hablar de él y de que le contara sus aventuras entre los bárbaros. ¿Qué tenía ahora que mostrarle para justificar la larga espera, los esfuerzos, el sacrificio, la disparatada determinación? Unos harapos quemados. Peor que las afirmaciones de la señora Butterfield de « Te lo dije » sería la compasión que le expresaría a continuación, las exclamaciones y las interjecciones, y los cálidos pero torpes intentos de consolarla, que ella no se veía capaz de soportar. Únicamente quería seguir llorando, que la dejaran hacerlo sola hasta morir.

Se tapó los oídos con la almohada húmeda para no oír el timbre, pero entonces, con cierta alarma, empezaron a dar unos fuertes y sonoros golpes en la puerta, algo más enérgico e imperativo de lo que se podía atribuir a la señora

Butterfield. A lo mejor había pasado algo malo, había una urgencia en algún sitio, y la necesitaban. Se levantó con rapidez, se apartó unos mechones despeinados de los ojos; al abrir, se encontró con un mensajero de las líneas aéreas BEA, que la contemplaba atónito como si hubiera visto un fantasma.

—La señora Harris, ¿no? —le preguntó con cierto gesto de contrariedad.

—Y ¿quién iba a ser si no? ¿La princesa Margarita? Vaya golpetazos, ni que se hubiera declarado un incendio...

—¡Uf! —dijo el hombre mientras se pasaba aliviado la mano por la frente—. Menudo susto me ha dado usted, señora. He pensado que igual se había muerto. Como no me abría la puerta, y encima con estas flores para entregarle... He pensado que a lo mejor eran para el cadáver.

—¿Cómo? ¿Qué flores?

El mensajero sonrió:

—Se las han mandado especialmente en avión desde Francia, y con entrega urgente. Ahora verá. No cierre mientras se las traigo.

Abrió de par en par las puertas traseras de la furgoneta y empezó a sacarlas: una caja blanca y alargada tras otra, en las que se leía: «POR AVIÓN. URGENTE. PERECEDERO»; los contornos de unos objetos fueron apareciendo, primero rodeados de paja, luego de cartón, luego de papel; a la perpleja señora Harris le dio la impresión de que los viajes del hombre entre la furgoneta y su salón no iban a terminar nunca, y que tenía que tratarse de un error.

Pero no era así. «Firme aquí», le pidió el empleado cuando al fin terminó la tarea, y le puso un cuaderno delante de las narices. Desde luego, aparecían su nombre y su dirección: Madame Ada Harris, Willis Gardens 5, Battersea.

El hombre se fue y se quedó sola de nuevo. Entonces se puso a abrir las cajas y paquetes y, por un momento, se vio transportada de nuevo a París, porque el lóbrego cuartito desapareció de pronto bajo la pérgola de flores que la colmaron: docenas de rosas de un rojo intenso y oscuro, azucenas de un blanco crema, ramilletes de claveles de color rosa y amarillo, y manojos de gladiolos a punto de abrirse en un estallido multicolor, del malva oscuro al tono limón más claro. Había azaleas del color del salmón, blancas y carmesies, geranios, haces de fresias de dulce olor, y un enorme ramo de violetas de treinta centímetros de ancho con seis gardenias blancas en el centro.

En un instante, pareció que su hogar se había transformado en un puesto del Marché aux Fleurs, porque en los pétalos lisos y relucientes, recién comprados, todavía se veían perlas de agua.

¿Era una coincidencia o un mágico presagio que ese regalo dulce y sanador le hubiera llegado en su momento de mayor desesperación? Cogió las tarjetas de las flores y leyó los mensajes. En ellos se le deseaba un feliz regreso al hogar y rebosaban cariño y recuerdos de sus amigos, y se le contaban buenas noticias.

Bienvenida a casa. No podíamos esperar. André y yo nos hemos casado hoy. Que Dios la bendiga. Natasha.

Soy el hombre más feliz del mundo gracias a usted. André Fauvel.

Feliz regreso para la dama a la que le encantan los geranios. No se me ha olvidado lo de la moneda de cobre. Hypolite de Chassagne.

Con un atento saludo de monsieur Christian Dior (esto con las violetas).

Le deseamos una feliz vuelta. Los empleados de Christian Dior.

Buena suerte. Las cortadoras, probadoras y costureras de la casa Christian Dior.

Y, por último:

Hoy han nombrado a Jules primer secretario del Departamento de Relaciones Anglosajonas del Quai d'Orsay. Lo único que puedo hacer, querida, es darle las gracias. Claudine Colbert.

Con las rodillas temblándole, la señora Harris se desplomó en el suelo y apoyó la mejilla en los firmes, lisos, fríos y muy fragantes pétalos de las rosas que le había mandado madame Colbert, mientras los ojos se le volvían a llenar de lágrimas y pasaba por su cabeza un torrente de recuerdos avivados por los mensajes, por los colores y el aroma de las flores que llenaban su saloncito.

Vio otra vez a la comprensiva y femenina madame Colbert, con su cabello oscuro, brillante y perfectamente peinado, y su piel pura; a la esbelta, exquisita y risueña Natasha, y a monsieur Fauvel, aquel hombre de ánimo serio y rostro solemne y marcado por esa cicatriz, que, de la noche a la mañana, había dejado de ser una calculadora y se había convertido en un muchacho y un amante.

Toda suerte de recuerdos e imágenes aisladas le pasaron por la cabeza. Brevemente vio la expresión de concentración y la frente arrugada de las probadoras que se arrodillaban delante de ella, con la boca llena de alfileres. Notó de nuevo el enorme grosor de la moqueta gris en los pies, y respiró el olor dulce y emocionante del interior de la casa Dior.

Le dio la impresión de volver a oír el alboroto y el murmullo de las voces del público y de los clientes, e, inmediatamente, mientras parpadeaba a pesar de las lágrimas, volvió a encontrarse allí mientras las modelos, cada una más preciosa

que la anterior, ataviadas con los más hermosos trajes, vestidos, conjuntos y pieles, aparecían con ímpetu, o meciéndose, o deslizándose, en la sala, tres pasos y un giro, otros tres pasos y otro giro, y después se quitaban el abrigo de visón pastel o de marta oscura, lo arrastraban por la suave moqueta, y fuera la chaqueta; un movimiento de cabeza, otro giro y la joven desaparecía para dar paso a otra.

A partir de ahí tuvo fagonazos de su paso por la colmena de los probadores, de su presencia en la deliciosa atmósfera del mundo femenino, compuesto por el crujido de las sedas y los satenes, por la mezcla de perfumes con que las clientas se presentaban en ese sitio, los cuchicheos de las vendedoras y costureras, como el zumbido de las abejas, los susurros de los probadores adyacentes y las risas ahogadas.

Luego se veía sentada al sol, bajo un cielo de un azul singular, en un banco del mercado de las flores, rodeada por las creaciones de moda de la naturaleza, flores con sus formas y colores inimitables, con los peculiares perfumes que desprendían. Y a su lado había un anciano caballero, apuesto y aristocrático, que la había entendido y que la había tratado como a una igual.

Eran las personas a las que había conocido quienes le venían a la cabeza continuamente, y recordó las expresiones de Fauvel y Natasha cuando la abrazaron la noche de Le Pré Catelan, y le pareció sentir de nuevo la cálida presión de los brazos de madame Colbert mientras la besaba antes de su partida y le decía:

—Me ha traído usted muchísima suerte, querida...

Al pensar ahora en la gerente, la señora Harris fue consciente de cómo se había esforzado y cuánto había maquinado para ayudarla a conseguir su sueño vanidoso e insensato de tener un vestido de Dior. Si no hubiera sido por ella y por su astuto plan, al final el vestido no habría llegado a Inglaterra. Y también pensó que cabía la posibilidad de que el daño sufrido por el «Tentación» no fuera irreparable. Si escribía a madame Colbert, le mandarían enseguida otro paño con abalorios igual que el que había quedado destrozado. Una costurera hábil podía incorporarlo, y el vestido quedaría como nuevo. Sin embargo, ¿llegaría a ser el mismo?

Esta pregunta efímera tuvo un efecto de lo más curioso en la señora Harris; detuvo las lágrimas y la obligó a ponerse en pie otra vez mientras recorría con la mirada la habitación llena de flores; la respuesta le vino en un agudo y repentino estallido de comprensión.

No. El vestido jamás volvería a ser el mismo. Pero es que ella tampoco.

Porque lo que había comprado no había sido tanto un traje como una aventura y una experiencia que le iban a durar hasta el fin de sus días. Nunca más se volvería a sentir sola ni poco querida. Se había atrevido a ir a un país extranjero y a rodearse de gente extranjera, de la que debía desconfiar y a la

que debía despreciar, según lo que le habían enseñado. Pero le habían parecido personas cordiales y humanas, hombres y mujeres para los que el amor y el entendimiento constituía uno de los pilares de la existencia. Le habían hecho sentir que la querían por ser quien era.

La señora Harris abrió la maleta y sacó el « Tentación» . Volvió a pasar el dedo por la parte quemada y vio lo fácilmente que se podía cambiar el paño y reparar los desperfectos. Pero no lo iba a arreglar. Lo iba a guardar tal cual estaba, sin que lo tocasen otras manos que no fueran las que habían dado todas las puntadas, llevadas por el amor y el sentimiento que les inspiraba el corazón de otra mujer.

Estrechó el vestido contra su pecho delgado, lo abrazó tan fuerte como si fuera humano y estuviera vivo, y apoyó la cara en los suaves pliegues de la tela. Las lágrimas volvieron a brotar de sus sagaces ojillos azules y le cayeron por las mejillas sonrosadas, pero ya no eran lágrimas de tristeza.

Su cuerpo se mecía, sosteniendo y abrazando el vestido, y con este gesto los estaba abrazando a todos, a madame Colbert, a Natasha, a André Fauvel, hasta a la última costurera y cortadora y al último trabajador anónimo, así como a la ciudad que le había regalado un recuerdo tan inestimable, un tesoro de comprensión, amistad y humanidad.